

 Abre la Biblia

LAS BIENAVENTURANZAS DE JESÚS

IMPULSO PARA AVANZAR
EN LA VIDA CRISTIANA

COLIN S. SMITH

LAS BIENAVENTURANZAS
DE JESÚS

IMPULSO PARA AVANZAR
EN LA VIDA CRISTIANA

COLIN S. SMITH

 Abre la Biblia

*Las Bienaventuranzas de Jesús:
Impulso para avanzar en la vida cristiana*

© 2026 Colin S. Smith y Abre la Biblia

Traducido de *Momentum: Pursuing God's Blessings Through the Beatitudes* © 2016 por Colin S. Smith, publicado por Moody Publishers. Traducción al español publicada con permiso. Traducido por Yohanna Silva. Editado por Rodrigo Gómez, Kevin Halloran y María del Carmen Atiaga.

Para descargar otros libros de Abre la Biblia, visita abrelabiblia.org/libros.

Permisos: Tienes autorización y te animamos a reproducir y distribuir este material para uso personal o ministerial, mientras no alteres o cambies las palabras en ninguna forma y no exijas un pago (más allá del costo de reproducir estos materiales de manera impresa). Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por Internet sin permiso escrito de Abre la Biblia. Cualquier excepción a lo previamente establecido debe ser aprobada por Abre la Biblia.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Abre la Biblia

Nos alegra poner este recurso en tus manos.

También puedes escuchar gratis el audiolibro de este recurso:
abrelabiblia.org/bienaventuranzas.

Estamos formando un movimiento de personas que aman abrir la Biblia por sí mismas y que están preparadas para compartirla con otros.

Aquí tienes algunas maneras de seguir conectado con nosotros:

- Más recursos: abrelabiblia.org
- Podcast diario: abrelabiblia.org/podcast
- Recibe novedades: abrelabiblia.org/boletin
- Escríbenos: contacto@abrelabiblia.org
- Apoya este ministerio: abrelabiblia.org/donar

ÍNDICE

Introducción: Ganando impulso	1
1. No traigo nada: El enigma de las manos vacías	17
2. Asumo mi responsabilidad: El poder del llanto espiritual	34
3. Renuncio al control: La libertad de la sumisión total	53
4. Anhele ser justo: La energía de los afectos renovados	75
5. Me preocupo por otros: El gozo del perdón total	90
6. Voy tras una sola cosa: Una mente enfocada	107
7. Renuncio a mis derechos: El regalo de hacer la paz	126
8. Asumo el costo: El precio y la recompensa de una vida piadosa	144
Conclusión	
Bibliografía	

INTRODUCCIÓN

LAS BIENAVENTURANZAS

Así que deseas conocer más de las bendiciones de Dios para tu vida. Yo también.

La triste realidad es que muchos que profesan ser cristianos se quedan estancados: se conforman con lo poco que tienen y se resignan a seguir como están.

Pero tú no. En lo más profundo de tu corazón anhelas algo más. Quieres vivir bajo la bendición de Dios. Quieres disfrutar de Su sonrisa y de Su favor. Quieres poder decir, como David, que tu copa está rebosando.

Pero te enfrentas a serios desafíos. ¿Cómo se ve una vida bienaventurada? ¿Cómo se avanza en esa dirección? ¿Por dónde se empieza? ¿Y qué hacer con todo lo que se interpone en tu camino?

Todos deseamos ser bienaventurados. Queremos ser bendecidos en nuestras relaciones, en nuestros trabajos y en nuestras iglesias. Queremos ser bienaventurados en la vida, en la muerte y en la eternidad. Lo opuesto de ser bendecido es estar bajo maldición, y nadie quiere eso.

Nadie conoce mejor dónde se encuentra la bendición que Jesucristo. Por eso, cuando Él habla de la bendición, como lo hace en las bienaventuranzas (Mateo 5:1–12), quiero escucharlo, y tú también deberías hacerlo.

¿QUÉ ES UNA VIDA BENDECIDA?

¿Cómo se ve una vida bendecida? ¿Acaso consiste en tener un matrimonio feliz? ¿Hijos talentosos? ¿Buena salud? ¿Un trabajo satisfactorio? ¿Estabilidad financiera? ¿Oportunidades para viajar? ¿Pertener a una iglesia saludable?

Sin duda, todas estas son bendiciones muy valiosas, y podrías añadir más cosas a la lista, pero, antes de hacerlo, piensa en esto: ninguno de estos regalos está incluido en la descripción que nuestro Señor hace de una vida que es bienaventurada.

¡Ninguno!

Jesús no dice: «Bienaventurados los que tienen un matrimonio feliz», sino: «Bienaventurados los pobres en espíritu». Tampoco dice: «Bienaventurados los que gozan de buena salud», sino: «Bienaventurados los que lloran».

De acuerdo con las palabras de Jesús, las mayores bendiciones no se encuentran en los lugares donde normalmente las buscamos, sino en lugares que, al principio, quizá no estemos dispuestos a explorar.

Las bienaventuranzas son contrarias a nuestra intuición. Ser pobre significa no tener recursos. Nadie quiere eso. ¡Pero Jesús habla de un tipo de pobreza que te hace rico! Llorar significa experimentar un gran dolor, y eso jamás estaría en tu lista de deseos, pero Jesús habla de un tipo de llanto que te conduce al gozo.

¿CÓMO RECONOCES A UN CRISTIANO VERDADERO?

Nuestro objetivo con este libro es progresar en la vida cristiana y, para hacerlo, necesitamos tener una comprensión clara de la meta. ¿Cuál es esa vida en la que deseas crecer? ¿Qué deberías perseguir? ¿Cuáles son, en pocas palabras, los rasgos distintivos de un cristiano verdadero?

Pensemos por un momento en el avistamiento de aves. Las aves se reconocen por sus rasgos distintivos. Puedes identificar a un jilguero americano por su característico color amarillo y a un andarríos manchado por su pico largo y sus manchas distintivas.

Pero ¿cómo reconocerías a un cristiano verdadero? ¿Cuáles son los rasgos distintivos de una persona que vive bajo la bendición de Dios? El punto de partida para progresar en la vida cristiana es saber con certeza que en verdad eres cristiano. Pero ¿cómo reconocerías a un cristiano verdadero si te encontraras con uno?

Alguien podría decir: «Reconocería que una persona es cristiana por lo que cree». Esa es una buena respuesta, así que exploremos esa idea. Después de todo, Dios ha revelado ciertas verdades en las Escrituras, y

quien no las cree no puede ser cristiano. Jesús dice: «Porque si no *creen* que Yo soy, morirán en sus pecados» (Juan 8:24, énfasis añadido). También dijo que la obra de Dios es que *crean* en Aquel que el Padre envió al mundo (Juan 6:29). Estos versículos, junto con muchos otros, nos enseñan que hay ciertas creencias sin las cuales una persona no puede ser cristiana.

Sin embargo, Santiago nos recuerda que incluso los demonios creen (Santiago 2:19). Satanás sabe que Jesús murió por los pecadores. Sabe que Cristo resucitó de entre los muertos y que Él es el Señor ascendido del universo. Todo esto está claro en el mundo invisible y, por eso, en los evangelios, un demonio fue el primero en confesar a Jesús como «el Santo de Dios» (Marcos 1:24). Satanás conoce la verdad acerca de quién es Jesús y lo que Él ha hecho, pero se niega a someterse a Su señorío para continuar operando como el señor autoproclamado de su propia vida.

Creo que tú, al igual que yo, conoces personas que profesan la fe cristiana mientras, en silencio, se entregan a los pecados de su propia elección. Una persona así no es cristiana, sino hipócrita, y los hipócritas no viven bajo la bendición de Dios. Ser cristiano es más que conocer la verdad. Creer es un rasgo necesario, pero no es suficiente para identificar a un cristiano verdadero.

¿Hay otras formas de reconocer a un cristiano verdadero? Alguien podría decir: «Reconocería que una persona es cristiana por sus acciones. No son las palabras lo que cuentan, sino las acciones». De nuevo, esta es una buena respuesta. Jesús dijo: «Por tanto, todo el que oye estas palabras Mías y *las pone en práctica*, será semejante a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca» (Mateo 7:24, énfasis añadido).

Pero nuestro Señor también habla de personas que trabajan en Su nombre y a quienes se les dirá en el último día: «Jamás los conocí; apártense de Mí» (Mateo 7:23). Estas personas fueron activas en el ministerio, pero no eran verdaderos cristianos.

Parece que estas palabras de Jesús tomarían por sorpresa a tales personas. Algunos podrían señalar la labor que realizaron enseñando la Biblia, confrontando el mal en la sociedad o promoviendo cambios que beneficiaron a muchas personas. Sin duda, estas son acciones impresionantes, pero, según Jesús, ninguna por sí sola constituye una prueba concluyente de que una persona pertenezca a Cristo.

Entonces, para aplicar esto a mi propia vida, no tendría ningún valor que, en el día en final, yo le dijera a Jesús: «¡Fui el pastor principal de una iglesia grande en las afueras de Chicago!». Eso no es lo que Él está buscando. La bendición de Dios no se obtiene por ocupar un cargo en el ministerio, así como tampoco se obtiene por estar de acuerdo con todas las doctrinas de la fe cristiana. Lo que haces para Jesús, por impresionante que sea, no demuestra por sí mismo que seas cristiano.

Cuando nuestro Señor se sienta con Sus discípulos para hablarles de la vida bajo la bendición de Dios, no inicia con una clase de doctrina ni con un mandato misionero. En lugar de eso, inicia con la descripción de una persona que es pobre en espíritu, que llora por sus pecados, que se somete a la voluntad de Dios con mansedumbre y que anhela crecer en justicia. Es en la vida de una persona así donde se encuentra la bendición de Dios.

HACIENDO ALGUNAS PREGUNTAS HONESTAS

Entonces, te invito a abrir tu corazón conmigo ante la mirada penetrante de Jesús para que puedas examinar tu vida interior y discernir tu condición espiritual. ¿Son evidentes en ti los rasgos distintivos de una vida bajo la bendición de Dios?

Hazte algunas preguntas honestas:

«*Bienaventurados los que procuran la paz*» (Mateo 5:9). ¿Soy una persona que procura la paz?

¿Hay paz dentro de mí o las personas con las que convivo en mi hogar o en mi trabajo experimentan tensión debido al conflicto que hay en mí?

«*Bienaventurados los de limpio corazón*» (v. 8). ¿Cuál es la condición real de mi corazón? ¿Hasta qué punto mi vida interior ha sido contaminada por la impureza?

«*Bienaventurados los misericordiosos*» (v. 7). ¿Cómo me va cuando se trata de perdonar a los demás? ¿Perdono con rapidez? ¿Soy misericordioso con las debilidades de quienes me han fallado?

Cuando Jesús describe a una persona que es bienaventurada ¿está describiéndote a ti? Esto es profundo y confrontante: rompe con la

superficialidad y con la charla barata que llenan tan a menudo nuestras iglesias.

La iglesia, en su mejor expresión, es una mezcla de cristianos verdaderos y de personas que se han engañado a sí mismas respecto a su condición espiritual real. Una persona que descansa en una decisión vacía, tomada hace varios años, que ha tenido poco o ningún efecto en su vida, necesita desesperadamente escuchar el llamado de alerta que resuena en estas palabras de Jesús.

ESTAR FIRME EN LA GRACIA Y ESFORZARSE POR CRECER

Antes de continuar, necesito hacer una pausa para dejar algo completamente claro. Las bienaventuranzas te muestran cómo luce un cristiano verdadero; no describen el proceso por el cual alguien llega a ser cristiano.

Reconoces a un jilguero por su característico color amarillo, pero no es el color amarillo lo que convierte a esta ave en un jilguero; el ave es amarilla porque es un jilguero. Su naturaleza da origen a su color y su color refleja su naturaleza. Pintar de amarillo a un mirlo no lo convertiría en un jilguero.

Esta distinción es, en realidad, importante para comprender correctamente la enseñanza de Jesús en las bienaventuranzas. Un cristiano se reconoce por los rasgos distintivos que Jesús establece, pero esos rasgos son la evidencia de una nueva vida en Cristo, no su causa.

El mensaje de Jesús no es: «Si te humillas, si lloras por tus pecados, si te sometes con mansedumbre a Dios y desarrollas un apetito por la justicia, tendrás el favor de Dios y entrarás en el cielo». Eso sería salvación por obras, y esa no es la enseñanza de la Biblia.

Tienes el favor de Dios cuando por medio del vínculo de la fe, Cristo llega a ser tuyo y tú llegas a ser de Él. Estar «en Cristo» te coloca en una posición completamente nueva delante de Dios, en la cual Él te limpia de tus pecados, quitándolos de tal manera que no pueden ser imputados contra ti ni ahora ni en el futuro (Romanos 5:1; 8:1; Efesios 1:3-7). Cristo te reconcilia con el Padre y transforma tu relación con Dios: dejas de ser un pecador que enfrenta un juicio inminente para pasar a ser un hijo o hija que anticipa una herencia gloriosa. Él sopla Su Espíritu Santo en ti,

llenándote con el poder y la presencia de Su propia vida. Aquí es donde cambia tu naturaleza y comienza la vida cristiana. Al ser justificados por la fe en el Señor Jesucristo, tenemos «paz para con Dios» y «entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes» (Romanos 5:1–2).

Estar firmes en la gracia es una noticia realmente buena. La gracia no es un peldaño sobre el cual descansamos para luego pasar a otra cosa; es el lugar donde permanecemos desde el comienzo de la vida cristiana y donde continuaremos hasta que la misma llegue a su fin. Cualquier cosa menos que esto nos dejaría tan perdidos como lo estuviéramos si Jesucristo nunca hubiera venido al mundo. Supongamos, por ejemplo, que Dios borrara todos tus pecados, te permitiera comenzar de nuevo y luego te dijera: «¡No vuelvas a equivocarte!». ¿Qué posibilidad tendrías de lograrlo? Ninguna en lo absoluto. La raíz del pecado continúa en ti y como cristiano serás tan dependiente de la gracia de Dios en tu último día como lo fuiste desde el primero.

La buena noticia es que, al ser justificado por la fe, tienes acceso a la gracia en la cual *estas firme*. Esto es posible debido a todo lo que Jesucristo hizo por ti en Su vida, Su muerte y Su resurrección, y a todo lo que Él continúa haciendo por ti como tu abogado e intercesor a la diestra del Padre.

Un cristiano es una persona que esta firme en la gracia. Sin embargo, estar firme en la gracia y esforzarse por crecer van juntos, de la misma manera en que el jilguero y su característico color amarillo son inseparables.

Thomas Watson (ca. 1620–1686) escribió un libro llamado *Las Bienaventuranzas*, que en mi opinión, es la obra más útil que se haya escrito sobre esta parte de la Biblia. Watson tenía un don extraordinario para expresar verdades profundas en frases memorables, de modo que a lo largo de este libro recurriremos con frecuencia a su sabiduría.

Watson dice: «Si no imitamos Su vida [de Cristo], no podemos ser salvos por Su muerte».¹ Escucha con mucha atención lo que está diciendo. Watson es muy claro: somos salvos por la muerte de Cristo. Él *no* dice que seamos salvos por imitar la vida de Cristo. Lo que *sí* dice y más importante aún, lo que la Biblia deja claro, es que el rasgo distintivo de una persona que es salva por la muerte de Cristo es que procura imitar la vida de Cristo.

Una persona que está firme en la gracia tiene un corazón para la santidad, y *sin santidad, nadie verá al Señor* (Hebreos 12:14). Una vez más, nuestra santidad no es la razón por la cual entraremos al cielo; entraremos por la gracia. Sin embargo, la búsqueda de la santidad es el rasgo distintivo de una persona que permanece en la gracia, y ambas van juntas porque se encuentran inseparablemente unidas en Cristo.

Jesucristo «se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención» (1 Corintios 1:30). De modo que cuando Cristo llega a ser tuyo, recibes más que Su justicia: Cristo es también tu santificación, tu sabiduría y tu redención. Todos estos regalos se encuentran en Él y nunca dará uno sin dar también los demás.

Dios nos ofrece múltiples bendiciones en el evangelio: el perdón, la reconciliación, la santidad y el cielo, por nombrar solo algunos. Él no ofrece ninguno de estos regalos de manera aislada; nos los ofrece todos «en Cristo».

Cristo es el mega regalo que contiene en sí mismo a todos los demás. Con Él lo tienes todo, y sin Él no tienes nada. «El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Juan 5:12). Todas las bendiciones del evangelio son tuyas en Cristo y permanecen contigo por medio de Él. Sin Él no podrías obtener ninguna de estas bendiciones.

Dios nos ofrece un solo regalo: Jesús. Él es todo lo que necesitamos, y en Él somos bendecidos con toda bendición espiritual (Efesios 1:3).

Cuando Cristo toma el control de tu vida, perdona tu pecado, cambia tu corazón, te reconcilia con el Padre, te adopta en Su familia y te da Su Espíritu. Su obra es indivisible y, por esa razón, una persona que permanece en la gracia tiene un corazón para la santidad.

Sabes que estás permaneciendo en la gracia cuando comienzas a buscar la santidad. Tu voluntad se ha alineado, en una medida sustancial, con la voluntad de Dios, y tu gran deseo —al igual que el Suyo— es llegar a reflejar plenamente la belleza de Jesús, quien ahora vive en ti.

CUANDO LA DESESPERACIÓN PARECE ESTAR CERCA

En este punto, puede que necesites una palabra de ánimo. Quizá te ocurra lo mismo que a mí; descubrirás que, al examinar tu propia vida, te

vuelves más consciente de tus fallas que de tus logros y tiendes a notar más tus deficiencias que tu progreso. Así que, cuando te examines a la luz de las bienaventuranzas serás confrontado, lo cual es bueno, pero también podrías sentirte abrumado, y eso sería malo.

Por eso, si vas a ser honesto contigo mismo y vas a abrir tu vida ante la mirada penetrante de Cristo por medio de las Escrituras, necesitas saber cómo enfrentar esta verdad acerca de ti mismo sin caer en la desesperación.

Recientemente hablé con una nueva creyente, quien me dijo que, a pesar de todo el gozo que había encontrado en Cristo, se sentía peor consigo misma de lo que se sentía antes de ser una creyente. Se preguntaba si eso era normal. ¿Estaba haciendo algo mal?

Intenté explicarle que, antes de ser cristiana, ella era sorda al Espíritu Santo y ciega a la gloria de Cristo. Pero cuando el Espíritu Santo comenzó Su obra salvadora en su vida, Él abrió sus oídos y sus ojos a la verdad y así fue convencida de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8).

Ser convencido de pecado significa tener una conciencia cada vez mayor de lo lejos que estás de la vida a la que Dios te ha llamado. Al ver esa brecha, pronto te das cuenta de que la justicia está mucho más allá de tu alcance y que separado de Jesucristo, caerías bajo la justa condenación de Dios. Es posible que no hubieras visto estas cosas antes y es solo por la obra del Espíritu Santo que ahora las ves y las sientes. Más aún, es precisamente porque ves estas cosas que te aferras a Cristo. Tú eres consciente de tu necesidad constante, y encuentras paz, esperanza y gozo, no en una evaluación de tu propio progreso en la vida cristiana —o en la falta de éste—, sino en la gracia que tienes en Él.

AFERRÁNDONOS FIRMEMENTE A CRISTO

Así es como debes enfrentar el desánimo que puedas sentir por tu propia falta de progreso. Cada vez que veas tu propia necesidad o sientas tu propio fracaso, aprovecha ese momento de claridad para aferrarte con más fuerza, con más gratitud y con más gozo a Jesucristo y a todo lo que Él ha logrado por ti en la cruz. Luego da gracias, pues la razón por la cual ves tus pecados y tus fallas con tanta claridad, e incluso con dolor: es porque el Espíritu Santo vive en ti y te está llevando a dar un paso adelante

en el camino del progreso. Nunca permitas que tu falta de progreso se convierta en una razón para la desesperación.

Hace algunos años me encontré con una afirmación del Catecismo de Heidelberg que me ayudó a obtener una perspectiva sobre esta tensión entre estar firme en la gracia y esforzarse por el crecimiento.

Un catecismo es una herramienta para enseñar y aprender las verdades fundamentales de la fe cristiana, y el de *Heidelberg* es en mi opinión, uno de los mejores. Las dos primeras secciones tratan sobre «La miseria» (nuestra condición caída como seres humanos a causa del pecado) y «La liberación» (la manera en que Dios rescata a Su pueblo por gracia, por medio de Jesucristo).

La tercera sección se titula «La gratitud» y aborda la respuesta del cristiano a todo lo que Dios ha hecho por nosotros, expresada en una vida de fe y obediencia. Después de exponer el significado y la aplicación de los mandamientos de Dios para los cristianos hoy, el catecismo plantea la siguiente pregunta:

P. Pero ¿pueden los convertidos a Dios obedecer perfectamente estos mandamientos?

La primera parte de la respuesta es la siguiente:

R. No.

En esta vida, incluso los más santos tienen apenas un pequeño comienzo de esta obediencia.²

¡Incluso los más santos tienen apenas *un pequeño comienzo de obediencia* en esta vida! ¡Vaya! Pon esto a prueba y habla con alguien que sepa lo que es caminar con Dios y que lo haya hecho durante muchos años. Te dirá que es más consciente de todo lo que le falta por recorrer que de la distancia que ya ha recorrido.

Incluso los más santos tienen apenas un pequeño comienzo en esta vida. Esta es una verdad que nos ayuda. Quizá sientas que otros te llevan años luz por delante en la vida cristiana, pero la realidad es que ellos ahora mismo tienen tanta necesidad de la gracia de Dios, tanto como tú. A la luz de la santidad de Dios, todos somos como caracoles emprendiendo un viaje de un kilómetro, donde los mejores apenas avanzan unos pocos

metros en toda una vida, y la distancia entre unos y otros se puede medir en centímetros.

Aun la persona más santa ha tenido apenas un pequeño comienzo en la búsqueda de la pureza, la paz, el contentamiento y el gozo que un día serán tuyos tanto como de ellos.

Pero todavía hay más. Tras establecer que ningún cristiano obedece perfectamente la ley de Dios y que incluso los mejores apenas tienen un pequeño comienzo, el catecismo continúa diciendo:

No obstante, con toda seriedad de propósito, ellos sí comienzan a vivir conforme a todos los mandamientos de Dios, no solo a algunos.

En todo cristiano hay realmente un comienzo de santidad, un comienzo de pureza, un comienzo de contentamiento y un comienzo de paz. El amor a Dios y el amor a los demás, aunque lejos de ser completos, han comenzado de manera genuina en la vida de cada creyente; y aquello que Dios ha comenzado en ti, sin duda, lo completará.

RAÍZ, BROTE Y FRUTO

Una vez que hayas comenzado, querrás seguir avanzando. Es aquí donde las bienaventuranzas nos ayudan, no solo al mostrarnos cómo es una vida bendecida, sino también al enseñarnos cómo progresar en ella. Hay un orden definido en las bienaventuranzas y cada una fluye de las anteriores. Las bienaventuranzas hacen más que describir una vida bendecida: nos entregan un mapa para perseguirla.

Las tres primeras bienaventuranzas tratan de nuestra necesidad. Somos pobres en espíritu (Mateo 5:3) porque no tenemos lo que se requiere para vivir como Dios manda. Lloramos (v. 4) porque nuestros pecados son muchos. Nos volvemos hacia Él con mansedumbre, en lugar de ser voluntariosos y rebeldes (v. 5) porque no tenemos la capacidad de dirigir sabiamente nuestras propias vidas. Estas son *las raíces* de una vida bendecida y piadosa.

De estas raíces surgen *los brotes* de la cuarta bienaventuranza: un hambre y una sed de justicia (v. 6). Dios usa la raíz del reconocimiento de tu propia necesidad para producir el brote del anhelo profundo de crecer

en justicia. Cuando las raíces de las tres primeras bienaventuranzas son nutridas, un gran deseo de justicia surgirá en tu vida.

Continuando con la metáfora, las raíces producen brotes y los brotes dan *fruto*. El fruto de esta vida bendecida y piadosa es, primero, la misericordia o el perdón (v. 7); luego, la pureza (v. 8) y, por último, la paz (v. 9).

Nuestro Señor también nos dio una octava bienaventuranza: «Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos» (Mateo 5:10). Esta bienaventuranza es distinta a las demás, porque todas las otras reflejan el carácter que el pueblo de Dios debe buscar activamente. La persecución es distinta: no debemos buscarla, pero sí debemos entender que cuando vamos tras la vida bendecida y piadosa que Jesús nos presenta en las bienaventuranzas, la persecución irá detrás de nosotros. Aquellos que son bendecidos por Dios serán perseguidos en este mundo.

Ahora piensa conmigo por un momento en este patrón *raíz–brote–fruto*. Es evidente que no puedes obtener el fruto sin el brote ni el brote sin la raíz. El orden es importante. Si deseas tener en tu vida los frutos del perdón, la pureza y la paz, debes comenzar con las raíces: hacerte pobre en espíritu, lamentarte por tus pecados y someterte con mansedumbre a la voluntad de Dios. El orden de las bienaventuranzas te muestra *cómo progresar* en la vida cristiana.

SABIDURÍA DEL PASADO

Esto es algo que aprendí de algunos escritores más antiguos, y cuando comencé a enseñarlo en la iglesia donde sirvo, muchas personas respondieron diciendo, primero, que no lo habían escuchado nunca y segundo, que les había resultado muy útil. Los cristianos reflexivos tienen toda la razón al ser muy cautelosos frente a cualquier cosa «nueva», especialmente cuando se trata de nuestra comprensión de la Biblia.

Por eso es importante saber que reconocer un orden en las bienaventuranzas y usar este patrón como modelo para el progreso en la vida cristiana está ampliamente respaldado por la sabiduría de quienes nos precedieron.

El gran predicador del siglo XIX, C. H. Spurgeon (1834–1892), inició una serie de sermones sobre las bienaventuranzas en 1873. Después

de presentar cada una de las bienaventuranzas señaló la importancia de su orden:

Observen con atención y verán que *cada una se eleva por encima de las anteriores...* Hay un gran avance desde los pobres en espíritu hasta los limpios de corazón y los que procuran la paz. Las bienaventuranzas no solo se elevan, una por encima de la otra, sino que también *brotan unas de otras*, como si cada una dependiera de todo lo anterior. Cada crecimiento alimenta a uno superior, y la séptima bienaventuranza es el resultado de las seis anteriores... Las piedras se colocan una sobre otra... son la secuela natural y la culminación unas de otras, así como lo fueron los siete días de la primera semana del mundo.³

Martyn Lloyd-Jones (1899–1981), uno de los más grandes predicadores del siglo XX, sostuvo la misma postura: «Sin lugar a ninguna duda, hay un orden muy definido en estas bienaventuranzas. Nuestro Señor no las colocó en sus posiciones respectivas al azar o accidentalmente; aquí encontramos lo que podríamos describir como una secuencia espiritual lógica».⁴

Alexander Maclaren (1826–1910), conocido especialmente por su comentario bíblico en treinta y dos volúmenes, comparte la misma opinión: «Cada bienaventuranza surge de la anterior y todas, entrelazadas, forman un adorno de gracia sobre el cuello, una cadena de joyas».⁵

Retomando la imagen de las joyas ensartadas en un collar, Maclaren dice:

Sería una visión común y superficial de estas llamadas bienaventuranzas, verlas como una simple colección de dichos sin relación entre sí. Pero son mucho más que eso. Hay una conexión vital y un progreso entre ellas. Las joyas no son arrojadas en un montón; están entretejidas en una cadena.⁶

Este tema del progreso traza una perspectiva realmente útil, a la que volveremos una y otra vez durante nuestro recorrido por las bienaventuranzas. Sin embargo, como sucede con cualquier perspectiva, es importante no forzarla más de la cuenta. Sería un gran error, por ejemplo, imaginar que debes pasar seis semanas siendo pobre en espíritu

y quizá seis meses lamentándote por tus pecados antes de poder avanzar a la mansedumbre. Si tuvieras que cumplir todo lo relacionado con cada bienaventuranza antes de pasar a la siguiente, habría muy poca esperanza de progresar.

Maclaren es de gran ayuda en este punto al hacer una observación a la que volveremos más adelante. Después de señalar el orden en las bienaventuranzas, dice:

Ahora bien, por supuesto, es un error esperar uniformidad en el proceso de formación del carácter, y etapas que son inseparables y sucesivas en el pensamiento pueden fusionarse y ser simultáneas en la realidad. No obstante, nuestro Señor está delineando aquí las etapas sucesivas en el crecimiento de una verdadera vida cristiana.⁷

UN MODELO PRÁCTICO PARA EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Aquí tenemos, entonces, un modelo práctico para el crecimiento en la vida cristiana. Es una guía bíblica y práctica para el discipulado y la consejería, y resulta profundamente útil para llevar esperanza a los amigos que luchan contra pecados y adicciones profundamente arraigados. Las raíces producen brotes y los brotes dan fruto. El fruto es hermoso — perdón, pureza y paz—, pero la pregunta siempre será: ¿cómo llegar hasta allí?

Quieres perdonar, pero parece que perdonar está fuera de tu alcance. Sabes que debes perdonar y admiras a quienes lo hacen, pero simplemente no logras hacerlo. Has sido herido, y las heridas son profundas.

Luchas con la impureza. Recuerdos o imágenes, que desearías no haber visto, se abren paso en tu mente y avivan las llamas de tus deseos. Te sientes atrapado y anhelas ser libre, pero no sabes cómo salir de esa prisión.

Tienes metas para tu vida y un impulso implacable para alcanzarlas. Tienes una idea clara de lo que deseas que llegue a ser tu familia, tu trabajo o tu iglesia. Pero entonces tu hijo o tu hija se rebela, tu iglesia se divide y tu empleador deja de valorar tu aporte. Te encuentras en medio de un conflicto, mientras pasiones opuestas chocan en el terreno de tu alma y a medida que esta agitación aumenta dentro de ti, se desborda sobre las

personas que te rodean. Anhelas tener paz, pero no sabes por dónde empezar.

Cuando quieres perdonar, pero sientes que no puedes; cuando anhelas la pureza, pero sientes que está fuera de tu alcance; o cuando buscas la paz y te preguntas dónde encontrarla, la pregunta que en verdad estás haciendo es cómo llegar a la bendición prometida en la quinta, sexta o séptima bienaventuranza. Y solo hay una respuesta: se llega a las bendiciones de las tres últimas bienaventuranzas por medio de las primeras cuatro. Nutre las raíces y obtendrás brotes; riega los brotes y obtendrás los frutos.

AVANZANDO DE ARO EN ARO

Ahora cambiemos la analogía y usemos una imagen que dio origen al título de este libro. Imagina una serie de siete aros, cada uno suspendido de una cuerda que cuelga desde un techo muy alto. En cada extremo de los aros hay una plataforma elevada, y tu objetivo será pasar de una plataforma a la otra balanceándote de aro en aro. Subes a la primera plataforma, donde el primer aro queda a tu alcance. Si lo tomas y te balanceas en él, tu *impulso* te llevará a estar al alcance del segundo aro, y al balancearte en el segundo aro, quedarás al alcance del tercero.

Me ha resultado útil pensar en las bienaventuranzas como si fueran esta serie de aros. La pureza de corazón es el sexto aro, y solo hay una manera de llegar allí: tienes que subir a la plataforma y balancearte a través de los primeros cinco aros.

Procura fijar esta imagen sencilla en tu mente. Para pasar de un aro al siguiente tienes que pasar cada aro en su debido orden. La única manera de llegar al quinto aro del perdón, al sexto aro de la pureza o al séptimo aro de la paz es atravesando todos los aros anteriores. No puedes empezar desde el quinto, sexto o séptimo aro. Cada uno debe ser *alcanzado* y las bienaventuranzas te mostrarán cómo hacerlo.

La buena noticia es que el primer aro está a tu alcance: «Bienaventurados los pobres en espíritu» (Mateo 5:3). Eso significa, como veremos, que la bendición comienza cuando reconoces que no tienes lo necesario. En la bondad de Dios, la necesidad que sientes de perdón, pureza y paz en tu vida es lo que te coloca en el primer aro.

Si eres un creyente en Cristo, pero te sientes estancado en tu vida cristiana, este libro es para ti. Si estás luchando contra un pecado compulsivo o contra una adicción y anhelas tener mayor fortaleza en tu lucha contra la tentación, este libro es para ti. Si tienes el privilegio de ser mentor, consejero o de discipular a otros creyentes, este libro es para ti. Si tienes un profundo deseo de santidad, pero sientes que el progreso que has logrado es mucho menor que la distancia que aún te falta por recorrer, este libro es para ti.

Bienvenido al gimnasio. Los aros están suspendidos sobre ti. Sube conmigo a la plataforma, aférrate con firmeza al primer aro y prepárate para ganar impulso.

«Bienaventurados
los pobres en espíritu,
pues de ellos es el reino
de los cielos».

MATEO 5:3

1

NO TRAIGO NADA

EL ENIGMA DE LAS MANOS VACÍAS

Hace algunos meses, Karen y yo decidimos visitar el *Art Institute of Chicago* (el Instituto de Arte de Chicago). Es un lugar enorme, mucho más grande de lo que esperábamos y, cuando vimos su tamaño, le dije a Karen: «Necesitamos un plan».

Teníamos alrededor de cuatro horas y, después de encontrar un mapa, trazamos una ruta que nos permitiera ver todo el museo en el tiempo disponible, suponiendo que no nos detendríamos demasiado en ninguna de las salas.

Cuando acordamos el plan, dije: «Bien. ¡Ahora vayamos a ver el Instituto de Arte!». Y así lo hicimos. Fue un día maravilloso y al terminar nuestro recorrido me sentí bastante satisfecho con lo que habíamos logrado.

Unas semanas después, una amiga de Inglaterra, que es artista, vino a quedarse en nuestra casa. Durante la conversación nos preguntó por el Instituto de Arte.

—Oh, sí —respondí—. Hemos estado allí.

—¿Y qué vieron? —preguntó.

—Vimos todo —dije.

Era evidente que no estaba impresionada.

—Oh, no —respondió—, esa no es la manera de hacerlo. Cuando voy a una galería de arte, voy a ver tres o cuatro cosas y dedico tiempo a observarlas.

Me sentí bastante tonto. En nuestro afán por verlo todo, teníamos la profunda sensación de no haber visto nada.

El consejo de la artista es útil cuando se trata de la Biblia.

Has estado leyendo la Biblia, lo cual es excelente, pero la pregunta sigue siendo: ¿qué viste? Puedes correr por los pasillos de las Escrituras, pasar frente a verdades que están a tu alrededor y que pueden transformar tu vida y, aun así, permanecer prácticamente sin ser afectado. La sabiduría, en cambio, adopta un enfoque distinto. Se detiene junto a una obra maestra y la contempla hasta que su belleza atraviesa sus ojos y llega al alma.

A medida que las bienaventuranzas se han ido abriendo camino en mi vida, se me ha hecho cada vez más evidente que este es un lugar donde necesitamos detenernos hasta que las palabras de Jesús nos atraviesen y nos transmitan algo de la gran bendición que contienen.

Nuestro Señor nos dice que los pobres en espíritu son bendecidos. ¿Qué significa esto? Ser *pobre* significa no tener mucho y no hay ninguna bendición particular en eso. Si ser pobre pudiera introducirnos en la bendición de Dios, entonces el camino del progreso sería sencillo: renunciar a la riqueza y abrazar la pobreza. Pero aquí está el problema, tanto la riqueza como la pobreza traen sus propias tentaciones y por esta razón, la Escritura nos ofrece esta oración:

*No me des pobreza ni riquezas;
dame a comer el pan que me es necesario,
no sea que me sacie y te niegue,
y diga: «¿Quién es el Señor?»;
o que siendo pobre, robe
y profane el nombre de mi Dios.*

—Proverbios 30:8–9

El dinero es un regalo y una responsabilidad que provienen de Dios, pero tener más no te coloca bajo la bendición de Dios, así como tener menos no te mantiene fuera de ella.

El Evangelio de Lucas incluye un relato abreviado de las bienaventuranzas, donde encontramos cuatro de las ocho bendiciones registradas en Mateo, junto con cuatro advertencias o «*ayes*». En esta versión abreviada, nuestro Señor dice: «Bienaventurados ustedes los pobres, porque de ustedes es el reino de Dios» (Lucas 6:20). Sin embargo, debemos entender esta forma abreviada a la luz de la declaración más completa de Jesús en Mateo, donde Él define de manera específica que la pobreza que es bienaventurada es la pobreza *en espíritu*.

¿Cómo sería ser pobre en espíritu en la vida real? Supongamos que el jugador de fútbol más talentoso del equipo de secundaria es seguidor de Jesús. ¿Significa que, al llegar al entrenamiento, deba decirle al entrenador: «Oiga, entrenador, ¿mi juego no es tan bueno? No creo que merezca lugar en el equipo. Quizá debería escoger a otra persona?»

Cuando un cristiano va a una entrevista de trabajo y el entrevistador pregunta: «Ahora, dígame, ¿por qué deberíamos darle este empleo?», ¿debería el cristiano responder diciendo: «Bueno, no estoy seguro de poder hacerlo. Hay otros que podrían hacerlo mejor que yo».

No. Ser pobre en espíritu no tiene nada que ver con una falsa modestia que niega los dones y talentos que Dios te ha dado. «Pobres en espíritu» significa que reconoces tu pobreza *delante de Dios*. Es una actitud hacia ti mismo en la que sabes y aceptas que no has vivido la vida cristiana a la que Dios te ha llamado y que sin Él, no puedes vivirla ahora.

Ser pobres en espíritu es el primer rasgo distintivo de una persona que camina con Dios. Puedes ser una estrella deportiva con múltiples talentos o un ejecutivo destacado en el mundo de los negocios. Puedes ser una madre extraordinaria, un músico brillante, un gurú de la tecnología o un estratega político excepcional, pero si realmente te has encontrado con Dios, sabrás que no tienes lo que Él requiere de ti.

UN GRAN PROFETA PERDIDO ANTE DIOS

Isaías era un predicador talentoso y temeroso de Dios, y la gente de su época habría celebrado a este profeta elocuente por su notable ministerio. Si Isaías estuviera en el ministerio hoy, las personas abarrotarían conferencias para escucharlo predicar y si tuviera una cuenta en redes sociales, tendría millones de seguidores.

En algún momento de su ministerio, Isaías tuvo una experiencia extraordinaria en la que tuvo una visión de Dios «sentado sobre un trono alto y sublime» (Isaías 6:1). El enorme tamaño del trono eclipsaba todo lo demás. Para darnos una idea de la magnitud, Isaías dice que la orla del manto de Dios llenaba el templo. Dios es infinitamente más grande que todo lo que ocurría en el templo; Su presencia hace que todo lo demás parezca insignificante.

Criaturas angelicales volaban por encima y alrededor del trono, proclamándose unas a otras: «Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos. Llena está toda la tierra de Su gloria». Cuando se hizo este anuncio, los cimientos del edificio se estremecieron y el templo se llenó de humo, entonces Isaías —el profeta elocuente y temeroso de Dios— exclamó: «¡Ay de mí! Porque perdido estoy» (Isaías 6:1–5).

Si Isaías se declara perdido en la presencia de Dios, ¿dónde nos deja eso al resto de nosotros? El mundo conoció los dones y los talentos de Isaías, pero en la presencia de Dios, Isaías solo vio su propia necesidad. Estar cerca de Dios lo hizo pobre en espíritu.

El orgullo solo puede vivir en el alma de una persona que está lejos de Dios y pisa el acelerador para alejarse tanto como pueda de Él, porque el orgullo no puede existir en la presencia de Dios. Cuando Dios se acerca, el orgullo tiene que irse. Así que imagina esto: el humo de la presencia de Dios descendiendo sobre el templo de tu vida y el orgullo saliendo de tu alma mientras tambalea, tosiendo y jadeando, incapaz de permanecer más tiempo ante la majestuosa presencia de Dios. Esto fue lo que le ocurrió a Isaías. En la presencia de Dios, el profeta talentoso se volvió pobre en espíritu.

El jugador de fútbol más destacado tiene mucho que ofrecer a su equipo. Será celebrado en su escuela, recibirá becas y todo lo demás. Pero si tiene algún conocimiento real de Dios, él sabe, al igual que Isaías, que se encuentra entre los más pobres de los pobres.

La profesional sobresaliente tiene un gran talento que puede ofrecer a su empresa. Se gradúa *summa cum laude* y su carrera avanza con rapidez. Atrae a otras personas capaces que quieren asociarse con ella porque va en ascenso. Pero si conoce a Dios, ella sabe que, por mucha atención que reciba y por muy admirada que sea, frente a Dios, se encuentra con las manos vacías.

SER HUMILDES EN UNA CULTURA DE AUTOAFIRMACIÓN

Ser pobres en espíritu es algo que va en contra de la corriente cultural de la autoafirmación. En la década de 1950, mientras escribía en el Reino Unido, Martyn Lloyd-Jones describió el espíritu de su época con estas palabras: «Exprésate, cree en ti mismo, reconoce los poderes que son innatos en ti y deja que todo el mundo los vea y los conozca». Ese es el espíritu de la época.¹

¡Las cosas no han cambiado mucho! Hoy, en una cultura de constante afirmación, parece que padres, maestros, consejeros, políticos y publicistas conspirarán para decirnos lo grandiosos que somos y a menos que ocurra un milagro de la gracia de Dios, terminaremos creyéndolo.

La sabiduría nos llama a confiar en Dios y a desconfiar de nosotros mismos. «Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento» (Proverbios 3:5). Pero nuestra cultura le da la vuelta a esto y nos dice: «Confía en ti mismo y duda de Dios». Esa forma de invertir las cosas es tan antigua como el huerto del Edén, y está por todas partes.

La enseñanza de Jesús es directamente opuesta al credo que dice: «Cree en ti mismo». Jesús no dice: «Cree en ti mismo», Él dice: «Crean en Dios; crean también en Mí» (Juan 14:1). La persona que dice: «Cree en ti mismo» se coloca a sí misma en el lugar de Dios.

La persona que está lejos de Dios sentirá a menudo que tiene la capacidad de enfrentar cualquier desafío que se le presente: «¡Yo puedo hacerlo! ¡Estoy listo! ¡Puedo manejarlo!». Pero la persona que camina con Dios dirá algo distinto: «Al Señor he puesto continuamente delante de mí; porque está a mi diestra, permaneceré firme» (Salmo 16:8). Hay una diferencia inmensa entre estas dos cosas.

Soy padre, y al haber criado a dos hijos, tuve la experiencia de estar en varios partidos gritando al borde de un campo «¡Tú puedes!» como todos los demás. Con frecuencia les digo a mis hijos que me siento orgulloso de ellos. La afirmación es importante, pero seamos cuidadosos con la manera en que les hablamos a nuestros hijos, especialmente en los momentos formativos de la vida. No refleja bien la fe en Jesucristo que un padre, una madre, un consejero o un amigo alimente el ego de un cristiano repitiéndole constantemente el mensaje de «tú puedes», que

impregna nuestra cultura. Se refleja la fe de mejor manera al decir algo como: «El Señor está contigo y Él no te fallará, y en Cristo puedes hacer todas las cosas».

¿Notas la diferencia entre estas dos formas de hablar? Una forma es impía: pone al yo en el lugar de Dios y exalta al individuo al nivel de lo divino. La otra forma refleja la humildad de quien sabe que su fortaleza se encuentra en la presencia y en la bendición de un Dios soberano.

Buscar la humildad será un reto, no solo porque es contracultural, sino también porque contradice la trayectoria de toda religión. La religión parte de la idea de que debes vivir una vida que agrade a Dios para ganar Su favor. Todas las religiones del mundo ofrecen alguna variación en este tema. ¿Tomaste las decisiones correctas? ¿Practicaste las disciplinas adecuadas? ¿Seguiste los caminos correctos? Al final, todo se reduce al mérito. ¿Te lo ganaste? Y esa trayectoria siempre alimentará el orgullo.

Si lees la Biblia, oras, sirves en la iglesia y procuras vivir una vida buena y moralmente correcta, tu carne te dirá que has hecho algo bueno. Luego empezarás a pensar que otros deberían hacer lo mismo y antes de que te des cuenta, la arrogancia se habrá colado por la puerta trasera de tus intentos por vivir una vida piadosa.

Un tercer reto en la búsqueda de la humildad es que las bendiciones de Dios pueden hacerlo más difícil. Aquí está la ironía: los pobres en espíritu experimentan las bendiciones de Dios, pero mientras más experimentas esas bendiciones, más difícil se vuelve permanecer pobre en espíritu.

Entre más éxito tengas, más fácil será creer que eres alguien y más difícil resultará humillarte delante de Dios. Si tus hijos creen mientras otros se rebelan; si tu matrimonio prospera mientras el de tu amigo se desmorona; si tu negocio tiene éxito mientras otros fracasan; si tu ministerio crece mientras otros disminuyen, será difícil evitar la sensación silenciosa de que has hecho las cosas bien. El éxito, de cualquier tipo y en cualquier ámbito, tiende a hacernos pensar que somos especiales.

De manera que, si eres religioso, razonablemente exitoso y vives en una cultura de autoafirmación, la búsqueda de la humildad será una subida empinada. Gracias a Dios por la obra del Espíritu Santo, que viene a convencernos de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:9). Sin Él, nunca conoceríamos la bendición que pertenece a los pobres en espíritu.

¿Qué observas de esta pobreza de espíritu en tu propia vida?

Las personas que son pobres en espíritu no alardean de sus dones ni culpan a otros por sus propios pecados y fracasos. Más bien, no se impresionan con sus propios intentos de vivir una vida piadosa. Como dice Thomas Watson: «El pobre en espíritu, cuando actúa más como un santo, se confiesa a sí mismo como “el primero de los pecadores”. Se sonroja más por los defectos en sus virtudes, que otros por el exceso de sus pecados».²

En un mundo donde las personalidades se engrandecen y Dios, a menudo, es tratado como un accesorio en el escenario de nuestra propia actuación, los pobres en espíritu saben que son apenas un pequeño punto en el radar de la eternidad. Saben que Dios es glorioso e imponente en Su santidad. Saben que Él no les debe nada y reconocen que, incluso vistos en su mejor momento, son siervos indignos que dependen por completo de la misericordia de Dios.

DISFRUTANDO UN ANTICIPO DEL CIELO

Ser pobre en espíritu es el comienzo de la bendición de Dios. Esta es la bienaventuranza de entrada que conduce a todas las demás, y sin ella ninguna otra bendición podrá ser alcanzada.

La bendición prometida a los pobres en espíritu es «el reino de los cielos», y se promete en tiempo presente: «Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos *es* el reino de los cielos» (Mateo 5:3, énfasis añadido).

Puesto que el cielo es una bendición futura, podríamos haber esperado que Jesús dijera: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos *será* el reino de los cielos». Pero nuestro Señor no dice eso.

Lo que hace que esta promesa en tiempo presente sea aún más llamativa es que todas las demás bendiciones se prometen para el futuro:

«Bienaventurados los que lloran, pues ellos *serán* consolados» (v. 4).
«Bienaventurados los humildes, pues ellos *heredarán* la tierra» (v. 5).
«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos *serán* saciados» (v. 6, todos los énfasis añadidos).

Pero esta promesa acerca del cielo rompe el patrón. «Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos *es* el reino de los cielos». La promesa está en tiempo presente. Jesús está hablando aquí de un anticipo del cielo que puedes disfrutar ahora.

La vida en este mundo está muy lejos del cielo y las cosas que pueden venir a tu mente cuando piensas en el cielo parecen estar a años luz de las realidades de la tierra. ¿Calles de oro? Nunca he visto una. ¿Personas redimidas y perfeccionadas? No donde yo vivo. ¿Leones acostados con corderos? ¿Naciones que ya no están en guerra? ¿Toda lágrima enjugada de nuestros ojos? Nada de esto es nuestro todavía. Entonces, ¿qué anticipo del cielo pueden tener *ahora* los pobres en espíritu?

Los pobres en espíritu saborean la mayor bendición del cielo: la presencia de Dios. Es como el Todopoderoso se lo declaró a Isaías: «Así dice el Altísimo, el que vive para siempre, cuyo nombre es Santo: “Yo habito en lo alto y santo, y también con el contrito y humilde de espíritu”» (Isaías 57:15).

¿Ves lo que se dice aquí? El Señor soberano del universo vive en dos lugares. Él habita en el cielo, en el lugar alto y santo, pero también vive con la persona que tiene un espíritu contrito y humilde. El cielo es vivir con Dios, y los pobres en espíritu reciben un anticipo de ese cielo porque Dios viene a vivir con ellos. El cielo llega a los humildes antes de que los humildes lleguen al cielo.

Esta misma verdad se repite en los Salmos: «Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón y salva a los abatidos de espíritu» (Salmo 34:18). Y también: «Porque el Señor es excelso y atiende al humilde, pero al altivo conoce de lejos» (Salmo 138:6).

Dios conoce a los orgullosos desde lejos, pero vive con los humildes. Si quieres ir más allá de relacionarte con Dios a la distancia y experimentar Su presencia en tu vida, debes comenzar humillándote.

La promesa de la presencia de Dios con los pobres en espíritu abre la puerta de la esperanza, porque la bendición no se promete sobre la base de lo que tenemos, sino de lo que nos falta. C. H. Spurgeon describe la paradoja de esta primera bienaventuranza:

Es digno de doble mención que esta primera bendición se conceda bien a la ausencia que a la presencia de cualidades dignas de elogio. Es una bendición, no para el hombre distinguido por tal virtud o notable por tal excelencia, sino para aquel cuya característica principal es la confesión de sus propias y tristes deficiencias... No lo que tengo, sino lo que no tengo, es el primer punto de contacto entre mi alma y Dios.³

Dios puede usar circunstancias brutales en tu vida para llevarte a un lugar donde seas pobre en espíritu. Cuando te encuentras diciendo: «no tengo lo que se necesita para enfrentar esto», Dios te dice: «Yo habitaré contigo aquí».

Cuando te sientes abrumado por el poder de la tentación, Dios puede usar la intensidad de tu lucha para quebrantar tu orgullo y hacerte pobre en espíritu. Y, si eso sucede, la batalla que te llevó al borde de la desesperación puede convertirse en el medio para llevarte a un nuevo lugar de bendición.

Aquí hay esperanza para ti cuando sabes que has fallado. Si tu fracaso te conduce a una humildad genuina delante de Dios, Cristo vendrá a vivir contigo y el mismo pecado que te habría llevado por el camino del infierno puede, en la bondad de Dios, convertirse en el medio por el cual encuentres el camino del progreso que conduce al cielo.

Las personas que sienten que tienen algo que ofrecerle a Dios se acercan a Él con las manos llenas; sin embargo, mientras nuestras manos estén llenas, no estaremos en condiciones de recibir nada. Watson dice: «Si la mano está llena de piedras, no puede recibir oro».⁴

Las personas pobres en espíritu sueltan las piedras porque desean el oro y saben que solo podrán recibirlo aquellos creyentes que tengan sus manos vacías. Cuando sabes que no tienes nada que ofrecerle a Dios, entonces estás en posición de recibir todo lo que Él te ofrece. Cuando aceptas que no puedes reclamar Su bendición como un derecho, estás en posición de recibirla como un regalo. La bendición de Dios comienza cuando tenemos las manos vacías.

SIETE BENDICIONES PARA LOS CREYENTES CON LAS MANOS VACÍAS

1. Las manos vacías te liberan de la idea de que Dios te debe algo

Dios es tu Creador. Eso significa que Él es tu dueño y que tú tienes un deber hacia Él. Sin embargo, es fácil, especialmente en nuestra cultura, olvidar esto y convencernos de la idea de que Dios es quien tiene un deber hacia nosotros. Creemos que somos nosotros quienes deberíamos escribir la descripción del trabajo para Dios, una especie de Diez Mandamientos de lo que requerimos de Él: «Proveerás un nivel de ingresos que sustente el estilo de vida que hemos elegido. Tú nos darás gozo y plenitud en relaciones mutuamente satisfactorias. Tú protegerás a nuestros seres queridos de los sufrimientos que otros experimentan en este mundo». ¡Ay de Dios si no cumple nuestras expectativas!

¿Ves cómo el orgullo está presente en toda esta manera de pensar? El orgullo dice: «Yo le di algo a Dios y ahora Él me debe a cambio algo más grande y mejor». Mientras tu corazón permanezca ahí, estarás en un camino que te conduce a la amargura, la decepción y el resentimiento.

La bendición de Dios no pertenece a quienes enumeran sus exigencias, sino a los pobres en espíritu, quienes se humillan delante de Él.

La persona que es pobre en espíritu dice: «Le debo *todo* a Dios y no puedo darle *nada*. Dios no me debe *nada* y, sin embargo, me lo ha dado *todo*». Cuando eres pobre en espíritu, eres libre de la mentira de que Dios te debe algo mejor de lo que tenías en el pasado e incluso mejor de lo que tienes ahora.

2. Las manos vacías te colocan en la posición correcta para pedir y recibir en oración

Thomas Watson dice: «Un hombre pobre siempre está pidiendo» y también: «Quien es pobre en espíritu es muy dado a la oración».⁵

Las personas que conocen su propia necesidad mantienen una vida de oración activa y, cuando oran, ¡piden!

Jesús contó una historia acerca de un fariseo y un recaudador de impuestos (Lucas 18:9–14). Ambos oran, pero sus oraciones son muy distintas. El fariseo ora acerca de sí mismo: «Dios, te doy gracias porque no soy como los demás: estafadores, injustos, adúlteros» (Lucas 18:11).

Lo llamativo de la oración de este hombre es que no pide nada. No pide nada y no recibe nada. ¿Por qué no pide? Porque en su corazón cree que ya tiene lo que necesita. Este hombre no es pobre en espíritu.

En cambio, el recaudador de impuestos pide con la cabeza inclinada y avergonzado: «Dios, ten piedad de mí, pecador» (Lucas 18:13).

El recaudador le pide a Dios porque conoce su propia necesidad; Él es pobre en espíritu. Jesús dice que este hombre, y no el otro, regresó a su casa bendecido, justificado y perdonado.

3. Las manos vacías te ayudarán a soportar la aflicción

El apóstol Pedro escribe a los cristianos que vivían en medio de una cultura que, al igual que la nuestra, se estaba volviendo rápidamente hostil hacia ellos: «No se sorprendan por el fuego de prueba que en medio de ustedes ha venido para probarlos, como si alguna cosa extraña les estuviera aconteciendo» (1 Pedro 4:12).

¿Cómo te preparas cuando sabes que te esperan pruebas como cristiano? Te humillas bajo la poderosa mano de Dios, porque «Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes» (1 Pedro 5:5–6).

Dios se me opondrá si doy lugar al orgullo y estaré bajo Su disciplina. «Abominación al Señor es todo el que es altivo de corazón» (Proverbios 16:5). ¡Abominación! Así que Dios se interpone en el camino de los orgullosos y se opone a ellos, pero a los humildes les da Su gracia. La humildad quizá no sea la primera estrategia que se te ocurra para encontrar fortaleza frente a la dificultad, pero puesto que Dios concede Su gracia a los humildes, es lo que te ayudará a perseverar en los tiempos de prueba.

4. Las manos vacías alimentarán tu amor por los demás

El orgullo siempre busca lo suyo y se irrita con facilidad; es lo opuesto al amor, que no se jacta y «no se irrita, no toma en cuenta el

mal recibido» (1 Corintios 13:5). El orgullo es como un balde de agua derramado sobre el fuego del amor en cualquier matrimonio. La humildad, en cambio, puede avivar las brasas moribundas del amor y convertirlas de nuevo en una llama.

Si estás en una relación marcada por la tensión o en una relación tan quebrada que te hace preguntarte si el amor podría alguna vez ser restaurado, considera esto: la historia más grande de reconciliación de una relación rota es la historia de cómo Dios se reconcilia con nosotros por medio de Jesucristo. ¿Cómo llevó a cabo Cristo esa reconciliación? El primer paso del Salvador fue humillarse a Sí mismo (Filipenses 2:8). Él tomó la forma de siervo; así fue como inició la gran reconciliación. Cristo nos dice que la actitud que hubo en Él debe ser también nuestra actitud (Filipenses 2:5). El amor se ahoga entre las malezas del orgullo, pero crece y florece en el terreno de un corazón humilde.

5. Las manos vacías te fortalecerán para vencer la tentación

Ya hemos señalado que ser pobre en espíritu es una bendición de entrada: un punto de acceso que conduce a otras bendiciones. De igual manera, el orgullo es un pecado de entrada que abre la puerta a muchos otros pecados. Leemos en el libro de Proverbios: «Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída, la arrogancia de espíritu» (Proverbios 16:18). La versión del Nuevo Testamento de esta misma verdad es esta: «El que cree que está firme, tenga cuidado, no sea que caiga» (1 Corintios 10:12).

Ahora bien, si el orgullo conduce a la caída, lo lógico es que la humildad te ayude a permanecer. Cuando sabes que tu carne es débil, velas y oras para no caer en tentación (Mateo 26:41). Cuando te esfuerzas por buscar la humildad, das un golpe directo al pecado maestro del orgullo y al mismo tiempo, debilitas el poder de muchos otros pecados, abriendo la puerta a muchas otras bendiciones.

6. Las manos vacías te librarán de la tiranía del yo

El «yo» tiene varias maneras de hacerte su esclavo. Por eso, si el énfasis en el orgullo que se hace a lo largo de este capítulo te ha resultado

ajeno, quizá no estés dominado por el amor propio, sino atrapado por el autodesprecio.

El autodesprecio es una lucha dolorosa para algunas personas. Si esta es tu batalla, sabes lo que es despertar sintiendo odio hacia ti mismo y en algún momento, puede que hayas pensado incluso en hacerte daño. Aunque el autodesprecio pueda parecer muy distinto del amor propio, ambos son expresiones de la misma obsesión con el yo.

A. W. Tozer lo expresó con claridad: «El yo, ya sea en arrogancia o en menosprecio, no puede ser otra cosa que detestable delante de Dios. La jactancia es una evidencia de que estamos complacidos con el yo; el menosprecio hacia ti mismo, de que estamos decepcionados de él».⁶

El punto de Tozer es simple: tanto el orgullo como el autodesprecio están igualmente centrados en el yo. Al final, no hay mucha diferencia entre destruirte mediante tu jactancia o destruirte mediante el autodesprecio. El yo puede exaltarte o el yo puede condenarte, pero en ambos casos el yo tiene el control, y el yo siempre será un tirano. Pero si cultivas la humildad, ese tirano será derrocado.

Como señala Tozer:

El cristiano victorioso ni se exalta ni se menosprecia a sí mismo. Sus intereses han pasado de centrarse en sí mismo para centrarse en Cristo. Lo que es o deja de ser ya no le preocupa. Él cree que ha sido crucificado con Cristo y no está dispuesto ni a elogiar ni a denigrar a tal hombre.⁷

7. Las manos vacías te conducirán a adorar a Jesús

Cuanto más te mires a ti mismo, menos mirarás a Cristo; y cuanto más fijas tu mirada en Cristo, menos te mirarás a ti mismo. Spurgeon dice: «Cristo nunca será precioso hasta que seamos pobres en espíritu. Debemos ver primero nuestras propias carencias antes de poder apreciar Su riqueza; el orgullo ciega los ojos, y solo la humildad sincera puede abrirlos; de lo contrario, las bellezas de Jesús permanecerán para siempre ocultas para nosotros».⁸

Cuando reconoces la pobreza de tu posición delante de Dios, el regalo de Jesucristo te parecerá abrumadoramente glorioso y ver todo el bien que encuentras en Él, te conducirá a la adoración.

Esta está la diferencia entre un hipócrita y un cristiano verdadero: quienes están lejos de Dios hacen mucho de sí mismos, mientras que quienes viven cerca de Dios hacen mucho de Jesucristo. Los que están lejos de Dios se concentran en lo que están haciendo para Él; los que viven cerca de Dios encuentran su gozo en lo que Él está haciendo por ellos. Se unen a Pablo al decir: «Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14).

CÓMO CULTIVAR LA HUMILDAD

El proceso de remodelar una casa tiene invariablemente dos etapas: la demolición y la renovación. Todo comienza con el día de la demolición. Se arranca la alfombra vieja, se retiran los gabinetes y los mesones antiguos y, si eres de los que hacen las cosas por sí mismos, ¡puedes incluso usar el mazo y golpear la pared!

La búsqueda de la humildad comienza de la misma manera: haciendo una demolición del orgullo. En palabras memorables de Alexander Maclaren, debemos «reventar este globo inflado de autoestima».⁹

Cómo comenzar la demolición

Un buen punto de partida para comenzar la demolición es examinarnos con regularidad a la luz de la Palabra de Dios. Mídete según lo que Dios te llama a perseguir. Así, por ejemplo, cuando lees en 1 de Corintios 13 que «el amor no busca lo suyo», pregúntate: «¿En qué situaciones estoy insistiendo en lo mío?». Cuando lees que «el amor no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido», pídele a Dios que te muestre en qué momentos has caído en estos pecados.

Mientras crecía en Escocia, aprendí algunas preguntas sencillas que todavía uso cuando leo la Biblia: ¿Hay una promesa que creer? ¿Un mandamiento que obedecer? ¿Un pecado que evitar? ¿Una advertencia que atender? ¿Un ejemplo que seguir? Cada una de estas preguntas te

ayudará a demoler el orgullo. ¿Estoy creyendo esta promesa? ¿Estoy obedeciendo este mandamiento? ¿He caído en este pecado? ¿Estoy escuchando esta advertencia? ¿Estoy siguiendo este ejemplo?

Usa la Palabra de Dios como un espejo y asegúrate de mirarte bien en ese espejo cada día. Cuando leas la Biblia pídele a Dios que te muestre quién eres y luego evalúate conforme a lo que estas leyendo.

La ley revela nuestra pecaminosidad. Mantén el espejo —la Palabra de Dios— delante de ti, y pronto te encontrarás diciendo, como todo cristiano verdadero:

«Señor, estoy muy lejos de lo que Tú me llamas a ser y a hacer». Entonces sentirás tu necesidad de Cristo y descubrirás lo que significa ser pobre en espíritu.

De la demolición a la renovación

Pero ser pobre en espíritu implica algo más que conocer y confesar tus pecados. Jesús fue humilde y en Él no había pecado. La humildad de Jesús no brotó de la conciencia de pecado, porque Él no tenía pecado alguno; provenía de otra fuente.

Andrew Murray fue el autor que me ayudó a comprender esta verdad: «Si la humildad ha de ser nuestro gozo, debemos ver que no es solo una señal de vergüenza por causa del pecado, sino que aparte de todo pecado, la humildad es ser revestidos de la misma belleza y bienaventuranza del cielo y de Jesús».¹⁰

Detente y medita en estas palabras: «La humildad es [...] la misma belleza y bienaventuranza de Jesús». Eso es lo que estamos llamados a perseguir. Muy lejos del mundo de la culpa y la vergüenza, la humildad es algo verdaderamente hermoso. La razón por la que usamos el mazo de la ley para demoler el orgullo, la apariencia y la justicia propia en nuestra vida es que todo eso debe ser removido para dar lugar a algo hermoso.

La demolición abre paso a la renovación. Lo viejo y lo feo se elimina para que lo nuevo y lo hermoso pueda establecerse.

Murray continúa explicando que «la humildad es algo más profundo que la contrición; es nuestra participación en la vida de Jesús».¹¹

Ser pobre en espíritu forma parte del proceso de llegar a ser como Jesús, quien se humilló a Sí mismo. Él dijo:

«Yo no puedo hacer nada por iniciativa Mía» (Juan 5:30).

«He descendido del cielo, no para hacer Mi propia voluntad»
(Juan 6:38).

«Yo no busco Mi gloria» (Juan 8:50).

Si estas son las palabras del Hijo de Dios, ¡con mayor razón deberían ser también las mías! La bienaventuranza de Jesús se manifiesta en Su corazón manso y bondadoso. Al perseguir la humildad, estás reflejando la belleza de Su vida.

Así que examínate a la luz de la Palabra de Dios y modela tu vida conforme al Hijo de Dios, sabiendo que Dios vive con los humildes y que quienes reconozcan su pobreza delante de Dios serán bendecidos. Así como lo expresa Watson: «¡Cuán pobres son quienes se creen ricos! ¡Y cuán ricos son quienes se ven a sí mismos pobres!».¹²

El tema principal de este libro es el camino del progreso en la vida cristiana que trazan las bienaventuranzas. Más adelante veremos otras bendiciones que incluyen el perdón, la pureza y la paz, pero me alegra que las bienaventuranzas no comiencen allí. Si «ser puro de corazón» fuera el punto de partida para el crecimiento en la vida cristiana, nadie llegaría jamás. Pero no lo es. ¡El punto de partida es ser pobres en espíritu! Gracias a Dios que el comienzo es reconocer que no tenemos lo que se necesita.

Te animo a que hoy tomes este primer aro. Humíllate. Ven hoy a Jesucristo y dile que no tienes lo que se necesita para vivir una vida piadosa.

Dile que no tienes el poder para cambiar. Pídele que te dé lo que no tienes y luego confía en Él; míralo a Él, cree en Su promesa de que vendrá a ti, vivirá contigo y te bendecirá. Los cristianos verdaderos conocen su propia pobreza. Miran a Jesús en busca de lo que no tienen y encuentran en Él todo lo que necesitan.

«Bienaventurados
los que lloran, pues ellos
serán consolados».

MATEO 5:4

2

ASUMO MI RESPONSABILIDAD

EL PODER DEL LLANTO ESPIRITUAL

Llorar puede ser un asunto miserable y no me sorprendería que te sintieras tentado a saltarte este capítulo para pasar a otro más prometedor, pero eso sería un error.

Jesús está hablando de un tipo de llanto que conduce a la bendición, y como veremos en este capítulo, aprender el arte del llanto espiritual es crucial para tu progreso en la vida cristiana.

Quizá te preguntes, al igual que yo, cómo pueden estar las palabras «llorar» y «bienaventurados» en una misma oración. ¿Cuál es esa clase de llanto al que Jesús relaciona con las bienaventuranzas?

Existen tres tipos de llanto, muy diferentes entre sí, y es importante saber distinguirlos.

El primero de estos es el *llanto natural*; es el dolor que se experimenta ante la pérdida de un ser querido. Si Dios te dio el maravilloso regalo de tener a una persona que amas y esa persona te ha sido quitada, tu respuesta natural y más apropiada será llorar esta pérdida. Y, cuando esto suceda, es bueno recordar que Jesús también pasó por esto; Jesús lloró ante la tumba de un amigo muy querido (Juan 11:35). La

presencia y el consuelo de Jesús, a lo largo del camino del duelo, son un regalo precioso de Dios; sin embargo, nuestro Señor no se refiere a este tipo de llanto aquí.

En las bienaventuranzas, Jesús habla de cualidades que debemos buscar activamente: condiciones del corazón tan cargadas de bendición que deberíamos desear tenerlas en la mayor medida posible. Dios nos llama a buscar la paz y la pureza, a perseguir la mansedumbre y la misericordia, y a tener hambre y sed de justicia. No hay exceso cuando se trata de estas cosas.

Pero ¿cómo podría aplicarse esto al llanto natural? Nadie que atravesase el dolor de una pérdida dice: «Quiero tener tanto de este dolor como sea posible».

Así que, aunque esta es una verdad preciosa, que Cristo camina con el creyente por el valle de la pérdida, esto no es lo que nuestro Señor está enseñando aquí.

Hay un segundo tipo de llanto, muy distinto, que lejos de ser natural es en realidad pecaminoso. El *llanto pecaminoso* es un anhelo obsesivo por algo que Dios no te ha dado. Observa el contraste: el *llanto natural* surge del dolor por algo que Dios te dio y luego te quitó; en cambio, el *llanto pecaminoso* es lamentarse por algo que Dios nunca quiso que tuvieras.

Un ejemplo de esto se encuentra en la historia de Acab, uno de los reyes de Israel (1 Reyes 21). A pesar de que era un rey perverso, Dios le dio a Acab un palacio y un reino. Sin embargo, Acab fijó sus ojos en una pequeña viña que pertenecía a un hombre pobre, más allá de los límites del palacio que Dios le había dado. El rey puso primero sus ojos y luego su corazón en aquella viña y con el tiempo, se obsesionó cada vez más con ella. Acab le ofreció a su propietario, Nabot, comprarle el viñedo.

Pero la viña había sido dada a la familia de Nabot como una herencia del Señor, y este hombre pobre no estaba dispuesto a venderla a ningún precio.

El rey Acab regresó «disgustado y molesto» (v. 4). Se paseaba enfurruñado por el palacio porque codiciaba un regalo que Dios le había dado a otra persona y no a él. Este anhelo obsesivo por algo que Dios nunca quiso darle consumió al rey y finalmente, lo llevó a asesinar a Nabot, trayendo a su vida lo opuesto a la bendición. Llorar por algo que

Dios nunca quiso que tuvieras es un tipo de llanto pecaminoso. Siempre resulta destructivo y claramente no es el llanto al que Jesús se refiere cuando declara bienaventurados a los que lloran.

EL LLANTO ESPIRITUAL APROPIADO

Un tercer tipo de llanto, muy distinto de los anteriores, tiene que ver con el dolor por nuestros pecados en contra de Dios. Este es el *llanto espiritual* al que Jesús describe como bendecido. El llanto espiritual es el dolor piadoso que conlleva al arrepentimiento, y es bendecido porque conduce a la salvación (2 Corintios 7:10). Cuanto más tengas de este tipo de *llanto* en tu vida, más bendecido serás.

El llanto espiritual es un arte que los cristianos necesitan redescubrir con urgencia hoy. Es clave para enfrentar lo que a veces llamamos «el pecado habitual», es decir, el pecado en el cual una persona cae repetidamente a lo largo del tiempo. Si un pecado en particular se ha vuelto habitual para ti o si reconoces que eres dependiente de cierta forma de comportamiento, necesitas aprender todo lo que puedas sobre el llanto espiritual. El propósito de Dios para tu vida no es que permanezcas atrapado en un ciclo repetitivo de pecado, en el que pides «perdón» a Dios y luego repites la misma conducta. El llanto espiritual rompe ese ciclo al llevarte a un punto en el que te dueles por tu pecado, reconoces su costo y rompes con él de manera radical.

Este tema es de enorme importancia para la iglesia hoy, pues estamos rodeados de una forma de fe que no guarda ninguna semejanza con el cristianismo bíblico. Durante más de medio siglo, la fe verdadera que une a una persona con Jesucristo ha sido sustituida por una aceptación o acuerdo con determinadas creencias. Esta sustitución hace que para muchos sea fácil «aceptar a Cristo» sin haber buscado nunca la vida de santidad a la que todo cristiano es llamado. Aquellos que no son cristianos desprecian esta forma raquíca de fe y tienen toda la razón para hacerlo. Esta clase de fe, que deja a una persona sin cambios significativos, no es digna de llevar el nombre de nuestro Señor.

ABANDONAR EL PECADO Y VOLVER A DIOS

Una segunda forma de vaciar el cristianismo bíblico de su contenido esencial tiene que ver con el arrepentimiento que, de acuerdo con la Biblia, implica un cambio de dirección, pero que con frecuencia se reduce al simple hecho de «admitir que se es un pecador» y pedir perdón.

Isaías describió el verdadero arrepentimiento cuando dijo:

Busquen al Señor mientras puede ser hallado, llámenlo en tanto que está cerca. Abandone el impío su camino, y el hombre malvado sus pensamientos; y vuélvase al Señor, que tendrá de él compasión, y a nuestro Dios, que será amplio en perdonar (Isaías 55:6–7).

Buscar al Señor implica dejar o abandonar los pensamientos y los caminos que lo deshonran, mientras que llamar al Señor conlleva volver a Dios.

Dios dice al pecador: «¡Debes abandonar tu camino! ¡Déjalo! ¡Apártate de él! ¡Termina con esos pensamientos malvados!». Aquí hay mucho más que simplemente admitir que eres un pecador. ¡Mucho más! Puedes aceptar que eres un pecador y continuar en los mismos pecados. Sin embargo, Dios nos llama a un cambio radical de conducta y de dirección, en el que una persona deja su pecado y se vuelve al Señor.

Encontramos esta verdad en el Nuevo Testamento, en 2 Timoteo 2:19, donde Pablo escribe: «No obstante, el fundamento de Dios permanece firme, teniendo este sello: “El Señor conoce a los que son Suyos”, y “Que todo el que menciona el nombre del Señor se aparte de la iniquidad”».

Aquí tenemos algo fundamental para el cristianismo bíblico: si eres un seguidor de Cristo, debes apartarte de la iniquidad. La fe y el arrepentimiento son dos caras de la misma moneda; no existen por separado. El pueblo de Dios se arrepiente mientras cree, y cree mientras se arrepiente. La fe es el vínculo de una unión viva con Jesús y, por esa razón, es también la fuente de la cual brota el arrepentimiento delante de Él.

Pero si una generación crece pensando que el cristianismo se reduce únicamente a estar de acuerdo con ciertas creencias, a aceptar que se es pecador y a pedir perdón, no sorprende encontrar a muchos que se consideran cristianos y que confían en ir al cielo sin haber buscado nunca el arrepentimiento, que es central en el llamado de Dios para todo Su pueblo.

Estamos rodeados por una forma de fe que ha sido reconfigurada para adaptarse a nuestra continua indulgencia, y el resultado ha sido un número creciente de personas que admiten ser pecadores y que «aceptan a Jesús» sin haber experimentado jamás una vida nueva en Jesucristo.

Estas personas no se sienten pobres en espíritu, no saben lo que es llorar por sus propios pecados y no se someten con mansedumbre a Dios. Sin estas raíces, no hay en ellos ni hambre ni sed profundas de justicia y al conocer tan poco acerca de la misericordia, la pureza y la paz, viven alejados de la bendición de Dios.

Reemplazar la fe por la aceptación de ciertas verdades y cambiar el arrepentimiento por una simple admisión de que somos pecadores ha sido un desastre para el cristianismo verdadero en nuestra época. Necesitamos desesperadamente redescubrir el gozo del arrepentimiento bíblico y la bendición del llanto espiritual.

SEIS ELEMENTOS DEL LLANTO ESPIRITUAL

Después de considerar la importancia del llanto espiritual, necesitamos definir con mayor precisión qué es y cómo puedes aferrarte a este segundo aro para seguir progresando en tu vida cristiana.

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón por pecados particulares, que surge de la humildad, está impregnado de esperanza y conduce a abandonar esos pecados en la cruz.

Hay seis elementos en esta definición; cada uno apunta a un aspecto del carácter, el enfoque, el motivo o el resultado del llanto espiritual. En conjunto, describen el proceso por el cual puedes romper el ciclo repetitivo de los pecados habituales y progresar en el crecimiento de tu vida cristiana.

1. El llanto espiritual nombra pecados particulares

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón por *pecados particulares*, que surge de la humildad, está impregnado de esperanza y conduce a abandonar esos pecados en la cruz.

El llanto espiritual tiene siempre un enfoque claro. Es llorar por pecados particulares y esto es muy distinto a sentir culpa por una sensación general de indignidad o de fracaso. A Satanás le encanta desanimar a los cristianos con un sentimiento difuso de incapacidad personal, pero ese sentimiento no produce nada bueno. ¿Cómo se enfrenta una sensación general de fracaso, indignidad o insuficiencia? No puedes. Es un callejón sin salida. Lamentarse por el pecado en general nunca te hace progresar en la vida cristiana. Solo te deja sintiéndote miserable y a veces puede convertirse en una forma conveniente de evitar enfrentar los pecados reales de tu vida.

El llanto espiritual se relaciona con pecados concretos, y el primer paso para cultivar este llanto es nombrar uno o más pecados, expresándolos con claridad, sin excusas y sin evasivas: «Actué movido por la envidia. Insistí en hacer mi voluntad. Engañé y encubrí, y esto es un pecado contra Dios».

El consejo pastoral de Spurgeon es claro y útil aquí:

El primer consejo que te doy es este: especifica tus pecados. No digas: «Soy un pecador». Eso no significa nada; todo el mundo dice eso. Di más bien: «¿Soy un mentiroso? ¿Soy un ladrón? ¿Soy un borracho? ¿He tenido pensamientos impuros? ¿He cometido actos inmorales? ¿Me rebelo en mi alma con frecuencia contra Dios? ¿Me enojo a menudo sin motivo? ¿Tengo mal carácter? ¿Soy codicioso? ¿Amo más este mundo que el venidero? ¿Descuido la oración?». Hazte estas preguntas en puntos concretos de tu vida y pronto quedarás convencido de que te consideras a ti mismo como un pecador, en «términos generales».¹

Observa el enfoque de todas estas preguntas. Spurgeon te está animando a buscar pecados particulares que se esconden en los rincones oscuros de tu alma. Imagina que caminas por un sótano oscuro donde se guardan tesoros escondidos, quizá incluso algunos

regalos sin abrir. Pero también hay mucho desorden y basura, y hay mal olor porque algunos animales entraron al sótano por una ventana rota y murieron allí. También podrían estar algunos animales vivos al acecho, ocultos en las esquinas. Esa escena, poco atractiva, es una imagen bíblica de tu alma.

Dios podría mostrarte, en cualquier momento, el completo horror del estado de tu alma encendiendo un reflector en el sótano, pero si lo hiciera, quedarías abrumado y no sabrías por dónde comenzar a limpiar el desastre. Si todo fuese revelado al mismo tiempo, ningún cristiano podría soportar ver la magnitud de su propio pecado. Pero Dios es paciente y, en Su bondad, te mostrará la verdad desagradable de tu propio corazón, no con un reflector, sino con una linterna. Él te guiará a través del oscuro sótano, iluminando gradualmente lo que se esconde en los rincones de tu alma, para que, por la gracia de Dios, puedas ocuparte del desorden a medida que Él te lo muestre.

El llanto espiritual comienza cuando ves tus pecados, pero por naturaleza no vemos bien; nuestro instinto es justificar todo lo que hacemos. No nos vemos como los demás nos ven, y mucho menos como Dios nos ve. Por eso necesitamos que la linterna ilumine los rincones oscuros de nuestra alma, y Dios hace brillar esa luz por medio de Su Palabra, Su Espíritu y Su pueblo.

El llanto espiritual comienza con una Biblia abierta. La entrada de la Palabra de Dios trae luz (Sal. 119:130) y cuando las Escrituras entran regularmente en tu vida, comenzarás a ver lo que está sucediendo en los lugares oscuros y ocultos de tu corazón. Dios usará lo que lees en la Biblia para abrir tus ojos a aspectos de tu vida que quizá no sabías que eran pecado y a pecados en tu vida que no sabías que estaban presentes.

Las preguntas que revisamos en el capítulo anterior te ayudarán aquí: cuando escuches un pasaje bíblico leído en la iglesia o cuando lo leas por tu cuenta durante la semana, pregúntate: «¿Hay aquí algún pecado particular que debo evitar?».

Practica usar la Biblia para identificar pecados ocultos que podrían estar acechando en tu vida. Si en el pasaje que estás leyendo no hay un pecado evidente que evitar, usa las demás preguntas. Si hay una promesa, pregúntate si realmente la crees o si por incredulidad podrías estar

perdiéndote lo que Dios ofrece allí. Si hay un ejemplo, pregúntate hasta qué punto estás siguiéndolo o si vas por un camino distinto. Si hay un mandamiento, pregúntate si lo estás obedeciendo, y si hay una advertencia, pregúntate si estás prestando atención a esta advertencia o si estás en peligro de seguir un camino destructivo.

Acostúmbrate a identificar pecados particulares cuando leas la Biblia. Comenzarás a ver lo que Dios ve y conocerás lo que Él aborrece y le ofende.

Cuando hayas identificado un pecado particular, puedes pedirle al Señor que te muestre dónde podría estar escondiéndose ese pecado en tu vida. Por ejemplo, cuando lees en 1 Corintios 13: «El amor es paciente, es bondadoso; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no es arrogante; no se porta indecorosamente» (vv. 4–5), te enfrentarás de inmediato a seis pecados específicos: impaciencia, falta de bondad, envidia, jactancia, orgullo y rudeza. Entonces surgen preguntas concretas: ¿Cuándo he sido grosero? ¿A quién podría haber envidiado? ¿En qué estoy siendo impaciente? Formular estas preguntas será como encender la linterna en el sótano de tu alma. La Biblia te mostrará qué pecados debes buscar y el Espíritu Santo te mostrará dónde se encuentran. Pídele que escudriñe tu corazón y abra tus ojos a los pecados ocultos, tal como hizo David (Salmo 139:23–24).

Otros cristianos también pueden ayudarte en esta área. Las relaciones honestas con otros creyentes que te conocen y te aman son un regalo especial de Dios, no solo porque brindan un lugar seguro, sino también porque permiten cumplir el mandamiento de Santiago: «Confiesen sus pecados unos a otros y oren unos por otros para que sean sanados» (Santiago 5:16).

Aquí tienes un reto: si estás casado, pídele a tu cónyuge que te ayude a identificar un pecado particular contra el cual deberías luchar con más seriedad. La persona que Dios ha puesto a tu lado está en una posición privilegiada para ayudarte, ¿por qué no pedirle esa ayuda?

Al haber sido bendecido con un matrimonio feliz y con una esposa maravillosamente perceptiva, me he beneficiado enormemente y en muchas ocasiones, de este tipo de conversaciones sinceras. Una de ellas ocurrió durante un viaje en automóvil hacia Iowa, donde tenía previsto dar una charla en una conferencia. Todavía recuerdo el lugar exacto de la

carretera donde le dije: «He estado pensando en las áreas en las que necesito crecer y quiero que me digas un pecado con el que creas que debo luchar con más firmeza».

Karen hizo una pausa, reflexionó un momento y luego dijo «¿Te puedo dar dos?». Ambos nos reímos, y entonces ella señaló, con gran discernimiento, dos áreas en las que yo necesitaba crecer. Fue profundamente útil, y ese tipo de conversaciones siguen siendo de gran beneficio para ambos mientras procuramos apoyarnos mutuamente.

Si no estás casado, o si tu matrimonio no está en un punto donde exista un alto nivel de confianza, pídele ayuda a alguien más que te conozca bien. Busca a alguien que pueda hablar con honestidad sobre tu vida y presta atención a lo que tenga que decirte.

¿Qué te ayudaría a crecer en la vida cristiana? ¿Qué te impide ser más útil para Dios de lo que eres en este momento? Estas son preguntas difíciles, y necesitarás toda la luz y ayuda posibles para responderlas. Dios te dará esa luz a través de Su Palabra, aplicada por el Espíritu, y por medio de amigos cristianos de confianza que te conocen y te aman lo suficiente como para hablar con verdad a tu vida. Así que usa los medios que Dios te ha dado.

El llanto espiritual comienza cuando eres capaz de nombrar uno o más pecados particulares que han estado acechando en tu vida. Cuando tienes claro que aquello que nombraste es un pecado y que está realmente en ti, estás listo para entrar en el llanto espiritual.

2. El llanto espiritual conlleva un dolor profundo en el corazón

El llanto espiritual es un *dolor profundo en el corazón* por pecados particulares que surge de la humildad, está impregnado de esperanza y conduce a abandonar esos pecados en la cruz.

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón. Aquí nos enfocamos en la importancia de la diferencia entre aceptar un pecado y arrepentirse verdaderamente desde el corazón.

Después de una gran victoria en la batalla, el rey Saúl desobedeció un mandato directo de Dios al tomar botín para sí mismo y para sus hombres. El rey engañó, mintió y robó, y luego trató de encubrirlo con

más mentiras. Pero Saúl fue descubierto y cuando su pecado quedó expuesto, confesó: «He pecado. En verdad he quebrantado el mandamiento del Señor» (1 Samuel 15:18–19, 24).

A primera vista parecería que Saúl estaba genuinamente arrepentido, pero luego Saúl dijo algo a Samuel que reveló sus verdaderas intenciones:

«He pecado, *pero* te ruego que me honres ahora delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel y que regreses conmigo para que yo adore al Señor tu Dios» (v. 30).

Saúl admitió que había pecado, pero su atención estaba puesta en controlar los daños. Su principal preocupación era su reputación y por eso quería que Samuel lo honrara delante del pueblo.

La historia de la vida de Saúl muestra el lamentable camino de una persona que acepta que está equivocada, pero que no experimenta el dolor profundo en el corazón, que caracteriza el llanto espiritual. Para Saúl, un pecado lo llevó a otro, y al final murió lejos de Dios. La confesión del pecado de Saúl fue una manifestación de la tristeza mundana que, según Pablo, conlleva a la muerte; y es muy distinta al dolor piadoso que conlleva al arrepentimiento y conduce a la salvación (2 Corintios 7:10).

Entonces, ¿cómo puedes cultivar este dolor profundo y piadoso? ¿Cómo puedes practicar el llanto espiritual? ¿Cómo puedes romper el ciclo repetitivo de los mismos pecados y progresar en tu vida cristiana?

El dolor profundo del corazón por un pecado particular crece cuando ves el costo de ese pecado. Examina detenidamente el costo de este pecado para ti, para los demás y para Cristo, y entrarás más profundamente en el llanto espiritual.

Comienza con el costo para ti mismo. Piensa en la vida santa a la que Dios te ha llamado. Considera dónde podrías estar hoy si este pecado no te hubiera retenido. Reflexiona en cómo este pecado ha limitado tu utilidad para Cristo. Piensa en cómo ha apagado tu adoración, ha opacado tu testimonio y te ha mantenido alejado de Dios.

Luego, piensa en los otros pecados a los que este pecado, por el cual estás lamentando, te ha conducido: pecados de engaño y de apariencia. Mira lo que este pecado te está costando, suma la factura completa y piensa en cómo podría ser tu vida si dejaras atrás este pecado.

Después, debes considerar lo que este pecado tuyo le ha costado a los demás. Nadie peca solo para sí mismo. El pecado por el cual estás

lamentándote te ha vuelto alguien con quien es más difícil convivir, trabajar y amar. Pero ¿qué pasa si tu pecado es secreto y quienes te aman no saben nada al respecto? Incluso si nunca lo descubren, tu pecado sigue siendo costoso para ellos, porque tu pecado te disminuye y eso les roba a los demás lo que podrían haber recibido de ti. Piensa en el esposo, la esposa, el padre, la madre, el hijo, la hija, el amigo, el colega, el empleador o el empleado que podrías haber sido si no fuera por este pecado por el cual estás lamentándote. Podrías haber aportado mucho más a la vida de otros y cuando dispones tu corazón a abandonar este pecado, habrá mucho más que podrás aportar en el futuro.

Luego piensa en lo costoso que fue para Jesús el pecado por el cual te estás lamentando.

Dios siempre actúa con justicia. Esto significa que hay una consecuencia medida para cada ofensa. Cada pecado es llevado ante el tribunal de la justicia de Dios y recibe el castigo que le corresponde.

Jesús no fue colgado en la cruz por el pecado «en general», sino por pecados particulares: pecados con nombres, fechas y rostros concretos. Esto significa que Jesús sufrió por el pecado por el cual estás lamentándote. El castigo por este pecado te pertenecía a ti, y cada vez que caías nuevamente en este pecado, la culpa se acumulaba. Sin embargo, Dios, en Su asombrosa misericordia, transfirió toda la culpa y el castigo que te correspondían por este pecado sobre Jesús. Piensa en esto: el pecado por el cual te estás lamentando tuvo su lugar dentro de todo lo que Cristo soportó en la oscuridad del Calvario. Él lo tomó sobre Sí mismo y sufrió por esta causa.

Nombrar y reconocer el costo de tus pecados te conducirá a un llanto espiritual. Nombrar los pecados particulares enfocará tu atención en lo que necesitas cambiar en tu vida, mientras calcular el costo de esos pecados hará que sientas la urgencia de ese cambio en tu corazón. Para expresarlo en lenguaje bíblico: nombrar tus pecados te mostrará en que necesitas arrepentimiento, y calcular el costo de estos pecados te llevará al dolor piadoso del arrepentimiento que conduce a la vida.

Cuando una persona está pasando por un duelo, un consejero sabio podría recomendarle: «Tómate el tiempo para lamentarte como es debido». Ese consejo también es útil cuando se trata del llanto espiritual. Nombrar y evaluar el costo de tus pecados no será fácil, pero cuando este

trabajo se hace de forma clara y exhaustiva, descubrirás, por la gracia de Dios, que estás en posición de abandonar el pecado por el cual has estado lamentándote.

El dolor piadoso *sí* conduce al arrepentimiento, y el arrepentimiento *sí* conduce a la vida. Cuando ves estas conexiones, pronto se hace claro que cultivar el arte del llanto espiritual es crucial para progresar en tu vida cristiana.

3. El llanto espiritual surge de la humildad

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón por pecados particulares, *que surge de la humildad*, está impregnado de esperanza y conduce a abandonar esos pecados en la cruz.

Uno de los mayores desafíos en el llanto espiritual es la dificultad de llorar por un pecado que has disfrutado.

Imagina conmigo a una persona a la que llamaremos José, quien ha caído bajo el poder de un pecado habitual. Podría tratarse de orgullo, ira, chismes, lujuria, embriaguez o cualquier otro pecado que tenga el poder de convertirse en un hábito. Con el tiempo, el pecado persistente de José se ha vuelto cada vez más compulsivo. Cada vez que José cae en este pecado, se siente culpable. Le dice a Dios que está arrepentido, pero José conoce la fuerza de esta tentación en su vida y siente que no pasará mucho tiempo antes de caer nuevamente.

El llanto espiritual parece estar fuera del alcance de José porque su pecado le trae cierto grado de placer. Ese placer pasa rápidamente y siempre deja remordimiento, pero hay un consuelo y un disfrute para José en ese pecado, y por eso vuelve a él una y otra vez.

Entonces, ¿cómo puede José aprender a odiar lo que al menos una parte de él ama? ¿Cómo puede llegar a sentir *un dolor profundo en el corazón* por algo que lo ha atraído poderosamente durante tanto tiempo? José reconoce que necesita practicar el llanto espiritual, pero ¿cómo puede lamentarse por un pecado que ama?

Una respuesta es volverse pobre en espíritu. Imagina nuevamente esos siete aros suspendidos entre dos plataformas. ¿Cómo puede alcanzar el segundo aro? Este segundo está fuera de su alcance y solo hay una

manera de llegar allí: debe regresar, tomar el primer aro y usar el impulso para balancearse y alcanzar el segundo aro.

Apliquemos esto a José y a la dificultad que él tiene para alcanzar el segundo aro del llanto espiritual. Hay una manera en la que José puede progresar. Si él se impulsa en el primer aro, el segundo estará a su alcance. Ver su pobreza delante de Dios lo pondrá en camino para comenzar a llorar por sus pecados.

Una vez que veas este patrón de progreso en las bienaventuranzas, sabrás qué hacer cuando te sientas estancado en tu vida cristiana. Cuando uno de los aros parezca estar fuera de tu alcance, vuelve atrás y revisa los aros anteriores. ¿La paz en tu mente o la pureza de corazón parecen estar lejos de ti? Mira los aros que te conducen allí. Vuelve al principio y usa el impulso que obtendrás de cada aro para avanzar.

4. El llanto espiritual está impregnado de esperanza

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón por pecados particulares que surge de la humildad, *está impregnado de esperanza* y conduce a abandonar esos pecados en la cruz.

Necesitas saber que, al lamentarte por tus pecados, al verlos tal como son y al considerar su costo, entras en un terreno cargado de peligro para tu alma. En este punto sería fácil para ti caer en la desesperación; así que necesitas recordar esto: El gran propósito de Dios, al hacer brillar la luz sobre tus pecados, es llevarte a Jesús, el amigo de pecadores, en quien encontrarás esperanza.

Hay un tipo de llanto por tus pecados y fracasos que te encierra en el autodesprecio. Tus ojos se centran en tu propia necedad y fracaso, y tus lágrimas fluyen por un amargo remordimiento ante las oportunidades perdidas y los errores cometidos. Pero no hay fe en ese tipo de llanto y por eso es al final destructivo. La esperanza es un sello característico del llanto espiritual, y la esperanza surge de la fe en Cristo y en todo lo que Él ha logrado por medio de la cruz.

Esto se puede ver en las últimas horas de Judas, quien fue invadido por el remordimiento después de traicionar a nuestro Señor. Judas se afligió por lo que había hecho. La Biblia dice que él «sintió

remordimiento» (Mateo 27:3), y su sinceridad fue evidente al devolver el dinero que los principales sacerdotes le habían pagado por su acto de traición. Judas miró su pecado con amargo remordimiento, pero no miró a Cristo para recibir perdón y por eso su dolor lo condujo a la desesperación.

El dolor, el remordimiento y la desesperación de Judas no constituyen un llanto espiritual. Fueron otro efecto de estar consumido por el diablo, quien había entrado en su corazón. El Espíritu Santo nunca lleva a una persona a la desesperación. Él sí te llevará a lamentarte por tus pecados, pero el llanto al que Él te guía está siempre impregnado de esperanza.

Por esta razón, en la experiencia cristiana genuina siempre hay dos caras de la misma moneda. En el llanto espiritual, el creyente está «entristecido, pero siempre gozoso» (2 Corintios 6:10): entristecido por la ofensa y las consecuencias de nuestro pecado y al mismo tiempo gozoso por la esperanza que vemos en Cristo. Al sentir tu necesidad, con frecuencia te encontrarás diciendo: «¿Y para estas cosas, ¿quién está capacitado?» (2 Corintios 2:16). Pero, si tu llanto está impregnado de esperanza, no te detendrás allí, sino que continuarás diciendo: «Nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Corintios 3:5).

El cristiano verdadero sabe lo que es decir con Pablo: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15). Si tu llanto está impregnado de esperanza, también dirás: «Por esto hallé misericordia, para que en mí [...] Jesucristo demostrara toda Su paciencia» (1 Timoteo 1:16). Dicho de otra manera, en lo que quizá sea la expresión más conocida de llanto espiritual en la Biblia, con frecuencia te encontrarás diciendo: «¡Miserable de mí!» (Romanos 7:24). Pero al mirar a Cristo, también podrás decir: «¡Gracias a Dios!» (Romanos 7:25).

Así que, cuando entres en un llanto espiritual, asegúrate de que mientras mantienes un ojo fijo en tu pecado, el otro esté fijo en la cruz. Robert Murray M'Cheyne aconsejó a un amigo lo siguiente: «Por cada vez que te mires a ti mismo, mira diez veces a Cristo».

El contexto de esa frase memorable era precisamente el arte del llanto espiritual. «Aprende mucho acerca de tu propio corazón», le aconsejaba M'Cheyne, «y, cuando hayas aprendido todo lo que puedas,

recuerda que apenas has visto unos pocos metros dentro de un pozo insondable».²

La magnitud de nuestro pecado, su efecto, la profundidad de su raíz y el dolor de sus consecuencias amenazan con abrumar al creyente que ha mirado con honestidad las turbias profundidades de su propio corazón. Por eso, mantén tus ojos fijos en Cristo cuando entres en el llanto espiritual. Recuerda Su gracia y misericordia, y confía en el poder de Su sangre para cubrir y limpiar los pecados más graves y más profundamente arraigados.

5. El llanto espiritual sucede en la cruz

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón por pecados particulares que surge de la humildad, está impregnado de esperanza y conduce a abandonar esos pecados *en la cruz*.

Nos hemos estado preguntando: ¿Cómo rompes con un pecado habitual? ¿Cómo entras en el llanto espiritual, de modo que empieces a odiar lo que antes amabas y a rechazar lo que antes elegías?

Hemos identificado varias respuestas a estas preguntas. Comienzas nombrando los pecados particulares y continuas calculando sus costos, considerando el precio que tú, los demás y el Señor pagan por ellos. Ganas impulso en este proceso cuando reconoces tu necesidad y te presentas con las manos vacías ante el Dios todopoderoso. Y debes tener esperanza porque, sin ella, tu dolor te llevará al naufragio en las rocas de la desesperación. Todo esto nos conduce a la cruz, el lugar donde ocurre el llanto espiritual.

Andrew Bonar fue un piadoso pastor escocés que llevó de manera extraordinaria un diario de su propia vida espiritual. Bonar luchaba por entender por qué no odiaba más el pecado, por qué regresaba una y otra vez a los mismos pecados y cómo podía progresar para vencerlos. En una entrada de su diario, fechada el 7 de mayo de 1829, Bonar escribió: «He comprendido profundamente que, si voy a ser verdaderamente convencido de mi pecado, solo puedo serlo al mirarlo a la luz del amor de Cristo».³

Nombrar y confesar tus pecados te conducirá al llanto espiritual, pero conocer el amor de Cristo te llevará más lejos. Esa fue la experiencia de Bonar, cuyo ministerio ayudó a las personas a apartarse de sus pecados mostrándoles el amor de Cristo.

M'Cheyne, un amigo cercano de Bonar, compartía la misma convicción: «Comúnmente se piensa que predicar la santa ley es la verdad más reveladora de toda la Biblia, pues por medio de ella se cierra toda boca y todo el mundo queda bajo culpa delante de Dios y en efecto, creo que este es el medio más habitual del que Dios se sirve. Y, sin embargo, para mí hay algo mucho más revelador aún: contemplar a un Salvador divino que se ofrece voluntariamente a cada ser humano».⁴

Ver la cruz es mucho más que ver lo que tu pecado le hizo a Jesús; la cruz trata de lo que Jesús hizo por ti. En la cruz ves qué tan amado eres, y ese amor será la fuerza más convincente de todas. Un solo vistazo al amor de Cristo te fortalecerá más en tu batalla contra el pecado que cualquier número de compromisos o disciplinas.

C. H. Spurgeon tenía un don especial para ayudar a quienes eran propensos a la desesperación a causa de sus muchos pecados y fracasos. Comprendía bien la lucha de aquellos que creían que su arrepentimiento era superficial y sufrían porque no se sentían lo suficientemente tristes por su pecado. Su consejo consistía en mostrarles que el llanto espiritual no es la tristeza que Dios nos llama a fabricar en nuestro corazón, sino un regalo que recibimos de las manos de Jesucristo.

Dios no te llama a trabajar en tu arrepentimiento para que luego puedas ofrecérselo; más bien te invita a venir a Él para que encuentres el arrepentimiento en la cruz.

Escucha cómo lo expresa Spurgeon:

Aprende esta lección: no confíes en Cristo porque tienes el arrepentimiento, sino confía en Cristo para que Él te lleve al arrepentimiento; no vengas a Cristo porque tienes un corazón quebrantado, sino ven a Él para que Él te dé un corazón quebrantado; no vengas a Él porque estás capacitado para venir, sino ven a Él porque no lo estás. Tu capacidad es tu incapacidad. Estás calificado porque no estás calificado.⁵

El punto aquí es sencillo: todo lo que hemos dicho en este capítulo debe hacerse a los pies de la cruz.

Nombrar tu pecado, reconocer su costo, ganar impulso en un llanto sincero y hallar una esperanza que te guarde de la desesperación: todo esto sucede a la luz del Hijo de Dios, quien te amó y se entregó por ti. Por eso, acércate a Él; contempla quién es y qué ha hecho por ti. Recibe Su amor; mira la misericordia y la limpieza que te ofrece, y considera el nuevo corazón que Él puede darte. Mira tu pecado a la luz de la cruz y luego pídele que te conceda un dolor profundo en el corazón por el pecado por el cual te estás lamentando, un dolor que te capacite para abandonar ese pecado en la cruz.

6. El llanto espiritual te conducirá a abandonar esos pecados en la cruz

El llanto espiritual es un dolor profundo en el corazón por pecados particulares que surge de la humildad, está impregnado de esperanza y conduce a *abandonar esos pecados* en la cruz.

Recuerdo muy bien que, cuando era adolescente, comprendí por primera vez que el arrepentimiento significaba abandonar el pecado. Había asistido a una conferencia en Inglaterra donde escuché al Dr. Alan Redpath decir: «Dios no ha prometido perdonar ni un solo pecado que no estés dispuesto a abandonar». Aquello me llegó al corazón. ¿Cómo podía pedirle a Dios que me perdonara si no tenía ninguna intención de dejar el pecado que acababa de confesar? ¿Cómo podía acercarme a Dios en confesión si en mi corazón, esperaba seguir haciendo lo mismo?

Cuatro décadas después, estas palabras siguen conmigo: «¡Dios no ha prometido perdonar ni un solo pecado que no estés dispuesto a abandonar!». El Dr. Redpath estaba reflejando la verdad de Isaías 55:6–7 y de 2 Timoteo 2:19, que consideramos anteriormente: el arrepentimiento significa abandonar el pecado. Y aunque es cierto que, en nuestra debilidad, a menudo podemos encontrarnos pidiéndole a Dios que perdone un pecado en el que hemos caído muchas veces, sigue siendo

cierto que no podemos pedir perdón con sinceridad sin una intención seria de abandonar —en la fortaleza que Dios da— el pecado que confesamos.

Cuando un pecado se ha vuelto habitual o cuando su patrón repetitivo se ha arraigado como una adicción, el llanto espiritual será la clave para romper su poder compulsivo, y por esta razón podemos hablar de la bendición del llanto espiritual. Esfuérzate por realizar el trabajo que requiere el llanto espiritual y tendrás fuerzas para vencer el pecado que te ha derrotado y para abandonarlo en la cruz.

«Bienaventurados los
humildes, pues ellos
heredarán la tierra».

MATEO 5:5

3

RENUNCIO AL CONTROL

LA LIBERTAD DE LA SUMISIÓN TOTAL

¿Qué te viene a la mente cuando escuchas la palabra *manso*? ¿Una persona de voz suave? ¿O quizá alguien con un apretón de manos débil o una persona a la que le falta carácter?

Una imagen que me viene a la mente es un himno infantil escrito por Charles Wesley, titulado «Gentle Jesus» [Bondadoso Jesús]. El himno comienza así: «Gentle Jesus, meek and mild», «Bondadoso Jesús, manso y suave»

Cuando se colocan juntas las palabras *meek* (manso) y *mild* (suave), se crea la impresión de alguien débil, blando y falto de fuerza. Sospecho que Wesley utilizó *mild* porque buscaba una palabra que en inglés rimara con *child* (niño), y no es fácil encontrarla. Sin embargo, el término *mild* (suave) nos lleva por un camino equivocado cuando se busca definir lo que es la mansedumbre. Un curry *mild* (suave) no es fuerte y probablemente no valga la pena probarlo. Para complicar aún más las cosas, en inglés la palabra *meekness* (mansedumbre) suena sospechosamente parecida a *weakness* (debilidad) y, si eso es en realidad lo que significa, no parecería algo que quisiéramos alcanzar.

Sin embargo, en estas bienaventuranzas el Señor nos dice que hay cosas de un valor supremo que debemos buscar a cualquier precio y una de ellas es la mansedumbre.

Cuando comencé a estudiar esta bienaventuranza, me pregunté: ¿a qué se refiere Jesús aquí? ¿Cuál es la *mansedumbre* que debo buscar? Esto me llevó a un proceso de descubrimiento en el que tuve que replantearme por completo el significado de la palabra *manso* —que, al parecer, no tiene nada que ver con la debilidad—, y fue entonces cuando comprendí por primera vez por qué la mansedumbre es crucial para progresar en la vida cristiana.

ACOSTUMBRÁNDOSE «A SER DOMESTICADO»

Comencé mi búsqueda con Matthew Henry, quien escribió un libro curiosamente titulado: *A Discourse on Meekness and Quietness of Spirit* [«Un discurso sobre la mansedumbre y la quietud de espíritu»]. Henry señala que, en latín, a una persona mansa se le llamaba *mansuetus*. Esta palabra se compone de dos términos: *manu*, que significa «mano», y *assuetus*, que significa «acostumbrado». De modo que *la mansedumbre* implica estar «acostumbrado a la mano», lo cual evoca la imagen de la domesticación de un animal salvaje.

Piensa en un caballo que aún no ha sido domado: no está «acostumbrado a la mano» y cuando alguien se le acerca, brinca y patea. La fuerza del caballo es incontrolable y se resiste al freno y a las riendas, pero cuando el caballo se «acostumbra a la mano», sus pasiones salvajes son sometidas, su fuerza es puesta bajo control y el animal entra en quietud.

La Biblia compara nuestra naturaleza humana caída con el impulso de los animales salvajes. Dios dice que Su propio pueblo es como un asno montés y un camello inquieto (Jeremías 2:23–24). Estas no son descripciones halagadoras, pero nos dicen algo que necesitamos saber: somos como animales salvajes por naturaleza. Tenemos fuerza, pero no es una fuerza dirigida ni controlada, y por eso nuestra energía se usa de maneras que, en el mejor de los casos, son improductivas y en el peor, destructivas. Si queremos llegar a ser útiles para Dios, necesitamos estar «acostumbrados a la mano». Cuando eso sucede, nuestras pasiones

salvajes serán dominadas, nuestra fuerza será dirigida y comenzaremos a experimentar paz.

La mansedumbre es fuerza controlada. Domina el temperamento, somete el yo, calma las pasiones, gobierna los impulsos del corazón y trae orden al caos del alma. Cuando lo comprendí, mi interés se despertó. Si esto es la mansedumbre, quiero tener tanta como sea posible.

Una persona mansa es una persona humilde, amable, paciente, perdonadora y contenta. La mansedumbre es el medio por el cual Dios nos libra del orgullo, la aspereza, la agresividad, la venganza y la confusión interior. Piensa en alguien en tu vida que podría describirse como una persona autosuficiente y dominante: alguien que impone su autoridad, es irritable y exigente, y siempre insiste en salirse con la suya. Esa persona no es feliz. Hay tanta confusión dentro de sí misma que termina desbordándola sobre los demás. Si aquella persona se «acostumbrara a la mano», su temperamento cambiaría y sus pasiones serían dominadas, dándole nueva dignidad, aplomo y paz. Ese es el poder de la mansedumbre.

Aquí Jesús nos está llamando a algo verdaderamente maravilloso. Piensa en lo que podría significar la fuerza controlada en tu vida. Crecer en mansedumbre contendrá tu impulsividad, dándote el control sobre la ira. Cambiará la manera en que hablas y te dará el dominio sobre la palabra áspera y el comentario hiriente. Crecer en mansedumbre te conducirá al contentamiento, trayéndote paz a medida que te acostumbras a la mano de Dios, incluso en las circunstancias difíciles de tu vida. Pero, sobre todo, te moldeará para ser útil en el servicio de Dios.

LA MANSEDUMBRE VIENE POR MEDIO DE LA SUMISIÓN

La mansedumbre es fuerza puesta bajo control *mediante la sumisión*. Piensa en un caballo salvaje que llega a estar «acostumbrado a la mano». Su fuerza queda bajo control mientras *se somete* al freno y a las riendas. La palabra sumisión proviene del latín *submitto*, formada por el prefijo *sub-* («debajo») y el verbo *mittere* («enviar», «poner»). De esta manera, se interpreta como la acción y efecto de ponerse por debajo o subordinarse a otra persona, voluntad o circunstancia.

La primera vez que hablé de mansedumbre en la iglesia donde sirvo, una mujer muy reflexiva y perceptiva se me acercó para hablar después del servicio y me dijo: «Siempre he sido una persona muy competitiva. Fui muy competitiva en los deportes y lo soy también en los negocios. Por eso, toda la idea de la sumisión me ha resultado difícil. No obstante, su analogía de domar al caballo salvaje me ha ayudado, y esta es la razón: ¡solo cuando el caballo se somete al freno y a las riendas tiene alguna posibilidad de ganar la carrera! Yo quiero ganar, y por primera vez he visto que ganar solo es posible cuando mi fuerza es puesta bajo control, y eso ocurre mediante la sumisión».

Fue una observación maravillosa. Los caballos salvajes no ganan carreras. Comienzas a ganar la carrera cuando tu fuerza es puesta bajo control mediante la sumisión a Jesucristo. Pero ¿cómo se ve esto en la práctica? Para responder a esa pregunta, necesitamos ampliar nuestra definición de mansedumbre. La mansedumbre es fuerza controlada que proviene de la sumisión a *la Palabra de Dios, a la voluntad de Dios y al pueblo de Dios*.

Sumisión a la Palabra de Dios

La mansedumbre implica someterse a la Palabra de Dios. El apóstol Santiago escribió: «Reciban ustedes con humildad la palabra implantada, que es poderosa para salvar sus almas» (Santiago 1:21). Recibir la Palabra de Dios con mansedumbre significa colocarte bajo la autoridad de la Escritura, permitiendo que Dios moldee lo que crees y dirija lo que haces por medio de la Biblia.

Estoy agradecido por el privilegio de servir en una iglesia donde la Biblia es altamente valorada. Esto ya era así mucho antes de que yo llegara, y confío en que seguirá siendo así mucho tiempo después de que me haya ido. Una iglesia donde se valora y enseña con claridad la Biblia es un lugar maravilloso para estar, porque es a través de la Palabra que nuestras vidas son nutridas y crecemos. Pero una iglesia también puede ser un lugar *peligroso*, porque todos somos responsables de poner en práctica lo que allí escuchamos.

¿Recibes la Palabra de Dios con mansedumbre? ¿Te estás sometiendo a las Escrituras, permitiendo que Dios moldee, dirija y vuelva

a dar forma a tus creencias, deseos y afectos a la luz de Sus mandamientos y Sus promesas?

Eso puede ser un desafío. La persona voluntariosa escucha lo que Dios dice en la Biblia, pero se reserva el derecho de discrepar: «Dios podrá decir eso, pero yo no lo creo». O bien: «Dios podrá decir eso, pero todavía no estoy listo para ir en esa dirección». O peor aún: «Lo que yo quiero debe ser lo que Dios dice».

La mansedumbre te hará flexible bajo la influencia formadora de la Palabra de Dios. Tu vida llegará a ser como cera blanda en la que la Palabra de Dios deja una huella visible y duradera.

Sumisión a la voluntad de Dios

La mansedumbre implica someterse a la voluntad de Dios. Habrá momentos en tu vida en los que Dios te ponga en un lugar que tú no habrías elegido. Esto puede venir a través de circunstancias difíciles en el trabajo, en tu familia, en la iglesia o en lo que respecta a tu salud. ¿Qué significa, *entonces*, que tu fuerza sea puesta bajo el control de Dios mientras te sometes a Él?

Ven conmigo a un huerto llamado Getsemaní. Es tarde y está oscuro, y tres hombres duermen en el suelo. Un poco más adelante hay otro hombre. Al acercarte, puedes ver que la parte superior de su cuerpo está recostada sobre una gran piedra. Este hombre suda profusamente y en una agonía profunda del alma, clama: «Padre mío, si es posible, que pase de Mí esta copa; pero no sea como Yo quiero, sino como Tú quieras» (Mateo 26:39).

Enmarca esa escena y ponle por título: «Mansedumbre». Esta es la mansedumbre en toda su esencia: Jesucristo sometiéndose a Sí mismo a la voluntad del Padre a un costo inimaginable, ¡la muerte por crucifixión! Y a este camino de sumisión es al que Cristo nos llama cuando dice: «Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra».

Sumisión al pueblo de Dios

La mansedumbre, que implica fuerza bajo control, se practica cuando nos sometemos a la Palabra de Dios y a Su voluntad. Pero hay otra

dimensión de esto, pues Dios también nos llama a someternos a Su pueblo (Efesios 5:21). Si pensabas que someterte a la Palabra y a la voluntad de Dios sería difícil, la sumisión al pueblo de Dios puede serlo aún más. Sin embargo, esta también es la voluntad de Dios y es precisamente aquí donde se encuentra la verdadera bendición.

En Efesios 5, el apóstol Pablo describe cómo se ve el pueblo de Dios cuando está lleno del Espíritu Santo. La primera y más inmediata evidencia es que el pueblo de Dios está lleno de gozo y se animan unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales (versículo 19). Una segunda evidencia es que viven profundamente agradecidos (versículo 20). Pero hay una tercera evidencia que es especialmente importante para nosotros aquí: «Sométanse unos a otros en el temor de Cristo» (Efesios 5:21). Este es un rasgo distintivo de las personas que están llenas del Espíritu Santo.

En nuestra cultura occidental, marcada por la independencia, la autonomía y el individualismo, muchos cristianos viven desconectados y disfrutan de ir flotando de una iglesia a otra, tomando lo mejor de todas sin comprometerse con ninguna. Ahora bien, ¿a quién se somete una persona si no es miembro de una iglesia local? ¿Cómo puedes obedecer el mandato de Dios en Efesios 5:21 si no te has comprometido de manera clara y pública con una comunidad reunida de creyentes? He escuchado a cristianos decir que rinden cuentas a un grupo pequeño, pero un grupo pequeño no es una iglesia, y hay una gran diferencia entre un grupo de amigos escogidos por ti y una congregación reunida por Dios.

La mansedumbre crece mediante la disciplina de las relaciones de compromiso dentro del cuerpo de Cristo. En un mundo marcado por un individualismo desenfrenado, esta es una pregunta seria: ¿cómo puedes someterte a otros creyentes, de la manera en que Dios lo ordena, si no eres un miembro comprometido con una iglesia local?

La mansedumbre entra en juego en la iglesia cuando no se hace tu voluntad o cuando una decisión no es de tu agrado. En esas circunstancias, tu primera reacción puede ser alejarte de tus hermanos en Cristo. Sin embargo, Dios te llama a someterte a ellos. Se necesita verdadera fuerza para hacerlo, pero cuando lo haces, creces en la bendición de la mansedumbre.

Pero ¿cómo puedes practicar la sumisión si el patrón que llevas en tu vida te conduce a alejarte cada vez que otros cristianos te incomodan o te decepcionan? La mansedumbre crecerá en ti a medida que elijas someterte a otros, aun cuando tengas que renunciar a tu voluntad.

Límites en el sometimiento al pueblo de Dios

Hay una distinción importante que debemos hacer entre nuestra sumisión a Dios y nuestra sumisión al pueblo de Dios. Debemos someternos siempre a Dios; Él nunca se somete a nosotros. No obstante, la sumisión entre el pueblo de Dios se mueve en dos direcciones. Estamos llamados a someternos *unos a otros* y en distintos momentos, esto implica tanto dar como recibir.

Hay otra distinción importante: no existen límites ni fronteras en nuestra sumisión a la Palabra de Dios y a Su voluntad, pero sí existen límites en nuestra sumisión al pueblo de Dios. Los apóstoles dijeron: «Debemos obedecer a Dios en vez de obedecer a los hombres» (Hechos 5:29), y puede haber momentos en los que tengamos que decir esto también. Pero recordemos que los apóstoles asumieron esta postura cuando se les prohibió predicar el evangelio; por lo tanto, las circunstancias que nos llevarían a invocar el principio de Hechos 5:29 serían, por decirlo suavemente, poco comunes. El patrón normal de las relaciones cristianas sanas es que nos sometamos unos a otros dentro del cuerpo de Cristo.

Escucha cómo Pablo lo expresa cuando escribe a la iglesia en Filipos: «No hagan nada por egoísmo o por vanagloria, sino que con actitud humilde cada uno de ustedes considere al otro como más importante que a sí mismo» (Filipenses 2:3). Esto significa que debo escuchar lo que otros están diciendo y dar importancia a lo que otros piensan, especialmente cuando estoy convencido de que tengo la razón y ellos están equivocados.

La mansedumbre en el ministerio cristiano

La mansedumbre es un rasgo distintivo del carácter cristiano y una marca definitoria del ministerio cristiano. La palabra «manso», que se

emplea en la tercera bienaventuranza, algunas veces se traduce como «amable», y tiene relación con la enseñanza, el testimonio y la disciplina dentro de la iglesia.

La predicación cristiana debe caracterizarse por la mansedumbre. En 2 Timoteo 2:24–25, el apóstol Pablo afirma: «El siervo del Señor no debe ser rencilloso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido. Debe reprender tiernamente a los que se oponen». En otras palabras, el ministerio de la Palabra que guía a la iglesia debe impartirse con fuerza controlada, es decir, con mansedumbre. La predicación cristiana no debe caracterizarse por un autoritarismo estridente, sino por un espíritu humilde y amable.

Este mismo carácter, que deben mostrar los líderes dentro de la iglesia, también deben mostrarlo sus miembros al mundo. El apóstol Pedro dice: «estando siempre preparados para presentar defensa ante todo el que les demande razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con *mansedumbre* y reverencia» (1 de Pedro 3:15, énfasis añadido). No hay lugar para un testimonio cristiano pedante o condescendiente. Estamos llamados a dar testimonio de Cristo con espíritu de mansedumbre, mostrando respeto a los demás, porque sabemos que nosotros mismos dependemos de la gracia y de la misericordia de Dios.

Este mismo espíritu de mansedumbre vuelve a aparecer en Gálatas 6:1, donde Pablo describe una situación en la cual alguien ha sido «sorprendido» —literalmente, «atrapado»— en un pecado. Cuando esto ocurre, quienes son espiritualmente maduros deben restaurar a la persona que ha caído, pero deben hacerlo con un espíritu de mansedumbre, sabiendo que el mismo impulso de pecar que atrapó a la persona que ha caído en pecado vive también en su propia carne. La mansedumbre se enfatiza repetidamente en el Nuevo Testamento, tanto en relación con el carácter del creyente como con el ministerio cristiano. Estamos llamados a buscar la mansedumbre y a desarrollarla en nuestros ministerios tanto como sea posible.

HOMBRES DE MANSEDUMBRE

Habiendo establecido la definición y la descripción de la mansedumbre, es momento de concentrarnos en su aplicación práctica. Para ello, consideraremos cuatro ejemplos tomados de la vida de Moisés, David, Pablo y Jesús.

Moisés: mansedumbre en la oposición

El punto de partida para cualquier retrato de la mansedumbre debe ser Moisés. La Escritura nos dice que «Moisés era un hombre muy humilde, más que cualquier otro hombre sobre la superficie de la tierra» (Números 12:3). En los tiempos del Antiguo Testamento, nadie modeló de manera más clara lo que era la fuerza controlada que Moisés. Él fue el ejemplo supremo de mansedumbre.

Piensa por un momento en lo que Moisés tuvo que soportar: Dios llamó a este hombre, ya jubilado, para guiar al pueblo de Israel, que había vivido en esclavitud durante cuatrocientos años, hacia la libertad. La tarea era abrumadora y estaba cargada de dificultad y peligro.

Por la gracia de Dios, Moisés condujo al pueblo de Dios fuera de la esclavitud en Egipto. Fue Moisés quien extendió su mano sobre el mar para dividir las aguas (Éxodo 14:16). Fue Moisés quien arrojó un tronco en las aguas amargas de Mara, volviéndolas dulces para que el pueblo pudiera beber en el desierto; y fue por medio de Moisés que Dios anunció la provisión milagrosa de alimento para el pueblo.

Podrías pensar que el pueblo de Dios estaría agradecido, pero en lugar de eso se quejaron amargamente contra Moisés. El hombre que les había traído tanta bendición se convirtió en el blanco de sus duras quejas: «¿Por qué nos has hecho subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos?» (Éxodo 17:3). ¿Es en serio? ¿Puedes imaginarte al pueblo de Dios creyendo esto de Moisés?

De hecho, fue aún peor, porque Moisés clamó al Señor diciendo: «¿Qué haré con este pueblo? Un poco más y me apedrearán» (v.4).

Después de todo lo que Moisés había hecho por ellos, el pueblo de Dios estaba considerando matarlo.

He intentado ponerme en las sandalias de Moisés y puedo imaginar mi reacción impulsiva para decirles: «Escúchenme bien, todos ustedes. Todo lo que oigo son quejas y lamentos por lo que no les gusta. La verdad es que ustedes nunca han visto una bendición como la que están experimentando ahora y, si no lo pueden entender, ¡me voy de aquí!». Pero Moisés fue diferente. Él fue manso. En lugar de arremeter contra este pueblo ingrato, Moisés oró por ellos y continuó sirviéndolos, y en una ocasión incluso le dijo a Dios que estaba dispuesto a entregar su vida por ellos (Éxodo 32:32). Eso es mansedumbre. Lejos de ser una forma de debilidad, es fuerza bajo control, formada en Moisés mediante su completa sumisión a Dios.

Piensa en una situación en la que alguien, que debería estar agradecido contigo, comienza a quejarse de ti. Has intentado hacerle bien, pero supone lo peor acerca de ti y murmura a tus espaldas. La mayoría de los líderes saben lo que es esto. Siempre es frustrante, a veces exasperante y, en el peor de los casos, puede ser devastador. Después de haberme puesto en las sandalias de Moisés, puedo entender por qué Dios lo describió como un hombre «muy humilde, más que cualquier otro hombre sobre la superficie de la tierra» (Números 12:3). Moisés modeló la sumisión al entregarse por completo al propósito de Dios y permanece como el ejemplo supremo del Antiguo Testamento de fuerza controlada y de compromiso continuo frente al desánimo y la oposición.

David: mansedumbre en la provocación

Si hay alguien en tu vida que te exaspera, piensa en el rey David, quien tuvo que soportar las incorregibles ofensas de Simei. Este hombre pertenecía a la casa de Saúl y no tenía nada bueno que decir acerca de David, a pesar de que David había sido ungido por Dios y de que Saúl, el antiguo rey, llevaba ya mucho tiempo muerto.

Simei fue una espina constante en el costado de David. Lo maldecía continuamente e incluso le arrojó piedras (2 Samuel 16:5–7). ¿Te lo imaginas? ¡Arrojando piedras al rey de Israel! Mientras viajaba, David tuvo que soportar la humillación pública de este hombre que corría detrás

de él gritando insultos, diciendo: «¡Fuera, fuera, hombre sanguinario e indigno!» (2 de Samuel 16:7). Abisai, uno de los hombres leales de David, pensó que un rey no debía tolerar esto y dijo: «¿Por qué ha de maldecir este perro muerto a mi señor el rey? Déjeme que vaya ahora y le corte la cabeza» (versículo 9).

Ponte por un momento en las sandalias de David. ¿Qué le habrías dicho tú a Abisai?

Habría sido fácil que David le respondiera: «Buena idea, Abisai. Terminemos con esto». Pero David mostró mansedumbre hacia Simei. «Déjenlo, que siga maldiciendo» (16:11). Y por supuesto, eso fue exactamente lo que Simei hizo. Trata de imaginar esta escena tal como la describe la Escritura: «Así pues, David y sus hombres siguieron su camino; y Simei iba por el lado del monte paralelo a él, y mientras iba lo maldecía, le tiraba piedras y le arrojaba polvo. Y el rey y todo el pueblo que iba con él llegaron al Jordán fatigados, y allí descansaron» (2 de Samuel 16:13–14).

Simei mostró una provocación extrema e injustificable contra el rey de Israel, y David la soportó. El camino hacia el Jordán debió haber sido humillante. Cuando el rey y sus compañeros finalmente llegaron, estaban exhaustos y probablemente, cubiertos del polvo que Simei les había arrojado desde la ladera.

Considera cómo la manera en que David soportó a Simei refleja la paciencia, la mansedumbre y la bondad de Dios. David tenía a su disposición todo el poder de los hombres leales que lo rodeaban. Con una sola orden él habría puesto fin a la vida de Simei y a sus necias provocaciones; sin embargo, David demostró mansedumbre: fuerza controlada incluso frente a una provocación extrema.

¡Cuánto más puede decirse esto de Dios en relación con nosotros! Como escribió Thomas Watson: «¡Con cuánta facilidad Dios podría aplastar a los pecadores y arrojarlos al infierno! Pero Él modera su ira». ¹ Dios nos soporta cuando lo deshonramos. Incluso cuando es provocado, Él refrena el juicio que podría destruirnos. Eso es mansedumbre: fuerza controlada y más aún, fuerza puesta al servicio de la gran misión de Dios, cuyo fin no es aplastar ni destruir, sino salvar y redimir por Su gracia.

Así que, piensa en una situación en la que estás siendo provocado. Tal vez haya alguien que no te muestra el respeto debido o una persona que, sin razón aparente, parece haberse puesto en tu contra.

Si Dios quitara a esa persona, tu vida sería mucho más fácil; pero, por alguna razón, Él ha permitido que esa persona permanezca en tu vida. A través de sus exasperantes provocaciones, Dios te está llamando a crecer en mansedumbre.

Pablo: mansedumbre en la decepción

Puede que seas llamado también a ejercer la mansedumbre cuando otras personas te fallan. El apóstol Pablo se entregó plenamente a la plantación de iglesias y soportó dificultades extraordinarias por amor a otros que conocieron a Cristo a través de su ministerio.

Como todos nosotros, Pablo necesitó las oraciones, la ayuda y el ánimo de otros creyentes, y por esa razón pedía a menudo estas cosas en sus cartas. En algunas ocasiones fue grandemente bendecido por la bondad de sus hermanos en Cristo, pero también hubo momentos en los que otros cristianos lo defraudaron. Uno de esos momentos llegó después de su arresto. Para su sorpresa y profunda decepción de Pablo, ninguno de los creyentes locales se presentó para acompañarlo cuando comenzó su juicio.

«En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron» (2 Timoteo 4:16). Después de todo lo que Pablo había invertido en la vida de tantos creyentes, era razonable esperar que alguien se presentara en la sala del tribunal. Pero, estando allí buscó un rostro amigo y no encontró ninguno.

Tal vez hubo un momento en tu vida en el que fuiste defraudado por personas que pensabas que estarían allí para ti. Invertiste en relaciones, te entregaste a los demás, pero cuando tú lo necesitaste, no te devolvieron esa misma bondad.

La decepción es un terreno fértil para la amargura y cuando otros te fallan, es fácil que este cáncer eche raíces en tu alma. Pero lejos de volverse amargado, Pablo nos da un ejemplo admirable de mansedumbre frente a la decepción: «En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron; que no se les tenga en cuenta» (2 Timoteo

4:16). Se reconoce la decepción con honestidad, pero sin recriminación. Se ha cometido una injusticia, pero quien ha sido agraviado busca el bien de quienes le causaron la decepción. Eso es mansedumbre.

Jesús: mansedumbre en el sufrimiento

El ejemplo supremo de fuerza controlada es, por supuesto, nuestro Señor Jesucristo. «Cuando lo ultrajaban, no respondía ultrajando. Cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba a Aquel que juzga con justicia» (1 Pedro 2:23).

Piensa en los soldados que se burlaron de Jesús, en los hombres que lo clavaron en la cruz, en los ladrones que le lanzaban insultos y en las multitudes que se reían de Él en Su sufrimiento. Con perfecta justicia, Jesús podría haber dicho: «¡Ya verán!». Pudo haberlos amenazado de juicio y desplegado Su poder para ejecutarlo, pero no lo hizo. En lugar de esto, nuestro Señor dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Eso es mansedumbre.

¿Cómo lo hizo? Pedro nos dice: «Él mismo *llevó nuestros pecados* en Su cuerpo sobre la cruz» (1 Pedro 2:24, énfasis añadido). La mansedumbre implica cargar con los pecados de otros y absorber las heridas que estos infligen. Es la única esperanza que tenemos para romper el ciclo de represalias que, de otro modo, sería interminable.

Vivimos en un mundo de pleitos en el que se ha producido una triste pérdida de civismo tanto en las conversaciones privadas como en las públicas. Hemos visto crecer los mensajes de agresión y los sitios de Internet con propaganda ofensiva y, puesto que los patrones del mundo se infiltran cada vez más en la Iglesia, necesitamos desesperadamente recuperar la mansedumbre a la que Cristo nos llama.

LA FUENTE DE LA MANSEDUMBRE

Lo primero que hay que decir es que no puedes empezar decidiendo ser manso. Como ya hemos visto, hay un orden y un progreso en las bienaventuranzas. La mansedumbre es la tercera en nuestra serie de aros, y se llega a ella por medio de los dos primeros. El punto de partida inicia cuando reconoces que no tienes lo necesario delante de Dios y acudes a

Él con las manos vacías. Una vez que percibes tu necesidad, el segundo aro, el llanto espiritual, queda a tu alcance. Al aferrarte a ese segundo aro comienzas a calcular el costo de tus pecados y, mediante el llanto humilde y lleno de esperanza, comienzas a experimentar el regalo del arrepentimiento. Cuando esto sucede, el tercer aro de la mansedumbre queda también a tu alcance.

La mansedumbre brota de la pobreza de espíritu y del llanto espiritual. La persona que reconoce cuántas veces se ha equivocado no insistirá obstinadamente en salirse con la suya. En lugar de esto, expresará su opinión y estará dispuesto a escuchar la sabiduría de otros, dándole importancia a lo que escucha.

Ver con claridad tus propios pecados te hará ser más bondadoso y considerado frente a las faltas y los pecados de los demás. Recordar cuántas veces te has equivocado te guardará de imponer tu propio camino y te llevará a escuchar a otros, concediendo valor a lo que te dicen. El llanto espiritual conduce a la mansedumbre al cortar la raíz de la justicia propia. Alexander Maclaren lo expresa muy bien cuando dice: «¡Cuán diferentes serían nuestras exigencias hacia los demás si tuviéramos esta sobria y más triste valoración de lo que realmente somos! ¡Cómo desaparecerían nuestra irritabilidad, nuestra arrogancia y nuestra insistencia en lo que creemos que se nos debe!». ²

10 ESTRATEGIAS PARA CULTIVAR LA MANSEDUMBRE

En este punto ya debe ser claro qué es la mansedumbre y por qué es importante. Es evidente el desafío que conlleva ejercer la fuerza controlada. Ahora ha llegado el momento de explorar cómo podemos crecer en mansedumbre.

1. Modera tus expectativas respecto a los demás

«Porque Él sabe de qué estamos hechos. Se acuerda de que solo somos polvo» (Salmo 103:14).

Si Dios en Su bondad recuerda nuestra fragilidad, nosotros deberíamos también recordar la fragilidad de los demás y, al hacerlo, se moderarán nuestras expectativas hacia ellos.

Piensa en cómo esto se aplica al matrimonio. Cuando dos pecadores, ambos en proceso de redención, se comprometen a compartir toda su vida juntos, sin duda tendrán desafíos. ¿Qué más se podría esperar? Dios recuerda que tu esposo es polvo y si tú sigues Su ejemplo y lo recuerdas también, crecerás en mansedumbre. Esto mismo te ayudará en la crianza de tus hijos. Dios recuerda la fragilidad de nuestros hijos, y cuando los padres sabios siguen Su ejemplo, somos librados de imponerles expectativas irreales.

En este punto me ayuda mucho pensar en las cargas que otros llevan. Nunca sabes qué tan fuerte es la tentación de otra persona. Si pudieras ponerte en el lugar de un hermano y sentir la intensidad de una tentación particular, tal como la está experimentando en su vida, quizá llegarías a la conclusión de que este hermano está luchando incluso mejor de lo que tú habrías luchado.

Matthew Henry dice: «La consideración de la fragilidad y la corrupción comunes de la humanidad debe usarse, no para excusar nuestras propias faltas [...], sino para excusar las faltas de los demás»³. Si aplico correctamente la verdad de que todo cristiano es un pecador en proceso de redención, moderaré mis expectativas sobre los demás y creceré en mansedumbre.

2. Encuentra gozo en las evidencias de la gracia de Dios

«Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo honorable, si hay alguna virtud o algo que merece elogio, en esto mediten» (Filipenses 4:8).

Pensar en lo que sea digno de elogio y merezca reconocimiento es fundamental para vencer la ira, la frustración y la decepción. El principio contenido en este versículo es tan importante para promover la mansedumbre, que en algunas épocas de mi vida me he visto en la necesidad de repetirlo en voz alta y sin falta todos los días.

Imagina un nuevo proyecto de viviendas donde las casas que se están construyendo se encuentran en distintas etapas de desarrollo. Algunas casas ya tienen las paredes levantadas y el techo puesto; ya te las puedes imaginar terminadas. «Van a quedar muy bien», dices. En cambio,

otras casas no son más que hoyos en la tierra, rodeadas de barro, y te preguntas: «¿Llegarán a ser algo algún día?».

Los cristianos somos como casas en distintas etapas de desarrollo. En algunos puedes ver cómo se va formando y modelando un reflejo de Jesucristo. En otros, la obra apenas comienza, y lo que ves puede resultar tan desalentador como un simple hoyo en la tierra. ¡Pero al menos hay un hoyo! Dios está poniendo los cimientos. ¡Alégrate por eso! Ya hubo un comienzo, y hay motivo de gozo en cada etapa del progreso.

Encuentra gozo en lo que Dios está haciendo en la vida de los demás. Aprende a admirar incluso las pequeñas evidencias de la gracia de Dios en ellos y recuerda que toda fe, toda esperanza y todo amor son obra del Espíritu de Dios. Ninguno de nosotros es todavía lo que llegará a ser, pero en Cristo, todos seremos completos un día.

3. Recuerda cuánto has sido perdonado

«El que carece de estas virtudes es ciego o corto de vista, habiendo olvidado la purificación de sus pecados pasados». (2 Pedro 1:9).

En los versículos 6–7 de este mismo pasaje, Pedro enumera rasgos distintivos de una vida cristiana en crecimiento con Jesucristo: dominio propio, perseverancia y amor. La fuerza bajo control nos conduce al terreno de la mansedumbre. Después, en el versículo 9, Pedro nos dice que quien no muestre estas virtudes en su vida, ha «olvidado la purificación de sus pecados pasados». De manera que, si recuerdas cuánto has sido perdonado en el pasado, crecerás en mansedumbre.

Una vez más, Matthew Henry nos ayuda a examinarnos al plantearnos esta pregunta: «Si Dios se enojara conmigo por cada provocación con la misma intensidad con la que yo me enojo con quienes me rodean, ¿qué sería de mí?».⁴

Cuando sabes que se te ha perdonado mucho, amarás mucho. Recuerda cuánto se te ha perdonado y crecerás en mansedumbre.

4. Tómate un tiempo antes de formarte juicios

«Pero que cada uno sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para la ira» (Santiago 1:19).

Probablemente sabes, al igual que yo, lo que es decir algo por impulso y luego desear no haberlo dicho tan rápido. David lo experimentó también, y confesó el pecado de sacar conclusiones duras y apresuradas acerca de los demás: «Dije alarmado: “Todo hombre es mentiroso”» (Salmo 116:11).

En el libro de Proverbios, Salomón nos recuerda que «el justo parece el primero que defiende su causa, hasta que otro viene y lo examina» (Proverbios 18:17). Sabes bien a qué se refiere esto: escuchas una versión de la historia y parece correcta, hasta que oyes la otra versión, y luego quisieras no haberte formado una opinión tan rápido.

Spurgeon intenta describir a una persona que se altera rápidamente, y lo hace de esta manera: «Las ollas pequeñas hierven pronto». Algunas personas son así. Tan pronto como escuchan una parte del chisme, hierven de indignación. Forman juicios de inmediato, sin siquiera confirmar si lo que oyen es verdad. No seas una olla pequeña que hierva enseguida. Sé pronto para oír, pero tardo para hablar y tardo para la ira. Tómate un tiempo antes de formarte juicios. Esto te ayudará a crecer en mansedumbre.

5. Busca la amistad con personas mansas

«No te asocies con el hombre iracundo, ni andes con el hombre violento, no sea que aprendas sus maneras y tiendas lazo para ti mismo» (Proverbios 22:24–25).

¿Sabías que la Biblia dice que no debes hacer amistad con una persona dada a la ira? ¡Es un mandato directo de Dios! Si una persona es habitualmente iracunda, no es una amistad que te conviene, y aquí está la razón: «no sea que aprendas sus maneras». Si eliges la compañía y la conversación de alguien que se queja constantemente y cuyo patrón es enojarse por un asunto y luego por otro, el hábito de su corazón terminará influyendo tu vida también.

Es posible que tengas que trabajar con personas que son habitualmente iracundas, pero Dios te dice que no las escojas como tus amigos. En cambio, busca hacer amistad con personas mansas. Cultiva la compañía de aquellos cuyas palabras y acciones están bajo control.

Buscar la amistad con personas así te ayudará a crecer en mansedumbre.

6. Disfruta de las alegrías y los éxitos de los demás

«Gócese con los que se gozan y lloren con los que lloran»
(Romanos 12:15).

Me pregunto cuál de estas dos situaciones sería más desafiante. No tengo ninguna duda cual sería en mi mente. A menudo es más fácil compartir los dolores de otras personas que compartir sus alegrías.

Spurgeon sufrió múltiples enfermedades a lo largo de su vida y en algunas ocasiones tuvo que apartarse del trabajo que amaba. Sus amigos lo visitaban cuando estaba enfermo, pero Spurgeon notó un comentario poco útil que algunos de sus visitantes solían hacer: «A veces, cuando estoy enfermo, alguien entra y me dice: “Estuve visitando a alguien que está peor que tú”».

El propósito de este comentario tan repetido es, por supuesto, hacer que la persona enferma se sienta mejor al saber que otros están peor que ella. Pero Spurgeon decía: «Nunca obtengo ningún consuelo de un comentario así, y mi respuesta habitual es: “Me has hecho sentir peor de lo que estaba antes, al decirme que hay alguien incluso peor que yo”».⁵

Spurgeon señaló entonces que el gran consuelo para una persona mansa no es saber que otros están peor, sino saber que a otros les va mejor: «El hombre de espíritu manso se alegra al saber que otras personas son felices, y la felicidad de *ellos* es *su* felicidad».⁶

Piensa conmigo en esto: mansedumbre significa que te alegras por otros que tienen más que tú. ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste a una persona decir: «No tengo mucho dinero, pero al menos tengo el gozo de saber que otras personas tienen más», «Mi salud no es tan buena, pero al menos otras personas están mejor, así que gracias a Dios por eso», o «Mi hijo está pasando por una verdadera lucha ahora mismo, pero al menos los hijos de mi amigo van bien»? No solemos decir estas cosas, quizá sea porque la mansedumbre es difícil y nos falta mucha.

La mansedumbre se goza con los que se gozan; así que, cuando veas a alguien que es más bendecido que tú, da gracias a Dios por su bendición.

Crece en mansedumbre y superarás los impulsos de la envidia y el egoísmo que de otro modo causarían estragos en tu alma.

7. Discierne la mano de Dios aun en la obra de tus enemigos

«La copa que el Padre me ha dado, ¿acaso no he de beberla?»
(Juan 18:11).

Thomas Watson pregunta: «¿Qué hizo que Cristo fuera tan manso en Sus sufrimientos?».

Y responde: «No miró a Judas ni a Pilato, sino a Su Padre».⁷

En cierto sentido, se podría decir que el sufrimiento de Jesús en la cruz fue el resultado directo de la traición de Judas y la condena de Pilato. En la cruz, nuestro Señor habría podido decir: «¡Mira lo que Judas me ha hecho!» o «¡Mira la injusticia que he sufrido a manos de Pilato!». Pero Cristo no lo hizo. En cambio, miró al Padre y, al discernir la mano de Dios incluso en la obra de Sus enemigos, entendió que Su sufrimiento era la copa que *el Padre* le había dado.

Si ves tu vida como una historia de lo que otros te han hecho, vivirás en decepción, ira, frustración y resentimiento. Pero en Jesús vemos algo completamente distinto: después de todo lo que Sus enemigos le hicieron, Jesús habla con la fuerza controlada de la mansedumbre y dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34), y pudo hacerlo porque no miró ni a Judas ni a Pilato, sino a Su Padre.

8. Camina con Jesucristo en comunión diaria

«Tomen Mi yugo sobre ustedes y aprendan de Mí, que Yo soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas»
(Mateo 11:29).

Jesucristo es manso. La mansedumbre se encarna en Él y aprendemos mansedumbre cuando nos unimos a Él bajo Su yugo. Un yugo une a dos animales para que puedan arar juntos, caminando lado a lado. Jesús dice: «Únanse a Mí bajo Mi yugo. Caminen conmigo y aprendan de Mí».

Nadie nace siendo manso. Watson dice: «Por naturaleza, el corazón es como un mar agitado, que arroja la espuma de la ira y del enojo».⁸

Por eso, la mansedumbre es una virtud que debemos aprender, y la aprendemos de Jesús. Crecerás en mansedumbre cuando te unas al Salvador y camines con Él.

9. Anticipa todo lo que Dios ha prometido

«Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra» (Mateo 5:5).

Heredar es una palabra maravillosa. Habla de una relación en la que algo que pertenece a otra persona se te otorga, por su bondad, mediante una herencia.

Cuando Dios te adoptó en Su familia, también te incluyó en Su herencia. Por eso Pedro dice que tienes una herencia que nunca perece ni se marchita, «reservada en los cielos para ustedes» (1 Pedro 1:4). Cuando Dios haga nuevas todas las cosas y establezca un cielo y una tierra renovados, serán los mansos quienes los reciban como herencia.

En la tercera bienaventuranza, nuestro Señor estaba citando el Salmo 37:11, donde David dice: «pero los humildes poseerán la tierra». En los tiempos de Jesús, la tierra prometida no estaba en manos de los mansos, sino en manos de los poderosos. El pueblo de Dios estaba oprimido bajo el puño de hierro de Roma. Todo el poder estaba del otro lado y algunos pensaban que el pueblo de Dios debía pagar con la misma moneda. Pero la tierra no será poseída por creyentes frenéticos que se agitan como caballos indomables. Cristo llama a Su pueblo a tener una serena firmeza, un espíritu sobrio y la fuerza controlada de la mansedumbre.

Es muy significativo que el salmo en el que David dice que los mansos heredarán la tierra comience diciendo: «No te irrites a causa de los malhechores [...] porque como la hierba pronto se secarán» (Salmo 37:1-2). Puedes vivir en paz cuando sabes que el poder de quienes no deberían tenerlo será arrebatado, pues los mansos heredarán la tierra.

Trata de anticipar la gloria de tu herencia: «Todo es de ustedes [...] y ustedes de Cristo, y Cristo de Dios». (1 Corintios 3:21, 23). Aférrate a esta verdad y te liberarás de la envidia, el temor, la ira, la autocompasión y el resentimiento.

Juan Calvino expresa esta idea de manera hermosa: «Tengamos esto bien claro: siempre que, como Él [Cristo] dice, ejercitemos el dominio propio y seamos pacientes, siempre que poseamos esa amabilidad que Él exige de nosotros y a la que nos llama, heredaremos toda la tierra».⁹

10. Pide a Dios que te dé mansedumbre

«Y si a alguno de ustedes le falta sabiduría, que se la pida a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada» (Santiago 1:5).

Santiago habla de pedir sabiduría a Dios y luego describe la sabiduría que Dios da: «La sabiduría de lo alto es primeramente pura, después pacífica, *amable*, condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos» (Santiago 3:17, énfasis añadido).

Cuando le pides a Dios que te ayude a crecer en mansedumbre, puedes estar seguro de que Él escuchará y responderá tu oración. Así que acércate a Él y pídele: «Señor, Tú has dicho que un espíritu afable y apacible es de gran valor delante de Ti. Te ruego que me concedas ese espíritu. Ayúdame a refrenar esta lengua hostil. Guárdame de hacer juicios precipitados y ayúdame a pensar lo mejor de los demás. Abre mis ojos para discernir la obra de Tu mano, incluso cuando enfrente grandes dificultades. Ayúdame a encontrar gozo en la alegría de otros y a caminar con Cristo de tal manera que hoy se forme en mí un reflejo de Tu Hijo manso, Jesús».

«Bienaventurados
los que tienen hambre
y sed de justicia, pues ellos
serán saciados».

MATEO 5:6

4

ANHELO SER JUSTO

LA ENERGÍA DE LOS AFECTOS RENOVADOS

Hemos llegado a un punto de inflexión. Hasta ahora, hemos aprendido que la persona bienaventurada es aquella que se hace pobre en espíritu, llora por sus pecados y se somete a la voluntad de Dios. Las tres primeras bienaventuranzas abordan nuestra necesidad, nos hacen humildes y nos llevan a rendirnos ante Dios con corazones *contritos* y enseñables.

La cuarta bienaventuranza trata del deseo que surge de ese corazón. A partir de las bendiciones que encontramos en las primeras tres bienaventuranzas, brota una bendición aún mayor: un corazón realmente hambriento y sediento de Dios y de justicia. Si alguna vez te has preguntado cómo cultivar un deseo más profundo de santidad en tu vida, la respuesta está aquí, delante de ti.

La iglesia a la que sirvo se llama The Orchard (El Huerto), y allí solemos hablar a menudo de *raíz, brote y fruto*. Esta analogía es muy útil. La vida espiritual comienza cuando Dios trae vida nueva por medio de la semilla viva de Su Palabra, plantada en el alma (1 Pedro 1:21). Animamos a las personas a echar raíces profundas en las Escrituras, pues sabemos que una planta sana extrae la vida por medio de sus raíces y que el fruto se obtiene a medida que esas raíces continúan nutriendo la planta.

Estoy convencido de que existe un patrón de raíz–brote–fruto en las bienaventuranzas: las tres primeras bienaventuranzas forman las raíces de una vida piadosa y, puesto que esas raíces descansan en la conciencia de nuestra propia necesidad, producen un profundo anhelo por aquello que no tenemos. Ser pobres en espíritu, llorar por los pecados y someter la vida a Dios producirá en tu alma una profunda hambre y sed de justicia. Este deseo es la vida de la piedad y producirá el hermoso fruto de la misericordia, la pureza y la paz de las que Cristo habla en la quinta, sexta y séptima bienaventuranzas.

DOS TIPOS DE JUSTICIA

La justicia que Dios te da

La Biblia habla de dos tipos de justicia y es importante distinguir entre ellos. En primer lugar, está la justicia que Cristo te *da*. Cristo es nuestra justicia (1 Corintios 1:30). Esto significa que la justicia de la cual dependemos está en Él y no en nosotros. Cristo vivió la vida plenamente justa que nosotros no hemos podido vivir, ni siquiera en nuestro mejor momento como cristianos. Él entregó esa vida perfecta como sacrificio por nuestros pecados y ahora ofrece Su justicia a todos aquellos que confían en Él. Cuando por la fe somos unidos a Cristo, Dios nos considera justos en Su hijo. Este regalo maravilloso se denomina *justicia imputada*, lo cual significa que la justicia que le pertenece a otro ahora es contada como nuestra.

El apóstol Pablo habla de esta justicia imputada cuando dice que desea ser hallado en Cristo, «no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe» (Filipenses 3:9). En el corazón de la conversión de Pablo a Cristo hubo un cambio en su comprensión de la justicia. Antes de encontrarse con Cristo, Pablo pensaba que era justo, pero cuando se encontró con el Señor resucitado, supo con certeza que estaba lejos de serlo y que su única esperanza residía en recibir una justicia que no provenía de él.

La justicia a la cual Dios te llama

Pero junto con la justicia que Cristo te da, la Biblia también habla de una justicia a la cual Él te llama. A esto se refería Jesús cuando habló de tener hambre y sed de justicia.

Si alguien te pregunta por qué murió Jesús, podrías dar varias respuestas que serían fieles a la Biblia. Por ejemplo, Cristo murió para que fuéramos perdonados; Él murió para que tuviéramos vida eterna. Ahora considera la respuesta que da el apóstol Pedro: «Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia» (1 Pedro 2:24, énfasis añadido). El mismo principio se expone en Romanos 8, donde Pablo nos dice que Dios envió a Su Hijo y condenó el pecado en la carne —una maravillosa referencia a lo que Cristo logró por nosotros en la cruz—, «para que *el requisito de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*» (Romanos 8:4, énfasis añadido).

El propósito de la pasión de Jesús es que nosotros tengamos una pasión por la búsqueda de la justicia. Cristo murió para redimir a un pueblo que ya no vive para sí mismo, sino que vive con un profundo deseo de buscar la santidad, la cual es un rasgo distintivo de todo cristiano verdadero.

Es importante comprender la diferencia entre la justicia que Cristo nos da y la justicia a la que Él nos llama. Las personas que se acercan a Cristo con una fe marcada por el arrepentimiento acuden a Él porque reconocen que no tienen lo necesario delante de Dios. Y cuando lo hacemos, recibimos el maravilloso regalo de la justicia perfecta de Cristo, la cual se nos otorga y que Dios nos cuenta como si fuera nuestra. Puesto que Cristo da esta justicia plena y gratuitamente a todos los que confían en Él, ningún cristiano tendrá jamás hambre ni sed de ella. ¿Quién tiene hambre de lo que ya posee? La justicia de Cristo es un regalo que se debe atesorar, no una virtud que se deba buscar.

Pero a todos los que están en Cristo, Dios les da Su Espíritu Santo, quien renueva nuestros corazones y crea dentro de nosotros un deseo nuevo y profundo de vivir de una manera que le agrade. El pueblo de Cristo tiene hambre y sed de justicia, porque, aunque sabemos que somos perdonados y aceptados delante de Dios, sobre la base de todo lo que

Cristo es y de todo lo que Él ha hecho, también sabemos cuán lejos estamos de todo lo que Cristo nos llama a ser.

Al mismo tiempo, los cristianos pueden ser plenamente justos y estar hambrientos de justicia, y no hay ninguna contradicción entre estas dos realidades. A. W. Tozer dice: «Hemos caído en la trampa de una lógica espuria que insiste en que, si hemos encontrado a Dios, ya no necesitamos buscarlo».¹ Si adaptamos ese razonamiento, podríamos decir que hemos quedado atrapados en una espiral de una lógica espuria que insiste en que, si somos justos en Cristo, ya no necesitamos tener hambre y sed de justicia. Pero Jesús nos llama precisamente a esto, y el rasgo distintivo de quienes son justos en Cristo es que anhelan la justicia.

OBSERVACIONES ACERCA DEL HAMBRE

*«Bienaventurados los que tienen hambre y sed
de justicia, pues ellos serán saciados».*

(Mateo 5:6, énfasis añadido)

El hambre es una señal de necesidad.

El hambre es una señal de necesidad. Cuando tienes hambre, tu cuerpo te está diciendo algo: ha pasado demasiado tiempo desde tu última comida y necesitas comer. El hambre indica la *ausencia* de alimento en el cuerpo; es la conciencia que tiene el cuerpo de su propia necesidad.

Jesús nos dice que los bienaventurados son aquellos que tienen *hambre y sed* de justicia. La bendición no pertenece a los que se creen justos, sino a quienes reconocen cuán lejos están aún de serlo. No descansa sobre aquellos que se conforman con sus pecados, sino sobre aquellos que tienen un deseo profundo por buscar una vida que agrade a Dios.

La marca de un cristiano verdadero no es que se sienta justo, sino que anhele ser más justo de lo que es. Cuando se trata de la justicia, los bienaventurados no son aquellos que piensan que la tienen, sino aquellos que sienten que la necesitan. Esto es una buena noticia para nosotros, porque las tres primeras bienaventuranzas nos han convencido de nuestra necesidad y nos han llevado al punto en el que comenzamos a anhelar crecer en justicia.

¿No te alegras de que Jesús *no* haya dicho: «¿Bienaventurados son los justos, pues ellos serán saciados»? ¿Dónde nos dejaría eso? La bendición *nunca* sería nuestra porque, como vimos, estamos muy lejos de ser justos. Gracias a Dios que Él dijo: «Bienaventurados los que tienen *hambre y sed* de justicia». No es el cumplimiento del deseo, sino *el deseo mismo*, lo que Cristo declara bendecido.

El hambre es una señal de vida y salud espiritual.

El hambre es una señal de vida y de salud. Nadie le enseña a un recién nacido a tener hambre; no necesita ser enseñado en esto. Donde hay vida, hay hambre. Spurgeon dijo: «Tener hambre de justicia es una señal de vida espiritual. Nadie que esté espiritualmente muerto ha hecho esto jamás. [...] Si tienes hambre y sed de justicia, estás espiritualmente vivo».²

Perder el apetito puede ser una señal de enfermedad, pero cuando el apetito regresa, por lo general es una señal de recuperación. De la misma manera, reconocer que necesitas crecer en Cristo y tener sed de ser más como Él son una señal segura de salud espiritual. Cuando se trata de la búsqueda de la justicia, los cristianos verdaderos nunca sienten que ya han llegado a la meta; siempre anhelan más.

Alexander Maclaren dice: «En el cristianismo hay mucho más que anhelo, pero no existe un cristianismo digno de ese nombre sin él».³ Tozer escribió poderosamente sobre la sed de Dios:

Toda la transacción de la conversión religiosa se ha vuelto mecánica y carente de espíritu. Ahora la fe puede ejercerse sin perturbar la vida moral y sin incomodar al ego adámico. Se puede «recibir» a Cristo sin que exista un amor especial por él en el alma del receptor. El hombre es «salvo», pero no tiene ni hambre ni sed de Dios.⁴

Al retomar este tema algunos años después, Tozer escribió: «El cristianismo evangélico actual no está produciendo santos. Se valora a Dios por ser útil y se aprecia a Cristo por las dificultades de las que nos saca. Él puede librarnos de las consecuencias de nuestro pasado, calmar

nuestros nervios, darnos paz mental y hacer que nuestros negocios prosperen. El amor que todo lo consume y que arde es extraño para el espíritu religioso moderno». ⁵

Tozer creía que el cristianismo autocomplaciente que estaba creciendo en su tiempo era tóxico y que, si prevalecía, traería efectos devastadores a largo plazo. «Un resurgimiento extendido del tipo de cristianismo que conocemos hoy podría resultar ser una tragedia moral de la que no nos recuperaríamos en cien años». ⁶ Las palabras de Tozer han resultado proféticas. En los más de cincuenta años transcurridos desde su muerte en 1963, el cristianismo demacrado que Tozer describió se ha multiplicado en el mundo y ahora estamos viendo extenderse la tragedia moral de la que habló por nuestros países. Necesitamos desesperadamente redescubrir el poderoso anhelo por Dios del que Tozer habló con tanta elocuencia.

El hambre es una poderosa motivación.

El hambre es más que un interés vago: es un deseo intenso. Una persona que realmente tiene hambre hará casi cualquier cosa para conseguir alimento; su vida depende de esto.

El hambre es una poderosa motivación. Produce energía e impulsa acciones decisivas que marcan una diferencia no solo en el hogar y en la iglesia, sino también en el mundo del trabajo.

Piensa en las distintas profesiones en las que muchas personas sirven: la banca, el derecho, la enseñanza, las finanzas, la medicina, la construcción, la industria, los seguros y el sector inmobiliario. Cada una de estas profesiones tiene su propio nivel de complejidad, lo que da lugar a una larga lista de preguntas éticas. ¿Dónde están los límites entre la competencia legítima y la agresión destructiva? ¿Dónde se traza la línea entre usar los sistemas de una profesión y manipularlos? ¿Dónde está el límite entre una retribución adecuada y el interés propio sin freno?

En cualquier ámbito laboral existen personas que necesitan ser contenidas para que no abusen de los demás, esto hace que las regulaciones sean cada vez más numerosas en todas las profesiones. Se elaboran políticas, procesos y procedimientos para asegurar que las

personas se comporten de manera ética, pero toda ley que se aprueba tiene vacíos y el ingenio humano siempre los descubrirá.

Las regulaciones trazan los límites, pero no pueden producir justicia. Entonces, ¿qué esperanza hay para la justicia en el mundo actual? Solo una: que existan personas con hambre de justicia y que la busquen, no por causa de las regulaciones, sino porque realmente la desean.

Piensa en la diferencia que haría en cualquier negocio o profesión si las personas tuvieran realmente hambre de justicia. Imagina que en lugar de preguntar: «¿Qué gano yo con esto?», las personas comenzaran a preguntarse: «¿Qué honraría a Dios y sería bueno para los demás y para mí?». A quienes tienen hambre y sed de justicia, Jesús les dice: «Ustedes son la sal de la tierra. Ustedes son la luz del mundo» (Mateo 5:13–14). Las personas que tienen hambre de justicia son bienaventuradas y también serán una bendición para todos los que las rodean.

¿Qué sabes tú de esta hambre en tu propia vida? ¿Es la justicia aquello que anhelas o estás enfocado en otra cosa? Basta con mirar en cualquier librería cristiana para encontrar evidencia de que muchos de los que profesan ser cristianos están buscando tener familias felices, iglesias en crecimiento y realización personal.

Deseamos ser bienaventurados, pero Jesús no dice que somos *justos* porque tengamos hambre y sed de *bendición*. Lo que Él afirma es que somos *bendecidos* cuando tenemos hambre y sed de *justicia*.

LA PARADOJA DE LA SATISFACCIÓN

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados».

(Mateo 5:6, énfasis añadido)

Elige los deseos equivocados y nunca estarás satisfecho. Si el dinero se apodera de tu corazón, nunca tendrás suficiente; el deseo por el dinero es insaciable, y lo mismo ocurre con otros pecados de la carne. Si la lujuria toma el control, tu corazón siempre arderá; si el orgullo echa raíces, ninguna validación será suficiente para ti; si la pereza se apodera de ti, siempre sentirás que necesitas más tiempo para descansar. El infierno es un lugar de hambre y sed interminable, donde el alma está siendo

continuamente destruida porque nunca puede ser saciada. Nunca habrá un camino que te lleve del pecado a la satisfacción.

Todas las personas están en la búsqueda de la satisfacción. ¿Qué crees que te dará satisfacción? ¿Y dónde piensas que la encontrarás? Tus respuestas a estas dos preguntas son importantes, porque aquello que piensas que te saciará se convertirá en la pasión dominante de tu vida. Si crees que la satisfacción se encuentra en alcanzar logros, entonces los logros serán la meta de tu vida. Si sientes que la satisfacción se encuentra en las relaciones, en los deportes o en el ocio, estos se convertirán en tus objetivos y tus metas. Jesús nos dice que solo hay un deseo, y solo uno, que será plenamente satisfecho: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed *de justicia*, pues ellos serán saciados» (Mateo 5:6).

La paradoja de la cuarta bienaventuranza es que nuestro Señor habla de tener hambre y estar saciados al mismo tiempo. Nosotros experimentamos ambas cosas de manera alterna: cuando tienes hambre no estás satisfecho, y cuando estás satisfecho ya no tienes hambre. Pero Cristo habla de un hambre intensa y una satisfacción profunda que crecen juntas en el mismo corazón humano.

A. W. Pink preguntó: «¿Puede alguien que ha sido llevado a una unión vital con Aquel que es el Pan de Vida seguir teniendo hambre y sed?». Su respuesta es inequívoca: «Sí, esa es la experiencia del corazón renovado».⁷ Martyn Lloyd-Jones coincide con esto al decir: «El cristiano es alguien que está, al mismo tiempo, hambriento y sediento y, sin embargo, está lleno. Y cuanto más lleno está, más hambre y sed tiene. Esa es la bienaventuranza de la vida cristiana. Y así continúa».⁸

A lo largo de los siglos, hombres y mujeres piadosos han encontrado gozo en este misterio. En el siglo XII, Bernardo de Claraval plasmó estas hermosas palabras que capturan la paradoja de tener hambre y estar satisfecho al mismo tiempo:

*Gustamos de ti, santo y vivo pan
y ansiamos seguir comiendo aún más;
Bebemos de ti, puro manantial
Sin querer dejar de beber jamás.*⁹

DIETA, APETITO Y TIEMPO

Entonces, ¿qué puedes hacer para cultivar una mayor hambre y sed de justicia? ¿Cómo podrías despertar el hambre en ti?

Hace algún tiempo, mientras predicaba sobre esta cuarta bienaventuranza, una mujer de nuestra congregación hizo un comentario que he encontrado profundamente útil: «El hambre es natural, pero el apetito puede cultivarse». Es una observación muy valiosa. El hambre de justicia surge desde dentro y es formada por el Espíritu Santo en el alma de toda persona que ha nacido de nuevo, pero el apetito puede y debe cultivarse. Cuando Pablo dice: «disciplínate a ti mismo para la piedad» (1 Timoteo 4:7), comunica con claridad que hay cosas que podemos hacer y que nos ayudarán a progresar en una vida que agrada a Dios.

Un colega mío que sobrevivió a un infarto grave me contó esto de su experiencia: «Fue como tener un elefante sentado sobre mi pecho». Por la bondad de Dios, se recuperó bien, y parte de esa recuperación implicó un cambio completo en su alimentación. Cuando le pregunté qué le gustaba comer antes del infarto, me dijo: «Hamburguesas, papas fritas, pizza y helado». Así que no fue ninguna sorpresa que, después del infarto, el médico le dijera que necesitaba cambiar por completo su dieta. Al escuchar el nuevo menú —bajo en grasa, bajo en sodio, verduras, pescado, pollo (a la parrilla, no frito) y algo de arroz—, mi amigo dijo: «¡Esto va a ser una tortura absoluta!».

Tiempo después, le pregunté cómo le había ido con el cambio de dieta. Me dijo: «Al principio todo me parecía insípido y aburrido, pero después de un tiempo pensé: “*No está tan mal*”. Me sentía mejor y tenía más energía». Me contó que no extrañaba las hamburguesas tanto como había imaginado, y que cuando le venían antojos de pizza o papas fritas, pensaba en el elefante sentado sobre su pecho. «Las hamburguesas y las papas fritas todavía huelen bien, pero después de dos meses, mi apetito cambió».

El apetito puede cultivarse. Piensa en lo que le ocurrió a mi amigo: un cambio en la dieta produjo un cambio en el apetito. La dieta moldea el apetito con el paso del tiempo.

La congregación a la que sirvo tiene un apetito saludable por la Palabra de Dios. Las personas que visitan nuestra iglesia suelen notarlo y

se preguntan de dónde proviene. La respuesta es sencilla: el apetito nació de la dieta y ha sido cultivado con el tiempo. Durante más de setenta años, esta congregación se ha alimentado de la Palabra de Dios, y esa dieta ha dado forma a su apetito.

Este principio se cumple sea cual sea la dieta: si alimentas a una congregación con entretenimiento, crearás un apetito por el entretenimiento. Si alimentas a una congregación con psicología popular, ellos tendrán hambre y sed por más de lo mismo. Este principio es muy importante a la hora de escoger la iglesia donde vas a adorar, servir y ser alimentado. ¿Cuál es la dieta? A menudo me he encontrado desconcertado ante la incongruencia de personas que se preocupan profundamente por lo que dan de comer a sus cuerpos, pero parecen bastante tranquilas de seguir metiendo comida chatarra en sus almas. La dieta moldea el apetito con el paso del tiempo. Por eso, busca una iglesia donde la dieta cultive el hambre y la sed de Dios y de Su justicia, y no de ti mismo ni de tu propia realización.

CINCO ESTRATEGIAS PARA CULTIVAR UN APETITO PIADOSO

Así como una persona puede cambiar su dieta y con el tiempo cultivar un nuevo apetito, también nosotros podemos comenzar a cambiar hábitos profundamente arraigados y cultivar un apetito piadoso. He aquí cinco estrategias para hacerlo.

1. Gana impulso a partir de las tres primeras bienaventuranzas

Para este momento de nuestro recorrido, quizá ya hayas adivinado que este sería el primer punto, así que lo trataré brevemente. ¡Pero es demasiado importante como para pasarlo por alto!

Las bienaventuranzas son progresivas. Cada bienaventuranza parte de las anteriores. No puedes simplemente tener hambre y sed de justicia; tienes que empezar desde el principio. Esto no significa que debas pasar una semana siendo pobre en espíritu y un mes lamentándote por tus pecados antes de poder avanzar. El impulso que nace de reconocer tu pobreza delante de Dios, de ver tus propios pecados y de someterte a la

voluntad de Dios puede darse al mismo tiempo. El punto es simple: para que haya un progreso, no puedes saltarte ninguna de las bienaventuranzas anteriores.

No puedes empezar por la cuarta bienaventuranza y decidir que quieres tener una gran hambre de santidad. Pero aquí está el estímulo: a medida que te haces pobre en espíritu, lamentas tus pecados y sometes tu vida a la voluntad de Dios, *descubrirás* que de estas raíces comienza a brotar una verdadera hambre de justicia.

2. Practica el ayuno de los placeres legítimos

Una forma segura de arruinar el apetito es picar entre comidas. Si pasas la tarde comiendo papas fritas, no tendrás mucho apetito para la cena. Así que limita aquello que estropea tu apetito, no piques entre comidas.

El punto aquí no es que haya algo malo o pecaminoso en una bolsa de papas fritas, pero comer en el momento equivocado y en la cantidad equivocada arruinará tu apetito. Ahora vamos a aplicar ese principio tan evidente del mundo del cuerpo al mundo del alma: cuando se disfrutan los placeres legítimos en el momento equivocado y en la medida equivocada, arruinarán el apetito de justicia. Te vuelven torpe y lento a la hora de seguir a Cristo.

¿Están los placeres legítimos de tu vida impidiéndote llegar a ser todo lo que Cristo te llama a ser? ¿Se está debilitando tu apetito por Dios debido a tu hambre y sed de otras cosas? ¿Cuáles son esas cosas? ¿Te gusta entrenar? ¿Te gusta dormir? ¿Te gusta ver deportes o películas? ¿Te gusta jugar fútbol? No hay nada malo en ninguna de estas cosas, pero la dieta moldea el apetito con el tiempo. Lo que consumes se convierte en lo que deseas.

Entonces, ¿cómo puedes mantener los placeres legítimos de la vida —como los deportes, los viajes y los pasatiempos— en el lugar correcto? Una respuesta es ayunar periódicamente de los placeres legítimos. El ayuno es un medio para fortalecer el dominio propio. Es un regalo especial que puede ser usado para ayudarte a dominar algo que de otro modo podría terminar dominándote a ti.

Si tu dieta te ha creado un apetito que ahora ves que te está frenando para vivir una vida más útil, implementa un ayuno. Toma un mes sin televisión ni videojuegos, o sin futbol; o seis meses sin comprar ropa nueva o sin viajes de placer. Deja un deporte por un semestre. Te sorprenderá la libertad que esto puede traerte.

Alexander Maclaren dijo: «Un hombre que deja que todos sus anhelos por los bienes terrenales corran sin freno ni dominio no deja ninguno orientado hacia el cielo».¹⁰ Usando una imagen muy clara, Maclaren señala que, si un río se divide en muchos canales, su corriente pierde fuerza o desaparece. De la misma manera, si disipamos nuestros deseos en los muchos placeres e intereses legítimos que podemos perseguir en este mundo, los desperdiciamos y quedamos sin ningún deseo de tener hambre y sed de Dios.

El ayuno tiene el efecto de limpiar el cuerpo, y algo semejante puede ocurrir en tu alma cuando decides negarte, por un tiempo, a un placer legítimo. El ayuno es una excelente manera de volver a poner bajo control apetitos que se han vuelto demasiado fuertes. Algunos cristianos hacen esto en el tiempo previo a la Pascua, al «renunciar a algo durante la Cuaresma». ¿Por qué esperar hasta la Cuaresma? Despréndete de esos apetitos poco saludables que están moldeando tu vida y fortalece tu hambre y sed de Cristo.

3. Hazte vulnerable a las necesidades de otros

¿Cómo se despierta un buen apetito? Con algo de buen ejercicio. Haz una caminata a paso rápido o sal a correr, y cuando regreses, te encontrarás listo para una buena comida.

El mismo principio se aplica cuando se trata de alimentar tu alma. Sirve a otros y descubrirás que tu hambre y sed de justicia se incrementarán. Me han conmovido las iniciativas que muchos en nuestra iglesia han tomado en esta dirección. Uno de nuestros grupos pequeños se ofreció como voluntario para atender un albergue para personas sin hogar y, como resultado de esa experiencia, asumieron el compromiso de hacerlo de manera regular. Varios miembros de nuestra congregación visitan con frecuencia a personas en prisión. Otros se dedican a visitar a los enfermos o a defender a quienes son perseguidos por causa de su fe.

Integra esta estrategia con la anterior: ayuna por un tiempo de algún placer legítimo y utiliza el tiempo, la energía y los recursos que obtengas de ello para hacerte vulnerable a las necesidades de los demás.

4. Usa tus bendiciones y tus aflicciones como incentivos para alimentarte de Cristo

Una vez más, he sido grandemente ayudado aquí por Thomas Watson, el conciso puritano que fue bendecido con tantas ideas notables. Al escribir sobre cómo estimular el apetito espiritual, Watson señaló dos cosas que nos preparan para una buena comida. La primera es el ejercicio. Eso me parece bastante obvio, pero su segunda respuesta me tomó por sorpresa: «Hay dos cosas que despiertan el apetito: 1. El ejercicio. 2. ¡La salsa!».

Watson tiene razón. La salsa hace que la comida resulte más atractiva, y Dios puede usar la salsa dulce de nuestras bendiciones, la salsa intensa de nuestros problemas y la salsa picante de nuestras persecuciones para aumentar nuestra hambre y sed de justicia. Tal vez nunca hayas pensado en tus bendiciones, aflicciones y persecuciones como «salsa», pero creo que Watson dio en el punto aquí. Estamos llamados a usar las distintas circunstancias de nuestra vida como incentivos que nos impulsen a una búsqueda más intensa de la justicia. Tanto lo mejor como lo peor que te sucede en la vida pueden ser usados para estimular tu hambre y sed de Dios.

Cuando llega la bendición, puedes aprender a decir: «Dios es tan bueno; quiero conocerlo más». Cuando llega la aflicción o la persecución, puedes aprender a decir: «Mi carne y mi corazón pueden desfallecer, pero Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción para siempre» (Salmo 73:26). Pase lo que pase, úsalo para fortalecer un apetito piadoso.

5. Confía en Cristo especialmente para tu santificación

Algunos cristianos sienten que pueden confiar en Cristo para el perdón de sus pecados y para llevarlos al cielo, pero cuando se trata de crecer en la piedad y de llegar a ser más como Cristo, se sienten completamente desesperanzados.

Pero piensa en esto: Cristo vino a salvar a Su pueblo de sus pecados (Mateo 1:21). Su obra no se limitó a tratar con la culpa de tus pecados o con sus consecuencias. Él vino a librarte de todo lo que te frena en la búsqueda de una vida justa y piadosa. Si puedes confiar en Jesucristo para el perdón de tus pecados y para la entrada al cielo, ¿por qué te resulta tan difícil confiar en Él para progresar en tu búsqueda de justicia?

Cristo te da esta gran promesa: tu hambre y sed de justicia serán saciadas. Cuando el pueblo de Dios esté delante de Su trono, «Ya no tendrán *hambre* ni *sed*, ni el sol les hará daño, ni ningún calor abrasador, pues el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a manantiales de aguas de vida» (Apocalipsis 7:16–17, énfasis añadido).

Cuando veas a Cristo, serás como Él; y cuando sabes que un día serás plenamente como Cristo, te purificas a ti mismo, así como Él es puro (1 Juan 3:2–3). Si puedes confiar en Cristo para completar Su obra redentora en ti, entonces, ¿por qué no confiar en Él para hacer avanzar Su obra redentora en ti ahora? El cambio comienza cuando dices: «En Cristo hay esperanza para que yo sea una persona mejor. Por medio de Él puedo buscar una vida justa».

A. W. Tozer escribió una oración que es un clamor del corazón por la santidad, la respuesta de un corazón con un profundo anhelo por Dios:

¡Oh, Dios! He probado Tus bondades y, al mismo tiempo que me han satisfecho, me han dejado sediento por más. Reconozco que necesito más y más gracia. Estoy avergonzado de mi falta de interés.

Oh, Dios, Trino Dios, quiero tener más vivos deseos de Ti; deseo que me llenes de esos deseos; quiero que me des más sed de Ti.

Te ruego que me hagas ver Tu gloria, para que pueda conocerte mejor. Comienza dentro de mí una nueva obra de amor. Dile a mi alma, «¡Levántate, oh, amiga mía, hermosa mía, y vente conmigo!». Dame la gracia necesaria para que pueda levantarme y seguir en pos de Ti, elevándome por encima de esta tierra baja y nublada donde he andado errante tanto tiempo.

En el Nombre de Jesús, amén.¹¹

*«Bienaventurados los
misericordiosos, pues ellos
recibirán misericordia».*

MATEO 5:7

5

ME PREOCUPO POR OTROS

EL GOZO DEL PERDÓN TOTAL

La mayoría de las personas quieren perdonar, pero algunas no saben cómo hacerlo. Si alguien te ha hecho un gran daño, es posible que sientas que perdonar a esa persona es algo imposible. Por muy deseable que el perdón pueda parecer, se levanta ante ti como una montaña que no puedes escalar.

En este capítulo exploraremos cómo puedes buscar la misericordia y el perdón. Estas son virtudes gemelas, es decir, van juntas; por eso es importante comprender la relación entre ellas: la misericordia es más amplia que el perdón, pero el perdón va más lejos que la misericordia.

La historia del buen samaritano muestra por qué la misericordia es más amplia que el perdón. El samaritano mostró misericordia a un hombre herido que yacía en el camino (Lucas 10:37). El hombre no había cometido ninguna falta contra el samaritano.

Este hombre no necesitaba perdón, sino misericordia, que el samaritano le concedió al vendar sus heridas y luego llevarlo a un lugar seguro donde pudiera recuperarse.

A menudo, tendrás la oportunidad de mostrar misericordia en situaciones en las que no te han hecho ningún daño y en las que no tienes nada que perdonar.

La misericordia es más amplia que el perdón, pero el perdón va más lejos que la misericordia. Supón que alguien te hace daño. Ser misericordioso significaría tener compasión de esa persona y que, en lugar de devolverle el daño, procures hacerle el bien. La misericordia decide no pagar mal por mal, más bien, «vence el mal con el bien» (Romanos 12:21). Pero el perdón va más lejos, porque implica restaurar una relación. De manera que la misericordia es como un peldaño hacia el perdón. Busca la misericordia y llegarás al perdón.

La misericordia es el tema central de la historia del buen samaritano. Un hombre que iba de viaje es atacado, robado, golpeado y dejado medio muerto en el camino. Un viajero que pasa por allí ve la necesidad del hombre, pero sigue de largo por el otro lado del camino. Más tarde, otro viajero llega al mismo lugar y también pasa de largo.

Entonces Jesús dice: «Pero cierto samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre; y cuando lo vio, tuvo compasión. Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas» (Lucas 10:33–34). Al final de la historia, Jesús pregunta: «¿Cuál de estos tres piensas tú que demostró ser prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?». La respuesta es: «El que tuvo misericordia de él» (Lucas 10:36–37).

Esta es una parábola acerca de la *misericordia* y según Jesús, la misericordia tiene dos partes. La primera parte es un corazón compasivo: «Cuando lo vio, tuvo compasión». La segunda parte nos muestra la acción que brota de un corazón compasivo: «Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas» (Lucas 10:33–34).

EL CARÁCTER DE DIOS Y NUESTRO LLAMADO

Cuando Dios se apareció a Moisés en el Sinaí, se reveló a Sí mismo mediante una descripción cuádruple que se repite no menos de siete veces en el Antiguo Testamento:¹ «El Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia» (Éxodo 34:6).

Esto es lo que las personas redimidas más necesitan saber acerca de Dios: Él es clemente, misericordioso, lento para la ira y abundante en amor. La misericordia es el núcleo de lo que Dios nos dice de Sí mismo,

y misericordia significa que Dios tiene un corazón tierno y que, por compasión, actúa para tu bien.

El resto de la Biblia desarrolla este maravilloso tema. Dios no solo es misericordioso, sino que es «rico en misericordia» (Efesios 2:4). Su misericordia nunca cambia, y por eso David dice: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida» (Salmos 23:6). Es a causa de la misericordia de Dios que somos salvos (Tito 3:5), y cuando Pablo describe la intervención salvadora de Dios en su vida, expresa: «me mostró misericordia» (1 Timoteo 1:13).

El libro de Hebreos se enfoca en la *misericordia de Cristo*: «Por tanto, tenía que ser hecho semejante a Sus hermanos en todo, a fin de que llegara a ser un sumo sacerdote *misericordioso* y fiel» (Hebreos 2:17, énfasis añadido). En Jesucristo, Dios dice a Su pueblo: «tendré misericordia de sus iniquidades y nunca más me acordaré de sus pecados» (Hebreos 8:12). Cuando sabes que Jesús es tu Sumo Sacerdote *misericordioso*, experimentarás la libertad y el deseo de acercarte a Él (Hebreos 4:16).

LA MISERICORDIA DE CRISTO HACIA PEDRO Y TOMÁS

La misericordia de Jesús se despliega a lo largo de los evangelios. Piensa en la misericordia que Jesús mostró a Pedro: nuestro Señor le había advertido a Su discípulo: «No cantará el gallo sin que antes me hayas negado tres veces» (Juan 13:38). La negación de Pedro fue un fracaso que bien pudo haberlo llevado a preguntarse: «¿Cómo llegué a hacer algo así?». Pero Jesús oró por Pedro para que su fe no fallara (Lucas 22:31), y aunque Pedro falló en su testimonio, su verdadera fe se demostró en el hecho de que no pudo vivir con la negación de Jesús. La fe de Pedro produjo arrepentimiento. Tiempo después de Su resurrección, a la orilla del mar de Galilea, Jesús se apareció a cuatro de Sus discípulos, entre ellos Pedro, y allí le preguntó: «¿Me amas?». Pedro respondió: «Señor, Tú sabes que te quiero». Y Cristo le dijo: «Apacienta Mis corderos» (Juan 21:15–17). La misericordia significa que tu fracaso nunca tendrá la última palabra.

Tiempo antes de este evento con Pedro, Jesús había demostrado Su misericordia con Tomás, un hombre de liderazgo espiritual cuya fe estaba

debilitada. Las preguntas sin respuesta de Tomás se acumulaban; debió sentir en su corazón que se estaba alejando. En una ocasión, Tomás les dijo a los discípulos más cercanos: «Si no veo en Sus manos la señal de los clavos [...] no creeré» (Juan 20:25), pero Cristo nunca deja ir a Sus hijos. El Salvador se le apareció a Tomás y le dijo: «Acerca aquí tu dedo, y mira Mis manos [...]. No seas incrédulo, sino creyente» (Juan 20:27). La misericordia significa que tus dudas y tus preguntas nunca tendrán la última palabra.

El punto central de la vida cristiana es que el carácter de Jesús se reproduzca en la vida de Su pueblo. Esto implica una comunidad de hermanos con corazones compasivos que actúen para el bien de los demás. Esto es central para nuestro llamado: lo que Dios nos pide es «practicar la justicia, *amar la misericordia* y andar humildemente con tu Dios» (Miqueas 6:8, énfasis añadido). Por eso Jesús, al dirigirse a algunos líderes que habían malentendido lo que Dios requiere de nosotros, les dijo: «Vayan y aprendan lo que significa: “Misericordia quiero y no sacrificio”» (Mateo 9:13).

Aprende cómo mostrar misericordia. Harás una diferencia en tu trabajo, en tu iglesia y en tu entorno familiar. Piensa en la diferencia que un maestro misericordioso puede hacer en una escuela. Un solo maestro, con un corazón tierno, que actúe para el bien de los niños, del personal y de quienes están en la administración, hará la diferencia justo donde se necesita y de una manera que honre al Señor.

OPORTUNIDADES PARA MOSTRAR MISERICORDIA

Así que, pensemos en siete oportunidades para mostrar misericordia. La primera oportunidad es bastante obvia: cuando te cruzas con alguien que tiene una necesidad material.

Ese fue el caso del buen samaritano, quien respondió a las necesidades de un hombre golpeado y ensangrentado que yacía en el camino. Sinclair Ferguson expresó este punto con claridad: «Misericordia es inclinarse y hacer algo para restaurar la dignidad de alguien cuya vida ha sido quebrantada por el pecado».² Ferguson señaló que el samaritano no se ocupó del origen de la necesidad de aquel hombre, como si debiera perseguir a los ladrones, ni se quejó del fracaso de la sociedad a la hora

de atenderlo. Más bien, respondió a la necesidad inmediata que tenía frente a él e hizo lo que estaba a su alcance para traer alivio a este hombre. Dios pondrá en tu camino a personas con necesidades materiales y cuando lo haga, tendrás la oportunidad de reflejar quién es Él al mostrar misericordia.

La segunda oportunidad para mostrar misericordia: cuando te encuentras con un cristiano que está luchando en su caminar con Dios. Cuando Judas dice: «Tengan misericordia de algunos que dudan» (Judas 22), nos recuerda que cuando un hermano o una hermana en Cristo está lleno de dudas, su mayor necesidad es la bondad y la compasión de un amigo creyente que se acerque a su lado y lo fortalezca en la fe.

Una vez escuché al pastor Warren Wiersbe³ decir que, si pudiera volver atrás y hacer una cosa de manera diferente, animaría más al pueblo de Dios. Esa afirmación me impactó, porque Warren es una de las personas más alentadoras que he conocido. Si él deseaba haber hecho más para animar a otros, ¡cuánto más debería hacerlo yo!

Un ministerio severo y demandante no es de ayuda para las personas que están luchando con las dudas. Cristo no quiebra «la caña cascada» (Isaías 42:3). David nos dice que fue la *benevolencia* de Dios la que lo engrandeció (Salmos 18:35). Serás cada vez más útil para Cristo a medida que te vuelvas más tierno y sensible a las cargas que llevan los demás.

La tercera oportunidad para mostrar misericordia: cuando alguien falla de una forma que le produce vergüenza y humillación. El apóstol Pedro escribe: «El amor cubre multitud de pecados» (1 Pedro 4:8), y una persona misericordiosa buscará maneras de evitar la vergüenza y la exposición pública de quien ha fallado.

Está claro que hay cosas que no se deben encubrir. Sin embargo, Pedro está hablando de pecados, no de crímenes, y esa diferencia es importante. Hay muchos pecados que una persona misericordiosa puede, con gozo y de manera correcta, no exponer públicamente. Spurgeon dice: «Les recomiendo, hermanos y hermanas, que siempre tengan un ojo ciego y un oído sordo». ¡Observa que habla de un ojo y un oído! Cristo nos llama a ser «astutos como las serpientes» e «inocentes como las palomas», y andar por la vida con ambos oídos cerrados ¡es una receta para el desastre! Pero Spurgeon habla con sabiduría piadosa cuando dice: «Mi

ojo ciego es el mejor ojo que tengo, y mi oído sordo es el mejor oído que tengo».⁴

Un corazón endurecido exagerará siempre el fracaso de otra persona, pero un corazón misericordioso te llevará con frecuencia a hacer la vista gorda y a hacerte el sordo. Dios no nos trata conforme a lo que merecemos por nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras iniquidades. Él es misericordioso, y el amor cubre una multitud de pecados.

La cuarta oportunidad para mostrar misericordia: en la manera en que tratamos un chisme escandaloso. Recuerda que Satanás es llamado el padre de la mentira. Siempre está fabricando rumores para hacer que una persona piense menos de sus hermanos en Cristo, tanto que ¡algunos cristianos parecen ser especialmente hábiles para ayudarlo!

Thomas Watson señala que es tan malo creer una mentira como decirla, y que es tan malo repetirla como inventarla. Esto me ha confrontado profundamente. Vivimos en una cultura en la que frecuentemente se anuncian veredictos antes de que las pruebas sean debidamente escuchadas. Tenemos que guardarnos del espíritu malicioso que se apresura a creer lo peor y se tarda en pensar lo mejor de los demás. Cuando ese hábito echa raíces, es fácil caer en la tentación de magnificar las faltas que las fortalezas y las virtudes de otras personas. Pero la misericordia va en la dirección opuesta y magnifica las fortalezas y las virtudes que las faltas de alguien.

Una persona misericordiosa cerrará sus oídos a cualquier cosa que disminuya su percepción de otra persona, a menos que se vea obligada a actuar de otro modo. Watson dice: «El nombre de una persona vale más que sus bienes, y quien le quita su buen nombre peca más que si le hubiera quitado el grano de su campo o las mercancías de su tienda. Es mejor quitarle la vida a una persona que quitarle su buen nombre. Es un daño irreparable».⁵

La quinta manera de mostrar misericordia: Cuando se tienen expectativas razonables de los demás. Algunos cristianos por su naturaleza frágil nos decepcionarán y nos defraudarán, así como nosotros con frecuencia decepcionamos y fallamos a otros. Dios recuerda que somos polvo y debo recordarlo también en mi trato con los demás. No debo crear expectativas poco razonables de mi cónyuge, mis hijos ni de otras personas que trabajen conmigo. Debo aprender a no sorprenderme

por los desánimos y las decepciones que vengan de otras personas. Necesito ir más allá y no solo pensar que una persona será un modelo constante de virtud solo porque es cristiana. Si pensamos más en las cargas pesadas que otros pueden llevar y en las fuertes tentaciones que pueden enfrentar, creceremos en misericordia. Recuerda siempre que, si tú estuvieras llevando la carga de tu hermano o enfrentando la tentación de tu hermana, podrías luchar y fallar más que ellos.

La sexta oportunidad para mostrar misericordia: cuando alguien te hiere o comete una injusticia en tu contra. Los hermanos de José le hicieron un daño terrible, pero Dios lo bendijo y llegó a ser el primer ministro de Egipto. Cuando sus hermanos necesitaron alimento, fueron a Egipto y José los tuvo en su poder. Dios orquestó los acontecimientos en la vida de José para que tuviera la oportunidad de desquitarse... o de perdonar. José eligió perdonar a sus hermanos, eso es lo que hace la misericordia. Si has sido herido por otra persona, no te sorprendas si, en algún momento, Dios te pone en una posición en la que tienes la oportunidad de vengarte. Si eso ocurre, lo que hagas en ese momento revelará mucho acerca de ti.

La séptima manera de mostrar misericordia: cuando presentas el evangelio a alguien que aún no es creyente en Cristo. Las personas misericordiosas suelen hablar con Cristo acerca de los perdidos y también suelen hablar con los perdidos acerca de Cristo. Judas nos exhorta al decirnos: «sálvenlos, arrebatándolos del fuego; y de otros tengan *misericordia* con temor» (Judas 23, énfasis añadido). Agustín dijo: «Si lloro por el cuerpo del cual el alma se ha ido, ¿cómo no voy a llorar por el alma de la cual Dios se ha ido?».⁶

Un corazón tierno que se preocupa y actúa por el bien de otros se preocupará profundamente por las personas que no tienen a Cristo y actuará compartiéndoles el evangelio.

Junta estas siete situaciones y verás que hay múltiples oportunidades para practicar *la misericordia*. Las personas que enfrentan necesidades materiales, luchas espirituales y fracasos vergonzosos necesitan todo el regalo de la misericordia. Dios te llama a la misericordia cuando escuchas chismes malintencionados, cuando creas expectativas poco razonables o cuando sufres un daño personal; y por encima de todo esto, como alguien a quien se le ha confiado el evangelio en un mundo lleno de personas

perdidas, puedes practicar la *misericordia* al hablar del Salvador que libra a todos aquellos que ponen su confianza en Él.

Iniciamos este capítulo diciendo que la mayoría de las personas quieren perdonar, pero algunas no saben cómo hacerlo. Hemos visto que la misericordia es un trampolín hacia el perdón. Buscar la misericordia te llevará a un punto en el que estarás preparado para perdonar, y es a este tema del perdón al que nos dirigimos ahora.

CÓMO Y CUÁNDO DIOS PERDONA

Pensemos por un momento en cómo y cuándo Dios perdona. Dios perdona (1) cuando se ha cometido una falta, (2) cuando el arrepentimiento comienza y (3) porque la expiación ya fue hecha.

Dios perdona cuando se ha cometido una falta.

Si yo te dijera: «Te perdono», con toda razón podrías responderme: «¿Por qué me perdonarías? No te he hecho nada malo. ¿Qué hay que perdonar?». El perdón solo es apropiado y solo tiene sentido cuando se ha cometido una falta. Como lo expresa Lewis Smedes: «El perdón siempre viene acompañado de culpa».⁷

Cuando Dios nos perdona es porque lo hemos ofendido. Cada pecado en tu vida y en la mía es una ofensa personal contra Dios.

Saulo de Tarso estaba llevando a cabo una campaña de persecución contra los cristianos, pero cuando Cristo se le apareció en el camino a Damasco, le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?». La violencia que Saulo ejercía iba dirigida contra los cristianos, pero el pecado que cometía era contra Cristo.

David expresó esta misma verdad en el Salmo 51. Allí confiesa su pecado de adulterio y le dice a Dios: «Contra Ti, contra Ti solo he pecado» (Salmo 51:4). Estaba claro que había ofendido profundamente a la mujer con la que había pecado, había ofendido al marido de esta mujer y había ofendido a su propia esposa. Sin embargo, David sabía que todos sus pecados eran ofensas contra Dios y que aun si fuera perdonado por todas las personas a las que había agraviado, finalmente era Dios a quien debía rendir cuentas. Dios era de quien más necesitaba recibir perdón.

Dios perdona cuando se ha cometido una falta y cuando el arrepentimiento comienza.

La historia del hijo pródigo lo deja maravillosamente claro. El hijo se va de casa en rebeldía, pero cuando recapacita, experimenta un cambio de corazón y comienza el largo camino de regreso al hogar. No tiene muchas expectativas; solo alberga la esperanza de que su padre quizá lo reciba como un jornalero.

El padre ve al hijo desde lejos y en lugar de esperarlo en la casa, corre a su encuentro. Esto ilustra la maravillosa verdad de que Dios sale corriendo a recibir a Sus hijos pródigos a la primera señal de nuestro arrepentimiento y nos abraza con Su perdón amoroso.

El arrepentimiento es un proceso que todo creyente comienza pero que ninguno completa en esta vida. Nuestro arrepentimiento delante de Dios es en el mejor de los casos, una pequeña parte de lo que debería ser. Gracias a Dios, Él nos perdona cuando el arrepentimiento comienza y no cuando se completa. Si esto no fuera así, nadie jamás sería perdonado.

Aquí hay algo importante que debemos aprender en cuanto al perdón y a la reconciliación con los demás. Cuando alguien que te ha hecho daño comienza a arrepentirse, acércate a esta persona con amor y perdón. Recuerda que el padre no se quedó sentado en su casa, esperando con los brazos cruzados hasta que el hijo recorriera el último paso del camino a casa. A la primera señal del regreso de su hijo, el padre salió corriendo hacia él con amor y perdón. Por eso, no esperes a que se reconozca cada aspecto de la ofensa. No insistas en tener una comprensión completa de todo lo que estuvo involucrado. Tú no tienes una comprensión plena de la magnitud de tus pecados contra Dios y, aun así, Él eligió perdonarte, no al final, sino al comienzo de tu arrepentimiento.

Dios perdona cuando el arrepentimiento *comienza*, pero también es cierto que Su perdón está ligado al comienzo del *arrepentimiento*. La Biblia nunca sugiere el perdón sin arrepentimiento. Jesús les dijo a quienes lo rechazaron: «Yo me voy, y me buscarán, y ustedes morirán en su pecado» (Juan 8:21).

Este principio —que el perdón solo se concede cuando el arrepentimiento comienza— es importante cuando enfrentamos la difícil

situación de perdonar a alguien que no está arrepentido por lo que ha hecho. ¿Cuál es tu responsabilidad en una situación en la que una persona que te ha hecho daño no muestra conciencia alguna de su falta, no asume responsabilidad por ella y por esa razón, es muy posible que vuelva a cometer el mismo pecado contra ti o contra otra persona en el futuro?

Creo que es importante señalar que Dios *no* perdona a los pecadores que no se arrepienten. La Biblia nos dice que Él los ama, y es precisamente por eso que Dios nos pide: «Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen» (Mateo 5:44). Observa que Dios no dice: «Perdonen a sus enemigos»; Él dice: «Ámenlos, oren por ellos», porque eso es lo que Dios mismo hace. De modo que, cuando alguien te hace daño y no asume su responsabilidad por sus acciones, tu llamado es a *tener compasión y a orar por esas personas*.

Una diferencia importante entre el amor y el perdón es que el amor puede ser unilateral. Es posible amar a una persona que no te corresponda de la misma manera. Mientras una persona sea tu enemiga, no te devolverá el amor, y, si tu amor llegara a conquistarla, dejaría de ser tu enemiga. De modo que el amor puede ser unidireccional, pero el perdón es relacional. En el perdón, dos partes están involucradas: una que perdona y otra que es perdonada, y dentro de esta transacción, una relación es restaurada.

He escuchado a maestros cristianos sabios y respetados hablar de perdonar a una persona que no está arrepentida, lo cual implica hacer algo que Dios mismo nunca haría y, además, desvirtúa la verdad sagrada de que el perdón de Dios siempre conduce a una relación restaurada.

Quizá preguntes: «¿Acaso Jesús no perdonó a los soldados que lo clavaron en la cruz?». Sí, pero Jesús no les dijo a los soldados que no estaban arrepentidos: «Yo los perdono». Él se volvió al cielo y oró para que Su Padre los perdonara. Esta distinción es importante.

El perdón implica la reconciliación de dos personas: una que se arrepiente y otra que perdona. Por eso, considero un error decirle a la gente que debe perdonar cuando no hay arrepentimiento. Resulta más fiel a las Escrituras afirmar que debemos amar a la persona que no está arrepentida, tener compasión y orar por ella. Al hacer esto estaremos preparados para conceder el perdón cuando y donde sea recibido.

Dios perdona porque la expiación ya fue hecha.

Dios perdona cuando se ha cometido una falta y cuando el arrepentimiento comienza, porque la expiación ya fue hecha.

Pensemos en lo extraordinariamente difícil que es para Dios perdonar. Cuando Dios estaba creando el mundo, todo lo que tuvo que hacer fue hablar para traerlo a la existencia: «“Sea la luz”, y hubo luz» (Génesis 1:3). Pero cuando se trató del perdón, Dios no pudo simplemente decir: «Sean perdonados». Fue más difícil que eso, mucho más difícil.

Le costó a Dios mismo entrar en nuestro mundo, tomar carne humana, vivir una vida perfecta, derramar Su propia sangre y entregar Su vida en la cruz.

Cuando alguien dice: «Sé que Dios me perdona, pero yo no puedo perdonarme a mí mismo», quisiera preguntarle a esa persona: «¿Estás diciendo que es más fácil para Dios perdonarte que perdonarte a ti mismo?». La raíz del problema aquí es el orgullo. Te estás colocando por encima de Dios. Estás diciendo: «La sangre de Cristo puede ser suficiente para Dios, pero no es suficiente para mí».

Así es como puedes perdonarte por las cosas que hoy te producen culpa y vergüenza. Di: «Si la sangre de Cristo es suficiente para satisfacer al Padre en lo que respecta a mi pecado, ¿por qué no habría de ser suficiente para satisfacerme a mí?».

Dios perdona cuando se ha cometido una falta y cuando el arrepentimiento comienza, porque la expiación ya fue hecha. Al haber considerado ya estos fundamentos, estamos listos para responder a nuestra pregunta central: ¿cómo puedo llegar a estar preparado para perdonar a otros, así como Dios, en Su gran misericordia, me ha perdonado a mí?

SEIS PASOS HACIA EL PERDÓN

Imagina que estás de pie junto a un obstáculo en una pista de carreras. Estás demasiado cerca del obstáculo y no puedes saltarlo desde esa posición. Por eso, tienes que retroceder primero para correr luego hacia el obstáculo.

Piensa en esa imagen y relaciónala con tu vida espiritual. Esto se entiende mejor cuando te centras en un pecado o en un problema

particular que quieres superar: *¿Cómo puedo superar mi miedo? ¿Cómo puedo vencer esta lujuria?* Ahí estás de pie junto al obstáculo y no puedes avanzar desde esa posición, tienes que empezar más atrás. Tienes que retroceder primero para correr después y tomar impulso.

He descubierto que al tratar de ayudar a una persona que lucha con una batalla particular, es importante mirar no solo el problema en sí, sino también su salud espiritual general. ¿Participa esta persona regularmente de los cultos? ¿Ora? ¿Se alimenta regularmente de la Palabra de Dios? ¿Forma parte de un grupo pequeño en el que puede caminar junto a otros y animarlos? Cultivar tu salud espiritual general te permitirá correr hacia el obstáculo y superar esa batalla particular que se ha vuelto tan problemática para ti.

Apliquemos ahora esto al desafío de perdonar una falta que se ha cometido contra ti. Al estar justo frente a esta falta, sientes que estás frente a una barrera que nunca podrías superar. Pero ahora estás retrocediendo para correr. ¿Cómo se supera ese obstáculo? Todo lo que necesitas para ese impulso previo se encuentra reunido en los versículos finales de Efesios 4, donde Pablo escribe:

Y no entristezcan al Espíritu Santo de Dios, por el cual fueron sellados para el día de la redención. Sea quitada de ustedes toda amargura, enojo, ira, gritos, insultos, así como toda malicia. Sean más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, así como también Dios los perdonó en Cristo (Efesios 4:30–32).

En estos versículos se presentan seis pasos que te llevarán al perdón:

1. Recuerda que el Espíritu Santo vive en ti.

«al Espíritu Santo de Dios, por el cual fueron sellados»
(Efesios 4:30).

Tal vez hayas experimentado daños y heridas que son extremadamente difíciles de perdonar; heridas que no conozco, heridas más profundas que cualquier cosa que yo haya experimentado. Pero esto es lo que necesitas saber: nadie ha tenido que perdonar más que Dios.

Cada pecado que hayas cometido alguna vez es un pecado contra Él, y esto es cierto no solo respecto a tus pecados, sino también respecto a cada pecado que ha cometido todo creyente.

Sin embargo, Dios ha perdonado *todos* esos pecados y ahora Su Espíritu vive en ti por medio de Su Hijo. Si el perdón dependiera solo de ti, estaría fuera de tu alcance; pero puedes ganar impulso en tu carrera hacia el perdón aferrándote a esta gran verdad: el Espíritu de Dios está obrando en ti.

2. No te quedes pensando en la herida.

«Sea quitada de ustedes toda amargura, enojo, ira»
(Efesios 4:31).

La amargura, el enojo y la ira surgen cuando alimentas un agravio. Alguien te ha hecho daño y tu mente lo repite una y otra vez. Sigues pensando en ello: en lo injusto que fue, en lo hiriente que resultó. Pero cada vez que piensas en ello, avivas un fuego en tu alma.

La amargura y la ira son fuegos que necesitan ser alimentados; así que deja de alimentarlos. Cada vez que tu mente vuelva a esas cosas, repite esto: «Hay cosas mejores con las que puedo llenar mi mente que esto».

Con la ayuda del Espíritu Santo, fija tu mente en cosas que sean verdaderas, honorables, justas, puras, agradables, dignas de alabanza y excelentes. Llena tu mente con cosas que merezcan elogio y ganarás velocidad a medida que avanzas hacia el obstáculo del perdón (Filipenses 4:8).

3. No pelees ni entres en contiendas.

«Sea quitada de ustedes [...] gritos, insultos, así como toda malicia»
(Efesios 4:31).

Cuando una relación está en problemas, pelear por quién hizo qué o quién dijo qué suele empeorar la situación. Las Escrituras advierten: «El siervo del Señor no debe ser rencilloso» (2 Timoteo 2:24). Las rencillas avivan los fuegos de la amargura y de la ira, y te alejan aún más del perdón que estás tratando de cultivar.

Los gritos y los insultos implican sacar a relucir y exponer los defectos y las faltas de otra persona.

De manera que «quitar» los gritos y los insultos significa que no debo desahogarme sobre otra persona ni hablar mal de ella a los demás. La malicia impulsa el deseo de que la persona que te ha hecho daño reciba su merecido. Así pues, «quitar» la malicia significa que no debo sentir alivio al pensar en lo que esa persona merece recibir.

Detenerte en el dolor de las heridas pasadas se interpondrá en el camino del perdón y te robará el impulso. Si vas a empezar una carrera para superar este obstáculo del perdón, necesitas quitar de tu camino la gritería, los insultos y la malicia.

4. Ten compasión de quien te ha herido.

«Sean más bien amables unos con otros, misericordiosos» (Efesios 4:32).

La compasión es especialmente importante cuando la persona que te ha hecho daño no tiene idea de lo que ha hecho. Esta persona no muestra arrepentimiento en absoluto, no ha asumido su responsabilidad, está ciego ante lo que hace y es completamente inconsciente del dolor que causa.

Ahora bien, si esa persona está ciega, lo que corresponde es tener compasión. Cuando ves a alguien en la calle que es completamente ciega, ¿acaso corres a quitarle el bastón? ¡No! Tú tienes compasión de esa persona. Cuando Jesús vio a las multitudes, tuvo compasión de ellas porque estaban «como ovejas sin pastor» (Mateo 9:36). Ni siquiera sabían que estaban perdidas, y la persona que ha pecado contra ti puede encontrarse en esta misma condición.

Por lo que padeció, Jesús llegó a ser el Sumo Sacerdote misericordioso y compasivo (Hebreos 2:17). El sufrimiento a menudo produce dureza de corazón, pero no tiene por qué ser así. Dios puede usar tus heridas para aumentar tu compasión, y un corazón bondadoso te ayudará a superar el obstáculo del perdón.

5. Reconoce que necesitarás el perdón de otros.

«perdonándose unos a otros» (Efesios 4:32).

Dios no dice aquí: «Perdona a quien te haya hecho daño», como si el perdón se moviera en una sola dirección. Más bien dice: «Perdonándose unos a otros», porque el perdón se moverá inevitablemente en ambas direcciones.

Habrás cosas que tú necesitarás perdonar de los demás y puedes estar absolutamente seguro de que habrá cosas que los demás necesitarán perdonarte a ti.

No importa cuánto prograses en tu vida cristiana, siempre estarás en la posición de decir: «Señor, ten misericordia de mí». Reconocer tu propia necesidad constante de perdón te ayudará a dar otro paso más para superar el obstáculo del perdón hacia los demás.

6. Saborea tu perdón en Cristo.

«perdonándose unos a otros, así como también Dios los perdonó en Cristo» (Efesios 4:32).

El perdón de Dios es tanto el modelo como el motivo de nuestro perdón. Por eso el apóstol dirige nuestra atención a *la manera* en que Dios nos ha perdonado.

Piensa en cómo Dios te ha perdonado en Cristo. Lo hizo con gozo, libremente y por completo. Tu perdón es inmerecido, irreversible y eterno. Dios te ha perdonado por amor y misericordia, a costa de una profunda agonía del corazón, envuelta en la oscuridad del Calvario: un dolor que nunca llegarás a comprender del todo, ni siquiera por toda la eternidad.

Saborea tu perdón en Cristo. Valóralo. Disfrútalo. Permite que este regalo invaluable de Dios que has recibido mueva tu corazón a la adoración, al asombro, al amor y a la alabanza; y así tu corazón estará dispuesto a perdonar a los demás, tal como Dios te perdonó en Cristo.

SUPERANDO EL OBSTÁCULO

Practica estos seis pasos y tu séptimo paso te llevará a superar el obstáculo del perdón. Si estás atento a la obra que el Espíritu Santo está haciendo en tu vida tendrás la confianza para perdonar. Si resistes la tentación de pelear, de entrar en contiendas y de detenerte en tus heridas, el camino hacia el perdón se estará despejando. Si tienes compasión por

quienes te han hecho daño y reconoces tu propia necesidad de misericordia estarás listo para perdonar. Y si saboreas tu perdón en Cristo, desearás extender ese mismo perdón a otros.

Estas prácticas realmente funcionan y si las pones en práctica, podrás perdonar.

Aun cuando alguien te haya herido profundamente y sea completamente inconsciente de lo que ha hecho, si practicas estos seis pasos, estarás listo en todo momento para perdonar. El perdón estará en tu corazón y estarás preparado para ponerlo en manos de quien haya cometido una falta contra ti, cuando esa persona esté lista para recibir ese regalo.

*«Bienaventurados los de
limpio corazón, pues ellos
verán a Dios».*

MATEO 5:8

6

VOY TRAS UNA SOLA COSA

UNA MENTE ENFOCADA

Cuando leo acerca de la pureza de corazón, mi primera reacción es: «Esto no se parece en nada a mí», y sospecho que esa también podría ser tu reacción. Es fácil relacionarse con Jesús cuando dice: «Bienaventurados los pobres en espíritu» y «Bienaventurados los que lloran», pero cuando Jesús dice: «Bienaventurados los de limpio corazón», podríamos preguntarnos de quién se está hablando. La buena noticia es que, en realidad, Jesús está hablando de nosotros.

Cristo vincula la pureza de corazón con algo más que parece igualmente imposible: ¡«pues ellos verán a Dios»!

En el Antiguo Testamento, Moisés deseaba ver la gloria de Dios, así que Dios lo puso en la hendidura de una roca para que la presencia de Dios pasara delante de él, pero a Moisés solo se le permitió ver el resplandor posterior de la gloria de Dios. Entonces Dios le dijo a Moisés: «Pero no podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo» (Éxodo 33:20). Sin embargo, aquí Jesús dice: «Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios».

La aparente imposibilidad de alcanzar estas dos cosas —la pureza de corazón y ver a Dios— nos muestra la grandeza de Jesucristo como

Salvador. Cristo no pronuncia estas bienaventuranzas para burlarse de nosotros. Él viene como el gran Redentor, el Rescatador y el Salvador que tiene en Sus manos esta promesa maravillosa: que, a pesar de toda la carga que los hábitos pecaminosos dejan en tus pensamientos, sentimientos y deseos, ¡tú puedes llegar a ser puro de corazón! Puedes ser tan plenamente perdonado, lavado y limpiado que, cuando veas a Dios, en lugar de retroceder hacia un infierno eterno, ¡avanzarás hacia el abrazo de Su amor eterno!

Así que, aunque mi primer pensamiento al leer esta bienaventuranza sea: «Esto es imposible», mi segundo pensamiento es: «Pero si pudiera aferrarme a todo lo que Cristo promete aquí y hacerlo mío, sería grandemente bendecido».

IDEAS ERRÓNEAS ACERCA DE LA PUREZA

Empecemos por aclarar la idea errónea más común: La pureza de corazón no significa una vida sin pecado. Si así fuera, nadie sería jamás puro de corazón y nadie vería a Dios. En esta vida, los cristianos seguimos siendo pecadores en proceso de restauración. Podemos crecer y avanzar, pero ninguno de nosotros llegará a ser todo lo que Dios nos llama a ser, ni siquiera todo lo que podríamos llegar a ser en esta vida.

La Escritura es muy clara en este punto. Juan dice al escribir a los creyentes: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8). Por lo tanto, la pureza de corazón no significa que jamás vayas a tener un mal pensamiento. Esto debería traerte alivio, así como también me lo trae a mí.

La Biblia habla de la pureza o la santidad de distintas maneras, y es importante para nuestra comprensión de la vida cristiana distinguir entre ellas.

En primer lugar, está la pureza o la santidad que pertenece únicamente a Dios. En la presencia de Dios, los ángeles santos —que *nunca* han pecado— cubren sus rostros y claman: «Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos» (Isaías 6:3). En la presencia inmediata del Todopoderoso, no basta con que los ángeles digan que Dios es santo. Lo dicen tres veces, porque, aunque los ángeles sean santos, Dios es

incomparable en Su pureza y de Su santidad procede la santidad que ellos poseen.

En segundo lugar, está la pureza o la santidad que tendremos en el cielo. «Cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a ÉL, porque lo veremos como ÉL es» (1 Juan 3:2). Cuando estés en la presencia de Jesucristo, no habrá ni el menor rastro de pecado en ti, sobre ti ni a tu alrededor. Reflejarás la pureza de tu Salvador, pero lo harás como la luna refleja la luz del sol. La santidad pertenece únicamente a Dios, y la pureza que disfrutarás siempre vendrá enteramente de Él.

En tercer lugar, está la pureza o la santidad que Dios nos llama a buscar; nuestro Señor nos habla de esto en la sexta bienaventuranza: «Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). Thomas Watson la describe como una pureza en sentido evangélico: «Un rostro puede considerarse hermoso, aunque tenga algunas pecas».¹ Esta analogía es sumamente útil. Un rostro puede ser bello sin ser perfecto y la pureza en un cristiano no es perfecta. La pureza del cristiano en esta vida es como el oro mezclado con desperdicio: el oro es real y tiene valor, aunque no esté perfectamente refinado. Si en el alma del creyente hay un anhelo de pureza y un rechazo de la impureza, allí hay una verdadera manifestación de la pureza de corazón.

QUÉ ES LA PUREZA DE CORAZÓN

Entonces, si la pureza de corazón no significa tener una vida sin pecado, ¿qué significa entonces? Hay dos respuestas a esta pregunta. La primera es que un corazón puro es un corazón que no está dividido.

Un corazón no dividido

En su libro *El progreso del peregrino*, John Bunyan presenta a un personaje llamado «Señor Dos Caras»², que ha sido descrito por un escritor como «el tipo con un ojo en el cielo y otro en la tierra, que predica sinceramente una cosa y hace sinceramente otra y que, debido a la profundidad de su irrealidad, es incapaz de ver o sentir esta contradicción».³

Cuando Elías reunió al pueblo de Dios en el monte Carmelo y les preguntó cuánto tiempo más «vacilarían entre dos opiniones» (1 Reyes 18:21), los estaba desafiando a la pureza de corazón. El pueblo de Dios estaba mirando en dos direcciones al mismo tiempo. Querían las bendiciones de Dios, pero seguían entregándose a los ídolos. Necesitamos sentir hoy la fuerza de Su llamado. ¿Hasta cuándo vas a vacilar entre dos opiniones? ¿Hasta cuándo intentarás abrazar a Cristo y al mundo al mismo tiempo? ¿Hasta cuándo seguirás jugando con los mismos pecados sin entregarte por completo a ellos, pero sin entregarte enteramente a Cristo?

Un corazón puro es un corazón que no está dividido, y cuando Jesús dice: «Bienaventurados los de limpio corazón» (Mateo 5:8), está pronunciando una bendición sobre el hombre o la mujer que tiene una mente enfocada en seguirlo.

Nuestro Señor vuelve a este tema más adelante en el Sermón del Monte: «La lámpara del cuerpo es el ojo; por eso, si tu ojo está *sano*, todo tu cuerpo estará lleno de luz» (Mateo 6:22).

Algunas traducciones emplean la palabra «único» en este pasaje. «Sano» es un término claro, pero la expresión «único» nos resulta útil en este punto porque comunica con precisión la idea de ir tras una sola cosa. No es solo una cuestión de salud, sino de una mirada enfocada en una única dirección, sin división interna. Imagina a un atleta olímpico, totalmente concentrado en la línea de meta mientras corre por la pista. No mira ni a la izquierda ni a la derecha, porque sabe que el más leve movimiento podría costarle esa fracción de segundo que es decisiva. Su mirada está enfocada en un solo objetivo. Toda la capacidad de su mente y de su cuerpo está completamente alineada en la búsqueda de una sola meta.

Cuando el filósofo danés Søren Kierkegaard escribió un libro titulado *La pureza del corazón es querer una sola cosa*, su título reflejaba fielmente la enseñanza de la Escritura, donde un corazón puro se contrasta con un corazón que está dividido: «Limpíen sus manos, pecadores; y ustedes de doble ánimo, purifiquen sus corazones» (Santiago 4:8). Observa que lo opuesto a un corazón puro es el doble ánimo, como el Señor Dos Caras.

David captó el anhelo del creyente por la pureza cuando oró: «Enséñame, oh, Señor, Tu camino; andaré en Tu verdad; *unifica mi*

corazón para que tema Tu nombre» (Salmo 86:11, énfasis añadido). Esta es una oración profundamente útil. Cuando oras por pureza, puedes decir algo como esto: «Señor, mi corazón está disperso, distraído y va en distintas direcciones. Te pido que lo hagas uno. Une mi corazón y hazme una persona que busque una sola cosa».

Pablo nos permite ver su propia búsqueda de un corazón puro cuando escribe: «Una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13–14). Observa nuevamente que la pureza de corazón no es perfección. Pablo es muy claro al respecto: «No es que ya lo haya alcanzado o que ya haya llegado a ser perfecto» (Filipenses 3:12). Y por si no hubiera quedado claro, lo repite: «Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado» (Filipenses 3:13).

La pureza de corazón no es perfección ni ausencia total de pecado en esta vida. Ni siquiera es llegar adonde quisieras estar en tu crecimiento como cristiano. Después de todo lo que Pablo se había esforzado en el servicio a Cristo —incluso hasta el punto de estar en prisión a causa de su ministerio cuando escribió estas palabras—, todavía sentía que no había llegado a ser todo lo que deseaba ser para Cristo, ni mucho menos todo lo que Cristo lo llamaba a ser.

La pureza de corazón no se encuentra en lo que alcanzamos, sino en lo que buscamos y en la manera en que lo hacemos. El «una cosa hago» de Pablo capta el único enfoque que caracteriza a los de corazón puro. La pureza de corazón es querer una sola cosa.

Un corazón perdonado

Cuando crees en el Señor Jesucristo, la fe forma el vínculo de una unión viva en la que Cristo llega a ser tuyo y tú llegas a ser Suyo. Estás «en Cristo», y Cristo está en ti. En esa unión, dos regalos maravillosos pasan a ser tuyos.

El primero es el perdón, por el cual Dios retira todas las acusaciones contra ti y te reconcilia con Él, de modo que ya no eres Su enemigo, sino Su amigo. La razón por la que entrarás en el cielo *no* es porque estés sin pecado, sino porque Dios no toma en cuenta tus pecados contra ti. Dios

imputa tus pecados a la cuenta de Jesús, en quien esos pecados fueron juzgados, castigados y expiados por medio de Su sacrificio como nuestro portador de pecado en la cruz. «El Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros» (Isaías 53:6).

En Cristo, tus deudas han sido pagadas por completo, de modo que no serán ni podrán ser cargadas a tu cuenta en el día final. Esta es la gloriosa verdad de la justificación. «Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1).

De esto se deduce que los cristianos entran en el cielo no solo sobre la base de la misericordia, sino también sobre la base de la justicia. Una persona justa jamás exigiría el pago de una deuda que ya ha sido cancelada, y nuestro Dios justo no exigirá el pago por los pecados que ya han sido expiados. Por eso Juan dice que Dios es «fiel y justo para perdonarnos los pecados» (1 Juan 1:9). Él enfatiza la justicia de Dios porque está señalando la expiación, mediante la cual Cristo pagó por nuestros pecados en la cruz.

La confianza de un cristiano verdadero delante de Dios, en la vida y en la muerte, no descansa en la calidad de su vida cristiana, que en el mejor de los casos será irregular. Nuestra confianza está en el carácter de Dios, que es fiel y justo, y en la obra de nuestro Salvador, quien ha asegurado nuestra justificación al pagar nuestra deuda mediante el derramamiento de Su sangre en la cruz.

Un corazón lavado y limpio

El segundo regalo que pertenece a todos los que están en Cristo es la limpieza, por medio de la cual Dios lava tu mente, tu corazón y tu vida. El perdón y la limpieza van juntos. Juan dice: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para *perdonarnos* los pecados y para *limpiarnos* de toda maldad» (1 Juan 1:9, énfasis añadido).

A quienes Dios perdona, también los limpia; y a quienes limpia, también los perdona. Estas dos bendiciones se dan juntas a todos los que están en Cristo. Sin embargo, hay una diferencia importante entre ellas. El perdón y la reconciliación ocurren una sola vez. En Cristo, eres amigo de Dios, y si pecas, no te conviertes en Su enemigo. No obstante, la

limpieza es diferente, porque la necesitamos continuamente y nunca superamos nuestra necesidad de ella en esta vida.

La fe en Jesucristo puede definirse como confianza en Su capacidad para perdonar y limpiar por medio del poder de Su sangre. Cristo es capaz de lavar el corazón que ha sido manchado por la avaricia, la lujuria, el orgullo y cualquier otro pecado, hábito u obsesión que quieras nombrar.

LA LUCHA POR CREER QUE DIOS LIMPIA

A lo largo de los años he conocido a muchas personas que dicen creer en un Cristo que perdona, pero luchan por creer en un Cristo que limpia. Ven y siéntate conmigo en mi oficina mientras tratamos de ayudar a un hombre que se siente completamente abrumado por el poder de sus pecados pasados.

Mientras el hombre entra y toma asiento, noto que hay una tristeza en sus ojos. Después de unos momentos de presentación y de una oración pidiendo la ayuda del Señor, le pregunto por qué ha venido y cómo podemos servirle. Él se inclina hacia adelante y comienza a hablar lentamente:

«Pastor, usted tiene que ver todo el peso que cargo. A lo largo de los años he visto cosas que desearía no haber visto y he hecho cosas que desearía no haber hecho. Todo esto ha afectado mi alma. Mi manera de pensar, de sentir y de desear está desordenada. Patrones de pensamiento retorcido han producido patrones de conducta compulsiva, y no logro ser libre. Estas cosas están dentro de mí, Pastor. Sé que Dios me perdona, pero no puedo imaginar llegar a ser diferente; es demasiado lo que cargo».

¿Cómo podemos ayudar a esta persona? Creo que el punto de partida es ayudarlo a creer en el Señor Jesucristo. Por supuesto, él dirá que sí cree. Dirá que es cristiano y que lo ha sido durante muchos años. No lo dudo. Pero escucha con atención lo que está diciendo: cree que Dios puede perdonarlo, pero no puede imaginar llegar a ser alguien diferente. Nuestro privilegio en esta conversación será señalarle a Cristo, quien no solo perdona, sino que también limpia, y ayudarlo a ver Su poder para lavar su mente y su corazón y hacerlo limpio.

A medida que la conversación avanza, empieza a notarse cierta resistencia. Nuestro amigo insistirá en que sí cree en el Señor Jesucristo y

querrá llevarnos hacia otro tema. Pero, con una firmeza amable, le diré: «Mientras sigas creyendo que no se puede hacer nada con la carga que llevas en tu mente y en tu corazón, entenderé que todavía no conoces al Cristo de la Biblia, quien es el único que puede lavar, limpiar y purificar mentes y corazones humanos desordenados. Puedes decirme que crees en un Jesús que perdona, pero mientras persistas en esa convicción tan arraigada de que nada se puede hacer con ese retorcimiento acumulado que proviene de tus decisiones y conductas pasadas, no estás confiando realmente en el Salvador que vino no solo para perdonar tus pecados, sino también para lavar tu corazón y tu vida. Cristo limpia mentes desordenadas, pero solo empezarás a tener esperanza cuando confíes en este Salvador para purificar tu corazón».

Ahora el hombre está escuchando, pero si lo que se requiere es que la verdad se afirme en su mente, necesitará verla con claridad en las Escrituras. Así que abrimos la Biblia, comenzando en Mateo 1:21: «Y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21). ¿Qué significa esto? Nuestros pecados incluyen hábitos, obsesiones y patrones arraigados de pensamiento y conducta. Cristo vino no solo para salvarnos de la culpa y de las consecuencias de nuestros pecados, sino también de los pecados mismos. Vino para librarnos del poder que estos ejercen sobre nosotros. Y cada vez que pronuncio el nombre Jesús, debo recordar esta gran verdad: Él vino para salvarme de mis pecados.

Luego vamos a Tito 3:5, donde leemos que Dios nos salva «por el lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo» (Tito 3:5). Cristo nos salva por el lavamiento. Él lava tu mente y regenera tu corazón.

Eso significa que Él te da nuevos afectos, nuevos intereses, nuevas inclinaciones y una nueva energía, de modo que, con el tiempo, te encontrarás odiando el pecado que antes amabas. A medida que Cristo lava tu corazón, crecerá en ti un amor renovado por Él, un nuevo interés por Su Palabra, por Su pueblo y por Su servicio. Los pensamientos de tu mente y los afectos de tu corazón cambiarán a medida que Cristo lava tu alma. Los pecados que te tienen preso perderán su poder sobre ti. Tus derrotas y fracasos serán menos frecuentes, y la fortaleza en tu lucha contra la tentación aumentará.

UN PELDAÑO PARA AVANZAR

Mientras observas al hombre en mi oficina aprendiendo a tratar con sus pecados, podrías también percibir tu propia necesidad de ser limpiado y liberado de los pecados persistentes en tu vida. Si es así, permíteme darte un peldaño que te ayudará a avanzar.

El comienzo de la fe es decir lo siguiente: «Si yo estuviera en Cristo y Él estuviera en mí, creo que Él podría limpiar este corazón». Si sientes que todavía no puedes confiar en Cristo para ser limpio, da este primer paso hoy: cree que Él puede limpiar tu corazón. Cristo transformó el corazón violento y blasfemo de Saulo de Tarso, convirtiéndolo en una persona completamente distinta, y si pudo hacerlo con él, puede hacerlo también contigo. Afirma esta verdad en tu mente: *Mi corazón puede ser limpiado. Creo que, si yo estuviera en Cristo y Él estuviera en mí, Él podría limpiarme.* Una vez que estés sobre este peldaño, de creer que Cristo puede hacerlo, estarás listo para dar el siguiente paso y pedirle que lo haga en ti.

LENGUAJE ACTIVO

Cuando Dios purifica nuestros corazones, trata con los patrones retorcidos de nuestro pensamiento, los patrones desviados de nuestro amor y los patrones arraigados de nuestra conducta. Dios es quien realiza esta obra de limpieza y santificación (1 Tesalonicenses 5:23–24), pero Él nos llama a participar activamente en este proceso.

Aquí hay una diferencia que es importante comprender. En el perdón, venimos al Señor con las manos vacías, y nuestra única contribución a nuestra justificación es recibir por fe el regalo que Cristo nos ofrece. Pero cuando se trata de nuestra santificación, la posición es diferente. Como creyente en Cristo, no estás con las manos vacías. El Espíritu de Dios vive en ti, tienes un nuevo corazón y Dios te ha puesto en una posición en la que por Su gracia y en Su fuerza, eres capaz de actuar.

El obispo J. C. Ryle escribió: «En la justificación, nuestras propias obras no tienen lugar alguno, y la fe sencilla en Cristo es lo único necesario. En la santificación, nuestras propias obras son de gran

importancia, y Dios nos manda luchar, velar, orar, esforzarnos, trabajar y ocuparnos en esto diligentemente».⁴

Dios nos llama a ser proactivos en la búsqueda de la pureza, y nuestro papel en este proceso queda claro en los escritos de Santiago, Pablo, Pedro y Juan.

Santiago dice: «Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes. Limpíen sus manos, pecadores; y ustedes de doble ánimo, purifiquen sus corazones» (Santiago 4:8). Observa nuestra participación: Dios se acerca a nosotros, pero somos nosotros quienes debemos purificar nuestros corazones. Aquí hay una responsabilidad que nos corresponde asumir y Dios nos llama a hacerlo.

Pablo utiliza un lenguaje similar: «Por tanto, amados, teniendo estas promesas, limpiémonos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2 Corintios 7:1). Observa el mismo patrón que vimos en Santiago: Dios nos ha dado Su promesa y es por medio de Su promesa que recibimos esperanza de la liberación del pecado, pero Dios nos llama a actuar a la luz de Su promesa. Estamos llamados a limpiarnos de toda contaminación del cuerpo y del espíritu.

En ninguna parte de la Biblia se nos dice que debamos perdonarnos a nosotros mismos, lo que si podemos encontrar es que estamos llamados a limpiarnos de toda contaminación.

En este mismo sentido, Pedro escribe a los creyentes: «En obediencia a la verdad ustedes han purificado sus almas» (1 Pedro 1:22). Una vez más, la Biblia no habla de creyentes que se justifican a sí mismos; aquí Dios habla de creyentes que se purifican a sí mismos, indicándonos que estamos activamente comprometidos.⁵ Juan usa el mismo lenguaje cuando dice: «Y todo el que tiene esta esperanza puesta en Él, se purifica, así como Él es puro» (1 Juan 3:3).

Estos pasajes de la Biblia y muchos otros que hablan de nuestro compromiso activo en la lucha contra el pecado nos llevan a esta clara conclusión: la búsqueda de la pureza es un proceso en el cual Dios te llama a comprometerte activamente.

¿Alguna vez te has preguntado por qué mientras algunos creyentes muestran una evidencia admirable de su crecimiento, otros parecen retroceder a versiones anteriores de sí mismos, solo que más viejas? ¿Por

qué algunos se liberan de la carga de su pasado y llegan a dominar la lengua hiriente o el espíritu temeroso, dejando atrás la vida ensimismada, mientras que otros parecen permanecer estancados en el mismo lugar, con los mismos complejos, y progresan muy poco?

Estoy convencido de que la respuesta está en la falta de claridad que tenemos como creyentes de nuestra responsabilidad de comprometernos activamente en la búsqueda de la pureza y en nuestra incapacidad para practicar de manera constante lo que Dios nos ha llamado a hacer.

Hemos establecido que un corazón puro es un corazón que se enfoca en una sola cosa y es un corazón que ha sido lavado. Hemos visto que Dios no solo perdona, sino que también limpia, y que esta limpieza es el medio por el cual Él se ocupa de las cargas de nuestras vidas. Ahora que hemos visto que Dios nos llama a involucrarnos activamente en la búsqueda de la pureza, nos dirigimos ahora a siete acciones que promueven la pureza de corazón.

SIETE ACCIONES QUE PROMUEVEN LA PUREZA DE CORAZÓN

1. **Creer:** La acción de confiar en Cristo para que te cambie.

«Y que el mismo Dios de paz los santifique por completo; y que todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, sea preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Aquel que los llama, el cual también lo hará» (1 Tesalonicenses 5:23-24).

Como hemos visto, el progreso en la vida cristiana comienza cuando crees que Cristo puede limpiarte. Cuando sientas que tus tentaciones son demasiado fuertes, tus fracasos son numerosos, tus heridas son demasiado profundas y tu progreso es demasiado lento, mira al Salvador resucitado, que es capaz de limpiarte, y pon tu confianza en Él.

Los evangelios registran una ocasión en la que Jesús y Sus discípulos cruzaban un lago en una barca. Se desató una tormenta tan violenta que incluso los pescadores experimentados temieron por sus vidas. Jesús calmó la tormenta con una sola palabra, mostrando Su autoridad aun sobre el viento y las olas, y luego hizo una pregunta a Sus discípulos: «¿Dónde está la fe de ustedes?» (Lucas 8:25). Los discípulos tenían fe en Jesús; lo habían dejado todo para seguirlo. El problema no

era la ausencia de fe, sino la falta de confianza en Cristo para el desafío particular que representaba enfrentar la tormenta.

Así que, ¿dónde necesitas ejercer fe ahora mismo? Tal vez sea en una lucha contra el orgullo, la lujuria o el temor. Has batallado con este pecado durante muchos años y a menudo te has sentido derrotado. Pero hoy Cristo te llama a confiar en Él en tu lucha por la pureza. Él puede santificarte y lo hará; pero te llama a comprometerte activamente, y ese compromiso comienza creyendo Su promesa de limpieza.

2. **Confesar:** La acción de nombrar y oponerse a pecados particulares.

«Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).

Observa que la confesión y la limpieza están estrechamente relacionadas. Cuando decides ir tras la pureza, necesitas identificar los pecados de los que deseas que tu alma sea purificada.

Estuvimos examinando esto con detalle en el capítulo 2, pero es tan importante el lugar que ocupa la confesión en la búsqueda de la pureza que debo incluirla aquí como una acción.

¿Qué pecados necesitas combatir en tu alma para que puedas crecer en pureza? ¿Estás limitado por un espíritu de crítica o de amargura? ¿Tienes el hábito de quejarte y has perdido la gratitud? ¿Estás limitado en tu crecimiento y servicio al Señor debido a un espíritu dominado por el miedo?

Cuando puedas nombrar pecados particulares que estés tratando de vencer y pedir la ayuda de Dios para identificarlos en su aparición más temprana y vencerlos por *Su* poder, estarás bien encaminado hacia un progreso significativo en tu búsqueda de la pureza.

Nuestro primer llamado en la confesión es a declarar nuestros pecados a Dios. No obstante, la Biblia también habla de la sanidad que puede venir cuando nos confesamos nuestros pecados unos a otros: «confiésense sus pecados unos a otros, y oren unos por otros para que sean sanados» (Santiago 5:16). Santiago escribió estas palabras en el contexto de una persona enferma que llama a los ancianos de la iglesia para que oren por su sanidad. Ahora bien, no debemos usar este versículo para imponer o insinuar que esto es una obligación para todos los creyentes:

confesar sus pecados unos a otros. Más bien, es una oportunidad que debemos abrazar, especialmente cuando estamos luchando en la búsqueda de la pureza.

Las relaciones de confianza, donde puedas compartir las líneas de frente de tu batalla contra el pecado, son un regalo precioso de Dios. Procura encontrar a un creyente maduro o a un pequeño grupo de amigos cristianos con quienes puedas ser honesto, sabiendo que orarán contigo, especialmente cuando estés luchando por obtener victoria sobre un pecado persistente en tu vida. Pero recuerda que Santiago dice que debemos orar unos por otros «para que sean sanados» (Santiago 5:16). Dentro del diseño de Cristo para la búsqueda de la pureza está la ayuda mutua, y cada cristiano tiene algo que dar, así como algo que recibir.

3. Escuchar: La acción de sumergirte en la Palabra de Dios.

«Maridos, amen a sus mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se dio Él mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra» (Efesios 5:25–26).

Cristo lava a Su pueblo con la Palabra. La Escritura es tan esencial para tu búsqueda de la pureza como el agua lo es para lavar. Por eso, cuando Cristo oró por Sus discípulos dijo al Padre: «Santificalos en la verdad; Tu palabra es verdad» (Juan 17:17). Y cuando David preguntó: «¿Cómo puede el joven guardar puro su camino?», respondió: «Guardando Tu palabra» (Salmo 119:9).

A lo largo de muchos años como pastor, he observado un patrón constante: las personas cuyas vidas han sido transformadas de manera significativa son como esponjas que absorben la Palabra de Dios. Ellas guardan la Escritura en su corazón y esto tiene un efecto purificador en sus vidas. La entrada de la Palabra de Dios «imparte luz» (Salmo 119:130), y he encontrado con frecuencia que cuando las personas muestran poco o ningún progreso, es porque han sumergido poco sus vidas en la Palabra.

Así que, mientras buscas la pureza, sumérgete en las Escrituras con la certeza de que la Palabra de Dios tendrá un efecto limpiador en tu vida. Aprovecha cada oportunidad para hacerlo. Cuando escuches la predicación de la Palabra, pide a Dios que la use para limpiar tu alma y

escucha con atención, aplicando lo que oyes mientras crees lo que Dios dice y obedeces lo que Él manda.

Luego, establece un patrón regular para alimentarte de la Palabra de Dios en privado. Digo alimentarte y no simplemente leer, porque leer no es suficiente. Santiago nos dice que es posible mirarse en el espejo de la Palabra de Dios y alejarse sin haber cambiado (Santiago 1:22–24). Si abor das la lectura de la Biblia como un ejercicio mecánico, como correr en una caminadora, perderás el alimento que podrías recibir. Alimentarse es más que leer. Implica reflexionar, aplicar, creer, agradecer, confesar, regocijarse y comprometerse en respuesta a lo que Dios dice en Su Palabra.

Con el tiempo, el efecto acumulativo de sumergirte en la Palabra de Dios será como el efecto del agua jabonosa sobre la ropa sucia en una lavadora. A medida que la máquina agita, la mancha se va aflojando de manera lenta y progresiva del tejido. De la misma manera, con el paso del tiempo, la Palabra de Dios tendrá este efecto limpiador incluso sobre las manchas más difíciles en tu vida.

4. Adorar: La acción de contemplar la gloria de Dios.

«Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu» (2 Corintios 3:18).

Este versículo habla directamente de nuestro enfoque central: crecer en pureza. Pablo describe a una persona que está siendo «transformada», y nos dice que esta transformación ocurre a medida que el creyente contempla la gloria del Señor.

Vendrá el día en que la fe será convertida en vista y veremos al Señor cara a cara, pero eso no es lo que Pablo describe aquí. Él escribe en tiempo presente y habla de un proceso continuo de cambio que ocurre en la vida cristiana mientras adoramos. El principio es sencillo: nos convertimos en aquello que contemplamos. Cuanto más veas la gloria de Cristo, más serás transformado a Su semejanza.

La adoración es más que asistir a un servicio el domingo por la mañana. Es poner la mirada del alma fija en la grandeza y la gloria de

Dios. Y Pablo nos dice que contemplar la gloria del Señor tiene un efecto transformador en la vida de un creyente.

Si estás luchando con una adicción o con una conducta que se ha vuelto habitual y compulsiva, pregúntate: «¿Cómo llegué aquí? ¿Cómo obtuve esta cosa tanto poder en mi vida?». La respuesta es esta: hiciste de esa cosa un ídolo y pusiste tus afectos en ella. Acudiste a ese ídolo en busca de consuelo, lo contemplaste esperando encontrar felicidad, y al levantar ese ídolo, terminaste adorándolo hasta que entraste en esta adicción.

Ahora bien, ¿cómo vas a liberarte del poder de ese ídolo? Entraste allí adorando, y adorando saldrás de allí. Eso ocurre cuando contemplas la gloria del Señor.

La gran promesa ligada a la sexta bienaventuranza para los de corazón puro es que son bienaventurados porque ellos verán a Dios. Esta promesa maravillosa no se refiere solamente al gozo que tendremos cuando veamos finalmente a Cristo, sino también a los destellos de Su gloria que son concedidos a los puros de corazón en la adoración.

Purificar tu corazón te llevará a ver a Dios; pero lo contrario también es cierto: ver a Dios te llevará a purificar tu corazón. Esta fue la experiencia de Isaías.

Durante muchos años, en los largos años del reinado del rey Uzías, Isaías había servido al Señor como profeta proclamando la Palabra de Dios. Pero en el año en que murió el rey, Isaías recibió una visión del Señor, y al contemplar la gloria de Dios, tomó nueva conciencia de dónde necesitaba crecer en pureza: «¡Ay de mí! Porque perdido estoy, pues soy hombre de labios inmundos y en medio de un pueblo de labios inmundos habito» (Isaías 6:5).

Isaías vio la gloria del Señor en una visión. La fe contempla la gloria del Señor en la adoración, y mientras contemplamos Su gloria, somos transformados a Su semejanza. Si has adquirido el hábito de ser pasivo mientras otros están adorando, asumiendo la postura de espectador y permitiendo que tu mente divague mientras la congregación canta, ora o se somete a la Palabra, es momento de tomar en serio tu crecimiento en pureza participando activamente en la adoración.

5. **Pedir:** La acción de orar por pureza.

«Lávame, y seré más blanco que la nieve» (Salmo 51:7).

El Salmo 51 es una oración maravillosa por pureza. David sentía que la culpa de su pecado se aferraba a él, y por esto clamó: «Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve» (Salmo 51:7). El pecado de David apagó la luz y el gozo de su vida, por eso él oró: «Hazme oír gozo y alegría, haz que se regocijen los huesos que has quebrantado» (Salmo 51:8).

La oración te da un maravilloso acceso a Dios en todo momento y en cualquier circunstancia, incluso cuando te sientes atrapado en el fango de tu propio pecado y culpa. Ese era el lugar en el que David se encontraba cuando hizo esta oración, pero en lugar de ceder a la desesperación, llevó su culpa al Señor y pidió ser limpio.

Nosotros podemos acercarnos al Señor de la misma manera, y cuando lo hacemos, tenemos una gran ventaja sobre David, pues él sabía que Dios encontraría una manera de terminar con el pecado, pero nosotros sabemos que ya lo hizo por medio de la muerte y la resurrección de Su Hijo. David sabía que Dios encontraría una manera de lavarlo y limpiarlo; ahora sabemos que esta limpieza viene por medio de la sangre derramada de Jesucristo.

Observa que David pidió más que limpieza. Después de orar para que la culpa y la mancha de su pecado fueran lavadas, purificadas y quitadas, pidió: «Crea en mí, oh, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmo 51:10). David sabía que los deseos de su propio corazón lo habían llevado al pecado y que, si su corazón no era transformado, no pasaría mucho tiempo antes de que ese mismo corazón lo condujera nuevamente por el mismo camino pecaminoso.

La oración de un creyente es la oración por un corazón puro y debemos presentarla delante del Señor con frecuencia. ¿Cuándo fue la última vez que le pediste a Dios un corazón puro?

Watson dice: «La mayoría de los hombres ora más por bolsillos llenos que por un corazón puro».⁶ No sé si eso sea cierto, pero estoy seguro de que orar más por la pureza de corazón te llevará a tener un mayor progreso hacia esa meta.

6. **Perseverar:** La acción de levantarte cuando has caído.

«No te alegres de mí, enemiga mía. Aunque caiga, me levantaré, aunque more en tinieblas, el Señor es mi luz» (Miqueas 7:8).

Nadie progresa de manera ininterrumpida en el camino de la pureza. Así que en la batalla contra los pecados que han dominado tu corazón, tendrás tropiezos y caídas. Ahora bien, los que avanzan en la vida cristiana no son los que nunca caen, sino los que siguen la exhortación de Miqueas y se levantan cuando han caído.

La batalla por la pureza es una guerra prolongada: es más un maratón que una carrera corta, y la perseverancia es clave para la victoria. John Owen dijo: «El pecado no muere sino siendo debilitado gradual y continuamente; si se le da tregua, sana sus heridas y recupera fuerzas».⁷

Cada vez que dices sí a un pecado, aumentas su poder en tu vida y haces que la siguiente tentación sea más difícil de resistir. Pero cada vez que dices no a un pecado, debilitas su poder y fortaleces tu propia posición. El poder del pecado se debilita poco a poco. Eso significa que debes permanecer en la lucha y ganar más asaltos de los que pierdes.

Piensa en tu búsqueda de pureza como un partido de fútbol. Cada vez que dices no al pecado, haces avanzar el balón; cada vez que dices sí, pierdes terreno y vuelves a la defensa. En todo partido hay momentos de ataque y momentos de defensa, y el juego puede ganarse o perderse en cualquiera de los dos extremos del campo.

Ten siempre cuidado cuando estés avanzando en una ofensiva. Cuando piensas que lo estás haciendo muy bien, el pecado puede arrebatarle el balón y anotar antes de que te des cuenta.

Y recuerda: cuando ya has anotado, es precisamente cuando más necesitas estar firme en la defensa. Cuando estás siendo bendecido de manera especial, el pecado vendrá nuevamente contra ti.

Pero quizá esta sea la lección más importante de esta metáfora del fútbol: cuando el pecado atraviesa tu defensa y anota, no abandones el campo. Este no es el momento de rendirte; es el momento de lanzar una nueva ofensiva contra el pecado en tu vida. Haz avanzar el balón y no te rindas jamás.

7. **Anticipar:** La acción de saber quién eres y regocijarte en lo que serás.

«Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos como Él es» (1 Juan 3:2).

Tu enemigo, el diablo, siempre intentará recordarte quién eras; pero Cristo te dice quién eres: tú has sido perdonado y reconciliado con el Padre; ahora eres un hijo de Dios. El amor del Padre ha sido derramado abundantemente sobre ti; has sido comprado por precio y adoptado en la familia de Dios. Es difícil pecar deliberadamente contra un amor así. Pero hay más. Cuando veas a Cristo, serás como Él. Y Juan añade esta conclusión: «Y todo el que tiene esta esperanza puesta en Él, se purifica, así como Él es puro» (1 Juan 3:3).

Recordar quién eres te ayudará en tu búsqueda de la pureza. Cuando llegue la tentación, puedes decir: «Eso no es lo que soy. Soy un hijo de Dios profundamente amado y por Su gracia seguiré adelante». Asimismo, recordar lo que serás te ayudará cuando hayas fallado. En lugar de caer en el desánimo o en la desesperanza, puedes decir: «Este no es mi final. Pertenezco a Cristo y ningún hijo Suyo termina en fracaso. Un día lo veré y entonces seré como Él; así que, por Su gracia, me levantaré y seguiré adelante».

BUSCA LA PUREZA

Algunas personas tienen la idea de que la pureza es algo que se posee solo cuando eres joven y que se pierde cuando fallas; así es como muchas veces se usa la palabra «pureza». Pero en la Biblia, la pureza no es algo que se pierde, más bien es algo que se gana a medida que creces en la vida cristiana. No es algo que quedó atrás, sino algo que está delante de ti, algo que debe ser buscado y alcanzado.

Así que ve tras la pureza. Sé intencional al practicar cada una de estas siete disciplinas en tu búsqueda de un corazón puro y no dividido. Cuanto más crezcas en pureza, más verás a Dios. Lo verás en Su Palabra y en la adoración; lo verás en tus pruebas y en tus victorias; lo verás en Su pueblo y en Su iglesia.

*«Bienaventurados los
que procuran la paz, pues
ellos serán llamados hijos
de Dios».*

MATEO 5:9

7

RENUNCIO A MIS DERECHOS

EL REGALO DE HACER LA PAZ

El hecho de que la última de las bienaventuranzas que estamos llamados a buscar¹ tenga que ver con hacer la paz nos indica que es un asunto de gran importancia para Dios. Así que no debemos sorprendernos cuando encontremos dificultades para alcanzarla; todos las enfrentaremos.

A lo largo de estos capítulos hemos visto que hay un orden y un progreso en las Bienaventuranzas, y hemos comprobado que a medida que avancemos de aro en aro, el reto será mayor y tendremos que esforzarnos cada vez más. Ahora bien, habiendo llegado a este capítulo, ha llegado también el momento del estiramiento final, el más alto y el más exigente de todos: ser un pacificador en este mundo de conflicto.

El Salmo 55 registra el dolor de David por las relaciones quebrantadas entre el pueblo de Dios. Cuando David dijo: «He visto violencia y rencilla en la ciudad» (Salmo 55:9), se refería a la ciudad de Dios. La intensidad de su dolor radicaba en la violencia y la contienda, que no provenían de los ejércitos invasores, sino que surgían de en medio del propio pueblo de Dios y tenían sus raíces en la misma familia de

David. Absalón, su hijo, reunió a un grupo de personas descontentas que se levantaron en rebelión contra David, hasta el punto de expulsarlo de su palacio en Jerusalén.

CONFLICTO EN LA FAMILIA

David amaba a su hijo, pero no pudo hacer la paz con él. Absalón decidió enfrentarse a su padre y se negó a reconciliarse, de modo que el gran rey lamentó la fractura de su propia familia y la división del pueblo de Dios:

Porque no es un enemigo el que me reprocha, si así fuera, podría soportarlo; ni es uno que me odia el que se ha alzado contra mí, si así fuera, podría ocultarme de él; sino tú, que eres mi igual, mi compañero, mi íntimo amigo; nosotros que juntos teníamos dulce comunión, que con la multitud andábamos en la casa de Dios (Salmos 55:12–14).

Cualquiera que haya enfrentado el sufrimiento de una traición en su matrimonio, en una sociedad comercial o en un ministerio, puede identificarse con las palabras de David: «Aquel ha extendido sus manos contra los que estaban en paz con él, ha violado su pacto. Las palabras de su boca eran más blandas que la mantequilla, pero en su corazón había guerra» (Salmo 55:20–21). La respuesta de David frente a esta traición queda registrada en las siguientes palabras, que hablan a todo creyente que enfrenta el dolor de un vínculo roto que no pudo ser restaurado: «Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará; Él nunca permitirá que el justo sea sacudido» (Salmo 55:22). Thomas Watson dice: «Satanás enciende el fuego de la contienda en el corazón de los hombres y luego se calienta junto a ese fuego». ² Esta imagen nos lleva a reflexionar más profundamente. Satanás enciende el fuego de la contienda, la disputa, el conflicto y la división en el corazón humano y, una vez que enciende las llamas, se deleita en el conflicto que arde dentro de la persona.

LLAMADOS A HACER LA PAZ

Hacer la paz no es opcional para quienes pertenecen a Cristo; es nuestro llamado (1 Corintios 7:15). Eso significa que debemos contribuir a la paz en nuestras familias. Los miembros de tu familia pueden amarse profundamente, pueden estar enfrentados o puede que ni siquiera se hablen. Cualquiera que sea la situación, el llamado de Dios para ti es que, en la medida de tus posibilidades, contribuyas a la paz de tu familia. Si las relaciones en tu familia son saludables, tu llamado es a poner de tu parte para mantenerlas así. Si las relaciones en tu familia se han vuelto disfuncionales, tu llamado es usar la influencia que tengas para mejorarlas.

El mismo principio se aplica en la iglesia. Como miembro de la congregación donde adoras y sirves, Dios te llama a hacer tu parte para conservar «la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:3) y si esa paz se ha perdido, a hacer lo que esté en tus manos para restaurarla. Nuevamente, esto no es una opción; es un llamado. Lo mismo sucede en las relaciones en tu lugar de trabajo, en la escuela y en tu vecindario.

Puesto que la paz es nuestro llamado de parte de Dios, debemos ser intencionales al buscarla. «Hay gozo en los consejeros de paz» (Proverbios 12:20). Por lo tanto, nuestra tarea es considerar las mejores maneras de alcanzar la paz en los lugares donde se ha perdido. Planificar implica sopesar opciones, considerar consecuencias y trazar pasos ordenados en la búsqueda de una meta claramente definida.

La palabra hebrea *shalom* (paz) que se usa en la Biblia es más que la ausencia de conflicto; incluye el disfrute activo de todo lo que es bueno. Al pensar en lo que debes decir y hacer, considera aquello que promueva el mayor bien para tu familia, tu iglesia, tus colegas, tus vecinos y tus amigos.

Una vez que reconocemos que la paz es nuestro llamado y consideramos cómo buscarla, debemos ponerlo en práctica: «Busquen la paz con todos» (Hebreos 12:14). Los pacificadores no se quedan en buenas intenciones; piensan con claridad y actúan con determinación. La

palabra «buscar» comunica esfuerzo, trabajo perseverante y compromiso activo en respuesta al llamado que Dios nos ha dado.

LA PAZ DEL CORAZÓN FLUYE DE UNA VIDA EN PUREZA

El punto de partida para cualquiera que quiera ser pacificador es tener paz en su propio corazón y en su propia vida. Los pacificadores son personas que pueden llevar la paz a otros porque la poseen ellos mismos. Una persona que vive con un conflicto en su interior sin resolver no puede llevar paz a otros.

El conflicto parece seguir a algunas personas. Va *con* ellas porque vive *en* ellas. Lo que tienes por dentro es lo que terminará surgiendo cuando tengas un choque con otras personas. Esta es, sin duda, la razón por la cual los líderes cristianos deben amonestar a quien causa divisiones y si después de una segunda amonestación no responde, apartarse de él (Tito 3:10). El pueblo de Dios debe vigilar a los que causan divisiones y debemos evitarlos (Rom. 16:17). Si te juntas con una persona divisiva, su espíritu contencioso terminará influyéndote. Por eso, evita a las personas divisivas.

A lo largo de este libro hemos visto que las bienaventuranzas forman una secuencia progresiva en la que cada bendición surge de la anterior. En este caso, la bendición de la paz nace directamente de la búsqueda de la pureza. Santiago habla de esta conexión cuando describe la sabiduría que viene de lo alto como «primeramente pura, después pacífica» (Santiago 3:17). Hay un orden definido. La paz del corazón fluye de una vida en pureza.

La pureza de corazón significa querer una sola cosa, y la persona que tiene esta unidad de propósito estará en paz. El impuro, en cambio, tiene un corazón fundamentalmente dividido. Quiere cosas contradictorias al mismo tiempo y mientras este conflicto sin resolver arda en su interior, no tendrá paz.

Santiago desarrolla este tema cuando pregunta: «¿De dónde vienen las guerras y los conflictos entre ustedes?». La respuesta es: «¿No vienen de las pasiones que combaten en sus miembros?» (Santiago 4:1). Las pasiones que «combaten» son el núcleo de la persona divisiva. La persona impura está dividida y por eso con frecuencia se vuelve

divisiva. Si esa persona fuera tras una sola cosa, tendría una forma clara de controlar sus pasiones y la búsqueda de la pureza la conduciría a la paz. Pero sin pureza, no se puede encontrar la paz. Por eso la Biblia dice: «No hay paz para los impíos» (Isaías 57:21). El malvado no puede tener paz porque no tiene pureza. Cuanto más persigas la pureza, más disfrutarás de la paz; y cuanto más cedas ante la impureza, más conflictivo e inestable te volverás.

PORQUÉ LOS PACIFICADORES SON LLAMADOS HIJOS DE DIOS

Los «hijos de Dios» son aquellos que reflejan Su semejanza. Cuando vemos que el carácter, los hábitos o la conducta de un padre se reproducen en su hijo, decimos: «De tal padre, tal hijo» o «De tal palo, tal astilla». De manera similar, cuando una persona nace de Dios, la semejanza con su Padre celestial comienza a reflejarse en su vida y eso se hace visible, especialmente al hacer la paz.

Los pacificadores son llamados hijos de Dios por cuatro razones. En primer lugar, *los pacificadores son semejantes a su Padre, quien tiene paz en Sí mismo*. Él es «el Dios de paz» (Romanos 15:33; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 13:20). En Dios no ha existido en ningún momento la más mínima tensión o conflicto. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno en propósito y uno en amor.

Nuestro Señor Jesucristo es llamado «Príncipe de Paz» (Isaías 9:6). Cuando Jesús vino al mundo, los ángeles proclamaron: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz» (Lucas 2:14). La Biblia dice que Cristo es «nuestra paz» (Efesios 2:14). Él vino al mundo para hacer la paz, y lo hizo derramando Su sangre en la cruz (Colosenses 1:19–20).

De manera semejante, el Espíritu Santo es el Espíritu de paz. Mateo nos dice que cuando Jesús fue bautizado, el Espíritu de Dios descendió sobre Él «como una paloma» (Mateo 3:16), que es un símbolo de paz.

Cuando Jesús se apareció a Sus discípulos después de la resurrección, les dijo: «Paz a ustedes; como el Padre me ha enviado, así también Yo los envío» (Juan 20:21). Luego sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo» (Juan 20:22).

Las conexiones son claras: el gran Pacificador da paz a Sus discípulos para que, por medio del evangelio, puedan llevar a otros lo que ellos mismos han recibido en el poder del Espíritu Santo.

En segundo lugar, *los pacificadores son semejantes a Dios porque renuncian a sus derechos*. Dios el Hijo no se aferró a lo que era Suyo por derecho, por el contrario, dejó el cielo y vino al mundo por nosotros para hacer la paz. Martyn Lloyd-Jones dice: «Si Dios hubiera insistido en Sus derechos y en Su dignidad, en Su propia persona, cada uno de nosotros [...] habría sido condenado al infierno y a la perdición absoluta».³

Vivimos en un mundo que habla constantemente de derechos y puede haber ocasiones en las que sea apropiado insistir en ellos. Sin embargo, en una situación de conflicto, antes de exigir tus derechos, recuerda que, si Dios hubiera insistido en los Suyos, tú estarías en el infierno para siempre y también todos los demás. No se hace la paz aferrándose a los propios derechos.

En tercer lugar, *los pacificadores son semejantes a Dios porque avanzan hacia el conflicto*. Una vez escuché a un consejero decir que, a la hora de enfrentar un conflicto, es importante «acercarse al perro que ladra». No sé tú, pero ¡esa nunca sería mi inclinación! Si un perro está ladrando, mi instinto es retroceder. Pero cuando el mundo le ladraba a Dios, Él no retrocedió, se acercó a nosotros, aun sabiendo que eso lo conduciría a la cruz.

Hacer la paz no significa evitar el conflicto. De hecho, los pacificadores muchas veces generan gran oposición en la búsqueda de la paz. Creo que a esto se refería Jesús cuando dijo: «No vine a traer paz, sino espada» (Mateo 10:34). Cristo vino para hacer la paz entre los hombres y Dios; avanzó hacia el problema, pero cuando vino, el conflicto se intensificó. Esa suele ser también la experiencia de un pacificador.

Hacer la paz no es tarea para los cobardes; requiere valentía. Puede ser la labor más peligrosa del mundo, para Jesús significó entregar Su vida.

En cuarto lugar, *los pacificadores son semejantes a Dios porque aman antes de ser amados*. Pablo lo expresa así: «Pero Dios demuestra Su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

Al considerar todo esto, puede que sientas, como yo, que cualquier semejanza entre nosotros y el Señor es realmente muy pequeña. Esto, por supuesto, es cierto en lo que respecta a nuestra búsqueda de todas las bienaventuranzas. Nuestro progreso en la pureza, nuestra misericordia hacia los demás, nuestra hambre de justicia, nuestra sumisión a la voluntad de Dios, nuestro llanto por el pecado y nuestra conciencia de nuestras propias necesidades están muy lejos de lo que quisiéramos que fueran, y mucho más lejos aún de lo que Dios nos llama a ser.

Podemos crecer y progresar, pero hasta el final de nuestras vidas seguiremos siendo pecadores que dependen de la gracia y la misericordia de Dios. En este sentido, encuentro muy útil considerar los objetivos, los límites y las posibilidades del progreso en la vida cristiana.

OBJETIVOS, LÍMITES Y POSIBILIDADES

Hace muchos años encontré un pequeño libro del obispo Handley Moule titulado *Thoughts on Christian Sanctity* (Reflexiones sobre la santidad cristiana).⁴ No es el título más atractivo, pero en el siglo XIX las personas eran lo suficientemente sabias como para escoger libros por el autor más que por el título. Siempre estaré agradecido con el mentor que me dijo: «Importa más a *quién* lees que *lo que* lees». Lee a autores que sigan a Dios con determinación.

La palabra «santidad», en el título de Moule, se relaciona con la santificación o el crecimiento en la vida cristiana, que es el tema principal de ese libro. La santificación es un camino en el que todo cristiano progresa, pero que ninguno completa en esta vida. A lo largo de los años, he conocido a más cristianos preocupados por la santificación que por cualquier otra doctrina cristiana. Algunos no progresan porque no tienen una visión clara de cómo podrían cambiar o en qué podrían convertirse. Otros entienden claramente lo que Dios les llama a ser, pero se sienten abrumados por su propia falta de progreso. Por eso, esta es un área en la que necesitamos tener urgentemente un pensamiento bíblico equilibrado, y eso fue lo que recibí del obispo Moule.

El primer capítulo de su libro se titula: «Objetivos, límites y posibilidades», bajo el apartado «Objetivos», Moule escribió: «No es nada menos que el objetivo supremo del evangelio cristiano que seamos

santos».⁵ En concreto, Moule dice que nuestro objetivo es «desplaza [...] al yo del trono interior y entronizarlo a Él; no hacer el más mínimo compromiso con el más pequeño de los pecados; caminar con Dios todo el día; permanecer cada hora con Cristo [...] amar a Dios con todo el corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos».⁶ Estos son los objetivos, pero los buscamos sabiendo que habrá límites en lo que podremos realmente alcanzar. Aquí Moule dice:

No me refiero a que haya límites en nuestros objetivos, porque no debe haber ninguno; ni a que haya límites en la gracia divina, porque tampoco los hay. Me refiero a que sí hay límites, cualquiera que sea su causa, en lo que realmente alcanzamos de la santidad cristiana. Habrá límites hasta el final, y serán límites muy humillantes, verdaderas deficiencias. Hasta el último día, será un pecador quien camine con Dios.

David conoció los dolorosos límites de su esfuerzo por hacer la paz cuando descubrió que a pesar de intentar todo lo posible, no pudo reconciliarse con su propio hijo. Habrá límites en nuestro esfuerzo por hacer la paz, como también los habrá en nuestra pureza, nuestra misericordia, nuestra justicia, nuestra mansedumbre, nuestro llanto y nuestra humildad en este mundo. Por eso Pablo dice: «Si es posible, en cuanto de ustedes dependa, estén en paz con todos» (Romanos 12:18). Habrá situaciones en las que no podrás hacer la paz, pero no dejes que eso te impida intentarlo. No abandones el camino solo porque creas que no llegarás hasta el final.

Eso nos lleva a las posibilidades. Aquí Moule explica que, mediante el poder del Señor, sí es posible vivir una vida en la que las promesas de Dios se hagan realidad; encontrar paz en medio de la presión al poner toda ansiedad sobre Él; ver nuestros afectos y pensamientos purificados por la fe; y reconocer la voluntad de Dios en todo, «no con un suspiro, sino con un canto».

Los objetivos, los límites y las posibilidades nos ofrecen un buen marco para entender la vida cristiana. Si olvidas los límites, te encontrarás reprochándote constantemente por tu falta de progreso. Si pierdes de vista las posibilidades, terminarás aceptándote tal como eres y tendrás poco

progreso. Esto es lo que necesitas para mantener un enfoque bíblico y equilibrado de la santificación: ¡Abraza el objetivo, reconoce los límites y persigue las posibilidades!

Todo esto está bellamente expresado en una oración de Robert Murray M'Cheyne: «Señor, hazme tan santo como sea posible para un pecador perdonado». ⁷ Cuando se trata de hacer la paz, podrías orar: «Señor, permíteme llevar la paz hasta donde sea posible para un pecador perdonado en este mundo caído». ⁸ Moule también ofrece una oración útil: «Tú, Señor, que conoces mi corazón, con todos sus deseos y todas sus necesidades, muéstrame lo que eres capaz de hacer con él y haz lo que eres capaz de hacer, por Jesucristo. Amén». ⁹

SIETE TÁCTICAS PARA LOS PACIFICADORES

Así que quieres ser un pacificador. ¿Cómo podrías conseguirlo? ¿Cómo se ve hacer la paz en la práctica y cómo se busca de la mejor manera? Aquí tienes siete tácticas que puedes aplicar en tu búsqueda de la paz.

1. Reconoce dónde está el problema.

«Curan a la ligera el quebranto de Mi pueblo, diciendo: “Paz, paz”, pero no hay paz» (Jeremías 6:14).

En los días de Jeremías, como ocurre en la actualidad, había personas que se ganaban la vida diciéndoles a otros que todo estaba bien; decían lo que la gente quería oír. El efecto de su ministerio era como poner una curita sobre una herida infectada; sanaban superficialmente las heridas del pueblo de Dios y eso empeoraba el problema.

Hacer la paz no significa evitar el conflicto. No es «cualquier cosa con tal de tener una vida tranquila». Evitar conflicto es posponerlo y, por ende, este se empeora. Kent Hughes considera que evitar el conflicto es «una tendencia particularmente masculina». Hablando del matrimonio y la familia, Hughes escribe: «Incluso en nuestras relaciones más íntimas, los hombres tienden a actuar como si todo estuviera bien cuando no lo está, con frecuencia evitan la realidad porque desean paz. No obstante, su

evasión solo cura la herida superficialmente y prepara el camino para mayores dificultades». ¹⁰

Hacer la paz comienza con la honestidad y la valentía necesarias para reconocer un problema y enfrentarlo; sin esto, no puede haber progreso. Cuando Dios hace la paz con una persona, comienza despertándola a la realidad de que existe un problema en su relación con Él. Piensa en cómo sucedió esto en tu propia vida: en algún momento llegaste a ver que las cosas no estaban bien entre tú y Dios. Esa fue la obra del Espíritu de Dios y fue el comienzo de Su obra de reconciliación en tu vida. Por eso, el primer paso para hacer la paz es admitir que hay un problema y tener la valentía de enfrentarlo.

2. Aborda el conflicto con prontitud.

«El comienzo del pleito es como el soltar de las aguas; deja, pues, la riña antes de que empiece» (Proverbios 17:14).

Durante mi infancia, recuerdo haber ido a un campamento en el campo escocés. Un día decidimos construir una represa en un arroyo que bajaba por la colina, cerca del lugar donde nos hospedábamos. La idea era sencilla: bloquear el arroyo para formar un estanque lo suficientemente profundo como para nadar. Nos tomó tiempo reunir las piedras y colocarlas en su lugar, pero finalmente la represa quedó terminada. ¡Éxito! El estanque se formó y el nivel del agua comenzó a subir.

Era momento de prepararnos para nadar, pero había un problema. Un pequeño hilo de agua encontró un paso entre las piedras. Pronto ese hilo desplazó algunas piedras pequeñas, dejando pasar más agua, que luego tuvo la fuerza para mover piedras más grandes. Lo que comenzó como un pequeño hilo terminó en una inundación. La represa fue arrasada, el estanque se vació y todo nuestro trabajo se perdió.

Ese es el cuadro que Dios nos presenta en Proverbios: el comienzo de la contienda es como ese primer hilo de agua. Toda relación que termina en amargura tuvo un momento en el que la contienda se abrió paso. Puede que las personas involucradas no lo noten, pero siempre hay un instante en que todo comienza. Puede ser la primera palabra áspera, la primera herida o el primer momento de desconfianza. Tal vez no parezca gran cosa en ese momento, pero el final ya está contenido en el principio.

Más tarde, quienes participaron reconocen que, si pudieran volver atrás y empezar de nuevo, el resultado podría haber sido distinto.

Pero no puedes volver atrás, así que afronta el conflicto desde el principio. No permitas que pequeños resentimientos echen raíces porque, si lo haces, esos resentimientos crecerán. El comienzo de la contienda es como dejar salir el agua; por eso, detente antes de que estalle la disputa.

3. Practica la contención, especialmente con tu lengua.

«Cada uno sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para la ira» (Santiago 1:19).

La autoexpresión es uno de los ídolos predominantes en nuestra cultura. «¡Tengo que decir lo que pienso y lo que siento!». ¿De verdad? ¿Estás seguro de que *tienes que hacerlo*? ¿Qué pasaría si no lo hicieras?

Los pacificadores practican la contención. Cuando una relación está bajo tensión, puede haber momentos en los que te sientas tentado a descargarle con la otra persona. Sin embargo, si eres un pacificador, te contendrás. Reconocer un problema y tener el valor de enfrentarlo no significa desahogarse dejando salir todas las frustraciones, decepciones y quejas acumuladas. Con demasiada frecuencia he visto fracasar intentos de reconciliación porque una de las partes sintió que debía exponer un historial de errores y agravios acumulados.

Si Dios se desahogara de una sola vez por todas las maneras en que le has ofendido, quedarías completamente devastado. Pero Dios no actúa así. Él te revela tus pecados y fallas de manera lenta, gradual y progresiva a lo largo del tiempo. Lo hace de esta manera porque es el gran Pacificador y porque está lleno de gracia y de verdad.

Deja que la manera en que Dios ha tratado contigo te sirva como guía en tu búsqueda de la paz con los demás. Practica la contención, *especialmente* con tu lengua. Incluso en una confrontación honesta, no necesitas descargarlo todo; si eres un pacificador, no lo harás.

4. Prepárate para un largo camino.

«Busque la paz y sígala» (1 Pedro 3:11).

Si tomas en serio el llamado a ser un pacificador, es posible que debas prepararte para un largo camino. No siempre será así. Si el problema se reconoce a tiempo, la paz se puede restaurar con prontitud. Pero si eres llamado a ser pacificador en una situación donde las heridas son profundas, debes estar dispuesto a perseverar.

Cuando Pedro usa la palabra «busque», nos indica que la paz no siempre será fácil de encontrar, y cuando nos dice «sígala», nos recuerda que la paz a veces parece estar lejana y que, para alcanzarla, tendremos que permanecer en el camino. Hacer la paz es un proceso, no un evento.

Cuando Dios hizo la paz con nosotros buscó y siguió a los que «estaban lejos» (Efesios 2:13). Piensa en la distancia del camino que Dios recorrió para estar en paz con nosotros. La raíz de nuestra separación de Dios se remonta a nuestros primeros padres, quienes pecaron en el huerto del Edén y nos transmitieron esta inclinación a pecar. Nacimos en un mundo hostil hacia Dios, y esa hostilidad está en nosotros por naturaleza.

El proceso mediante el cual Dios hace la paz contigo se remonta al principio del tiempo. Incluyó todas las promesas del Antiguo Testamento, toda la obra de redención de Israel y todo el ministerio de los profetas. Incluyó también la venida de Cristo al mundo, el cumplimiento perfecto de todo lo que Dios exige, Su muerte expiatoria como sacrificio por tus pecados, Su resurrección y Su ascensión al cielo. Incluyó además el envío del Espíritu Santo, quien te despertó a tu necesidad de Cristo, te hizo nacer de nuevo, aplicó a tu vida la eficacia de la sangre purificadora de Jesús y te adoptó como hijo en la familia de Dios. ¡Ese fue un largo camino!

Dios ha sido perseverante en la búsqueda de la paz con nosotros, y los pacificadores reflejan Su misma persistencia.

5. Da un paso hacia la paz.

«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber» (Romanos 12:20).

Hacer la paz puede ser un largo camino, pero incluso un camino largo comienza con un solo paso. Cuando Pablo habla de «tu enemigo», describe una relación en la que la paz parece estar muy lejos. Tu enemigo te mira con hostilidad y puede no mostrar ningún interés en reconciliarse

contigo. Si la otra persona no tiene interés en hacer la paz, ¿qué puedes hacer tú?

Incluso tu enemigo tiene necesidades. Pablo describe una situación en la que tu enemigo tiene necesidad de alimento. Tiene hambre. Eso te da la oportunidad de mostrar bondad al darle algo de comer. El principio es sencillo: cuando la paz parece distante, piensa cuál podría ser un pequeño paso en la dirección correcta.

¿Qué podrías hacer que sea bien recibido por la persona que es hostil contigo? ¿Hay algún acto de bondad que puedas mostrarle, alguna señal de buena voluntad que puedas darle? ¿Cuál sería un paso que mejore la situación, un paso que haga posible otro paso?

Durante años me ha fascinado la historia de la Crisis de los Misiles en Cuba, un momento en que el mundo estuvo al borde de un holocausto nuclear. En 1962, dos grandes naciones estaban frente a frente, con poderosos arsenales nucleares a ambos lados. La Unión Soviética había instalado misiles nucleares en Cuba, a solo noventa millas de las costas de Estados Unidos. Estados Unidos impuso un bloqueo naval a la isla y advirtió que habría un ataque militar si los misiles balísticos no eran desmantelados. El mundo contuvo el aliento y observó. Hasta hoy, la crisis de los misiles sigue siendo uno de los momentos más peligrosos en la historia del mundo.

La gran pregunta en el centro de la Crisis de los Misiles era sencilla: ¿Qué podía hacerse para iniciar un proceso que permitiera la disminución del conflicto? ¿Cuál sería un paso que pudiera aliviar la tensión y permitir que la otra parte respondiera alejándose del borde de la destrucción mutua?

Ahora piensa en una situación de conflicto en tu propia vida. ¿Cuál sería un paso que tú podrías dar para hacer posible que la persona o las personas con quienes estás en conflicto den otro paso hacia la paz?

6. Apunta a la humildad, no a la humillación.

«Y hallándose en forma de hombre, se humilló Él mismo»
(Filipenses 2:8).

Dios procura la paz no mediante un triunfo de poder, sino mediante un triunfo de amor. Él nos gana porque nos llama y nos atrae, y lo hace a

pesar de toda Su rectitud y toda nuestra maldad. Eso requirió una humildad extraordinaria. Cristo se humilló tomando forma humana y por si eso no fuera poco, se humilló sirviendo a otros en lugar de buscar ser servido, lo cual en realidad era Su derecho.

Hacer la paz siempre exige humildad. Cuando Dios dio la ley, Su voz tronó desde el Sinaí. El efecto de ese estruendo fue tal que el pueblo sintió miedo y se mantuvo a distancia. Si Cristo no hubiera venido, esa seguiría siendo nuestra condición: una completa separación de un Dios absolutamente justo.

Descargar todo lo que piensas en correos electrónicos airados o en discursos encendidos no te acercará a la paz. La comunicación impersonal rara vez conduce a la reconciliación personal. Cuando Dios hizo la paz, vino a nosotros en Jesucristo, vino en carne y habló con Sus enemigos cara a cara. No vino con una exhibición de fuerza, sino que eligió hacerse vulnerable. Piensa en tu propia experiencia al venir a Cristo: ¿no fue Su amor lo que te atrajo? Cuando acudiste a Él, no restregó tu rostro en el polvo de tu fracaso; te perdonó y te recibió. Eso es lo que hacen los pacificadores.

Los pacificadores apuntan a la humildad, pero nunca a la humillación. Cuando estás sufriendo un agravio es importante preguntarte cómo debes responder. ¿Quisieras buscar venganza o reivindicación? ¿Quisieras hacer la paz? Si quieres ver humillado en el polvo a quien te hirió, aún no estás listo para ser un pacificador. Si tu meta es demostrar que tienes razón en lo que dijiste o hiciste, todavía no estás listo para hacer la paz.

En su libro sobre la Crisis de los Misiles en Cuba, Robert Kennedy cita las palabras de su hermano, el presidente John F. Kennedy, en el punto más crítico de la crisis, el 26 de octubre de 1962: «Si alguien queda con vida para escribir después de esto, entenderá que hicimos todo lo posible por encontrar la paz y [...] dar espacio a nuestro adversario. No voy a presionar a los rusos ni un centímetro más allá de lo necesario»¹¹.

La meta del presidente era la paz, no la reivindicación ni la venganza. Si hubiera querido reivindicación, podría haber exigido una admisión pública de culpa. Si hubiera querido venganza, tenía suficiente poder militar para lograrlo. Sin embargo, al mantener la paz como objetivo, evitó desviarse por caminos mortales y sin salida.

Después de trece días llenos de tensión, la crisis finalmente se resolvió. Robert Kennedy registra: «cuando todo terminó [...], él [el presidente] instruyó a todos los miembros del gobierno para que no se concediera ninguna entrevista ni se hiciera ninguna declaración que reclamara algún tipo de victoria»¹². ¿Por qué? Porque los pacificadores apuntan a la humildad, pero nunca a la humillación.

7. Encomienda a Dios la injusticia que has sufrido.

«Porque esto halla gracia, si por causa de la conciencia ante Dios, alguien sobrelleva penalidades sufriendo injustamente» (1 Pedro 2:19).

En algún momento de tu vida experimentarás el dolor que se siente cuando eres menospreciado, tratado injustamente, ignorado o cuando no valoran lo que haces. Es doloroso recibir mal por bien, entregarte a otros y recibir heridas a cambio. Cuando sufres injustamente, necesitas saber que Jesús estuvo allí. Nadie fue más agraviado ni vio sus derechos más ignorados o pisoteados que tu Salvador.

Sin embargo, Cristo fue el gran pacificador y soportó los males y las injusticias cometidas contra Él como un ejemplo para nosotros, para que «sigan Sus pasos» (1 Pedro 2:21). Aquí conviene detenerse y reflexionar, pues Dios nos está mostrando cómo actúan los pacificadores cuando son agraviados, provocados o heridos.

Primero, «cuando lo ultrajaban, no respondía ultrajando» (1 Pedro 2:23). Ultrajar implica usar un lenguaje degradante. Cristo fue objeto de lo que hoy llamaríamos abuso físico y verbal. La gente lo insultó, lo escupió y lo provocó. Pero cuando Él fue ultrajado, no respondió al ultraje, porque Él vino a hacer la paz.

Cuando alguien te habla de manera despectiva o insultante, tu primer impulso puede ser responder de la misma forma. Sin embargo, Pedro nos dice que Cristo nos dejó un ejemplo precisamente en este punto para que sigamos Sus pasos (1 Pedro 2:21). Los pacificadores absorben los insultos y se abstienen de devolverlos.

Segundo, «cuando padecía, no amenazaba» (1 Pedro 2:23). Los soldados azotaron a Jesús, infligiéndole un dolor inimaginable. Él era el Hijo de Dios y todo juicio le había sido confiado por el Padre. Él podría

fácilmente haber amenazado con juicio a Sus enemigos, pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque vino a hacer la paz.

¿Cómo pudo Cristo actuar así? ¿Y cómo es posible que personas comunes como tú y yo hagamos lo mismo? Cristo «se encomendaba a Aquel que juzga con justicia» (1 Pedro 2:23). Encomendarte a Dios significa dejar en Sus manos la injusticia, en lugar de intentar defenderte por tu cuenta.

Observa que Jesús continuaba encomendándose al Padre durante las horas agonizantes en la cruz. Cuando eres agraviado, la presión por buscar tu propia vindicación volverá una y otra vez. La única manera de responder es seguir encomendándote a Dios, quien juzga con justicia.

Jesús pudo hacer lo más difícil porque confiaba en el Padre para Su propia vindicación y sabía que ningún mal podría frustrar los propósitos del Padre para Su vida: «Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz» (1 Pedro 2:24). Esta es una de las declaraciones más profundas sobre la expiación en toda la Biblia. Describe el misterio de lo que Cristo hizo por nosotros y lo que solo Él podía hacer. Sin embargo, incluso en la singularidad de Su obra como portador de nuestros pecados, se nos dice que hay un ejemplo para nosotros (1 Pedro 2:21).

Cuando Cristo llevó nuestros pecados, absorbió el dolor de lo que le hicimos sin devolverlo. Esto es, nuevamente, lo que hacen los pacificadores. Los conflictos se intensifican cuando quienes han sido heridos responden con represalia y esta provoca otra reacción. La única manera de romper ese ciclo creciente es que alguien absorba el dolor en lugar de transmitirlo. Alguien debe decir: «Esto se detiene aquí».

Eso es lo que Cristo, el gran pacificador, hizo por nosotros. Jesús sabía que su vindicación estaba en Dios y confiando en Él para el resultado final, rompió el ciclo interminable de violencia y venganza al cargar con nuestros pecados y absorber el dolor.

Pablo habla de llegar a ser semejantes a Cristo en Su sufrimiento y Pedro explica aquí lo que eso significa. Ser como Cristo en el sufrimiento implica que cuando eres ultrajado, no respondas de la misma manera y cuando padeces, no amenaces. La única forma en que esto es posible es confiar la injusticia que has soportado, la pérdida que has sufrido y el dolor que has experimentado en las manos de Dios tu Padre. Cuando sabes que tu vindicación está en Él y que ningún mal puede frustrar el

cumplimiento de Sus propósitos para tu vida, podrás absorber el dolor en lugar de transmitirlo. Al hacerlo, te convertirás en un pacificador.

«Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados serán cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí. Regocíjense y alégrense, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande».

MATEO 5:10–12

8

ASUMO EL COSTO

EL PRECIO Y LA RECOMPENSA
DE UNA VIDA PIADOSA

La octava bienaventuranza es distinta de todas las demás. Las primeras siete describen la vida que Dios nos llama a buscar: debemos cultivar una pobreza de espíritu que se lamenta por nuestros pecados y se somete con mansedumbre a la voluntad de Dios. Estas raíces producirán hambre y sed de justicia, y donde esta vida crece, el fruto de misericordia, pureza y paz seguirá. Debemos ir tras estas cosas y buscarlas con pasión. Nunca podremos tener demasiado de ellas.

La última bienaventuranza es diferente porque describe el resultado de esa clase de vida. ¿Qué debes esperar a medida que avanzas en la búsqueda de la piedad? Nuestro Señor identifica dos resultados: serás perseguido por el mundo y tendrás una gran recompensa en el cielo.

La persecución por causa de la justicia comenzó en la primera familia. Adán y Eva tuvieron dos hijos y como cualquier padre, habrían esperado que ambos crecieran siendo los mejores amigos. Pero Caín se levantó contra su hermano y lo mató porque «sus obras eran malas, y las de su hermano justas» (1 Juan 3:12). Así, Abel fue muerto por causa de la justicia. Murió porque Caín, cuyas obras eran malas, odiaba la luz que veía en la vida de su hermano. El segundo hombre que nació en el mundo murió a manos del primero y su sangre fue derramada por causa de su fe.

DE MOISÉS A PABLO — TODOS PERSEGUIDOS

Este acoso y persecución contra los creyentes no terminó con Abel. José fue perseguido por sus hermanos y más tarde fue arrojado a la cárcel por buscar la pureza en casa de Potifar (Génesis 37; 39); Moisés fue rechazado por el pueblo que guiaba (Éxodo 17); Elías fue despreciado y perseguido (1 Reyes 18–19); Nehemías fue rechazado y difamado (Nehemías 4); Jeremías fue arrojado a una cisterna (Jeremías 38); Daniel fue enviado al foso de los leones (Daniel 6) y sus tres amigos fueron lanzados a un horno de fuego (Daniel 3).

En el Nuevo Testamento, Juan el Bautista fue decapitado (Mateo 14); Esteban fue apedreado (Hechos 7); Pedro y Juan fueron encarcelados (Hechos 12; Apocalipsis 1) y Pablo soportó una serie incesante de persecuciones a lo largo de todo su ministerio (2 Corintios 11:16–33).

El antagonismo que se concentró primero en los líderes de la iglesia primitiva se extendió también a la vida de sus miembros. Pablo escribió a la congregación en Filipos: «Porque a ustedes se les ha concedido por amor de Cristo, no solo creer en Él, sino también sufrir por Él» (Filipenses 1:29). A la iglesia en Tesalónica, que nació en medio de la persecución, les dijo: «Por lo cual nosotros mismos hablamos con orgullo de ustedes entre las iglesias de Dios, por su perseverancia y fe en medio de todas las persecuciones y aflicciones que soportan» (2 Tesalonicenses 1:4).

De la misma manera, Pedro, escribiendo a los creyentes dispersos en Ponto, Galicia, Capadocia, Asia y Bitinia, les dice: «Amados, no se sorprendan del fuego de prueba que en medio de ustedes ha venido para probarlos, como si alguna cosa extraña les estuviera aconteciendo» (1 Pedro 4:12).

Por tanto, cuando seas enfrentado, acosado, menospreciado, calumniado o incluso perseguido físicamente por causa de tu búsqueda de una vida piadosa, no deberías preguntarte: ¿Por qué me está pasando esto? Sufrir por ser cristiano es algo normal y debemos esperarlo. Esta es la experiencia común de nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo (1 Pedro 5:9), y «todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos» (2 Timoteo 3:12).

LAS RAÍCES DE LA PERSECUCIÓN

Las raíces de la persecución surgen de la hostilidad del corazón humano hacia Dios. La naturaleza pecaminosa es enemiga de Dios (Romanos 8:7). No es neutral, ¡es hostil! Los pecadores odian a Dios y cuando el pueblo de Dios crece a Su semejanza, también será odiado. Aquel que es la imagen perfecta de Dios, la representación exacta de Su ser, sufrió más que cualquier otro al venir al mundo. Y Jesús dijo a Sus discípulos: «Un siervo no es mayor que su señor. Si me persiguieron a Mí, también los perseguirán a ustedes» (Juan 15:20).

Cuando el pueblo de Dios está frío, confundido y espiritualmente acomodado, reflejando muy poco del carácter de su Padre, el mundo suele ignorarlo. Pero cuando los cristianos se toman en serio la búsqueda de la justicia, la misericordia, la pureza y la paz, incomodan profundamente a las personas impías y pronto encontrarán oposición.

Aquellos que practican el mal odian la luz (Juan 3:20). Por eso, si la luz está en ti, no esperes ser amado por el mundo. El pecador tiene que silenciar su conciencia para seguir resistiéndose a Dios; pero le resulta más difícil continuar resistiéndose si tú procuras vivir una vida piadosa, porque la luz de Cristo, que el pecador evita, se refleja en tu vida. Así que no esperes que te agradezcan por vivir una vida piadosa en los negocios, en la industria o en la educación. En el mejor de los casos, el mundo tolera con cierta sospecha a los cristianos; en el peor de los casos, los persigue con abierta hostilidad.

Es difícil tener cifras exactas de los cristianos que son perseguidos por profesar abiertamente su fe en Cristo. Una de las estimaciones más conservadoras señala que casi cuatro mil creyentes en todo el mundo son asesinados cada año por causa de su fe. Eso equivale a aproximadamente diez cristianos asesinados cada día. Otras formas de violencia —como golpizas, secuestros, violaciones, arrestos y matrimonios forzados— se cometen regularmente contra cristianos, además de la destrucción de más de dos mil quinientas propiedades cada año, que pertenecen a cristianos.¹

Para la mayoría de nosotros, el costo de seguir a Cristo no llegará al punto de tener que entregar nuestras vidas, ser encarcelados o sufrir violencia física. Thomas Watson distingue útilmente dos formas de persecución: la persecución física, que puede implicar intimidación,

violencia e incluso la muerte; y la persecución verbal, a la que nuestro Señor se refiere al decir: «cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí» (Mateo 5:11).

La persecución verbal puede incluir insultos, falsas acusaciones, calumnias y burlas. Comienza desde edades tempranas. Si en la escuela preparatoria eres conocido como cristiano, debes esperar oposición. Si estás comprometido con el camino de pureza y te abienes de la experimentación sexual, que se ha convertido en parte normal de la cultura estudiantil, las personas te considerarán extraño e incluso podrán burlarse de ti.

¿DEBO QUEDARME O DEBO IRME?

La forma más fácil de evitar el dolor, los problemas, el conflicto o la oposición es marcharse tan pronto como surjan. Aunque esta pueda ser tu primera reacción, la enseñanza de Jesús en esta octava bienaventuranza debería llevarte a ser más cauteloso a la hora de responder automáticamente a este impulso.

Al comentar sobre nuestra cultura de elecciones, Ajith Fernando dice:

De algún modo, parece haberse instalado la idea de que, si estás sufriendo, es porque estás haciendo algo mal. El problema lo agrava la movilidad de las personas acomodadas de hoy en día. A medida que la gente cambia constantemente de trabajo, de vecindario y de iglesia, los compromisos a largo plazo se están convirtiendo en un fenómeno culturalmente poco común. Las personas se han acostumbrado a trasladarse de un lugar a otro según su conveniencia, buscando mayores oportunidades de productividad o escapando del sufrimiento y de las relaciones incómodas. Sin embargo, perseverar en medio de la incomodidad, esforzarse por ser productivo a pesar de muchas dificultades, asumir el sufrimiento y mantenerse firme en relaciones difíciles son factores que, juntos, dan lugar a una gran misión.²

Esta advertencia es sin duda, sabia y perspicaz. Marcharse cada vez que aparece algún problema en el horizonte es una fórmula para la inmadurez espiritual permanente. Nada de valor se ha obtenido jamás sin avanzar a través de la dificultad; por eso no tomes la oposición, la presión, la frustración, la decepción o el miedo como señal de que ha llegado el momento de irte. Peter Marshall lo expresó bien: «Los robles crecen fuertes con vientos contrarios y los diamantes se forman bajo presión»³.

Pero ¿es correcto buscar un camino más fácil? Si tus hijos son acosados en la escuela, ¿deberías retirarlos del programa? Si enfrentas conflictos en el trabajo, ¿es momento de cambiar? ¿Habrá momentos en los que sea correcto huir de la persecución? Si es así, ¿cuándo y cómo podrías saberlo? Estas son preguntas complejas y a medida que los cristianos enfrentan una creciente hostilidad, habrá una necesidad cada vez mayor de un consejo sabio y bíblico.

El punto de partida es la instrucción clara que nos da nuestro Señor: «Miren, Yo los envío como ovejas en medio de lobos; por tanto, sean astutos como las serpientes e inocentes como las palomas» (Mateo 10:16). Observa que Cristo no dice: «El mundo es como una manada de lobos dispuestos a destrozarte, así que adelante, deja que lo hagan». Más bien, nos enseña que ante la hostilidad y el peligro que enfrentaremos en el mundo, debemos ser astutos como serpientes e inocentes como palomas. «Astutos como serpientes» significa que debemos ser hábiles, aprendiendo a hablar y actuar frente a las amenazas y los peligros que podamos enfrentar; mientras que «inocentes como palomas» significa que debemos cuidarnos de no hablar ni actuar de un modo que provoque innecesariamente a los demás ni dé lugar a que nos hagan daño.

Cristo también les dio a Sus discípulos gran libertad cuando enfrentaron oposición: «Cuando los persigan en esta ciudad, huyan a la otra» (Mateo 10:23). En una ocasión, al comienzo del ministerio de Jesús, los habitantes de Nazaret lo llevaron hasta la cumbre de un monte para arrojarlo por un precipicio. En lugar de entregarse a ellos, Jesús pasó «por en medio de ellos» y «se fue» (Lucas 4:30). Nuestro Señor solo podía morir una vez, pero antes de entregar Su vida allí, le quedaba todavía una obra por cumplir. De manera que en el Señor vemos tanto la disposición a dar Su vida como la disposición a retirarse a un lugar más seguro. Tanto la vida como las enseñanzas del Salvador dejan claro que hay momentos

en los cuales los cristianos deben mantenerse frente al conflicto y momentos en que deben retirarse.

Pero ¿cómo discernir cuál es el momento apropiado? ¿Cómo saber cuándo debes mantenerte firme ante la oposición y cuándo debes marcharte a causa de ella?

El sabio consejo de John Bunyan

John Bunyan (1628–1688) aborda esta cuestión en su libro *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers* [Consejo oportuno, o advertencia para los que sufren]. Bunyan sabía lo que era enfrentarse a la persecución y después de tomar decisiones difíciles en ese contexto, estaba en buena posición para ofrecer este consejo.

Bunyan vivió durante el reinado de Carlos II (1660–1685), un período que resultó especialmente difícil para los ministros bautistas, congregacionalistas y otros ministros independientes, así como para sus iglesias en Gran Bretaña. Carlos deseaba crear una estructura eclesiástica unificada en todo el país y con ese propósito, exigió que todos los ministros fueran ordenados por obispos anglicanos y que todas las congregaciones llevaran a cabo sus cultos conforme a la liturgia de la Iglesia de Inglaterra. Aquellos que como John Bunyan se negaban a someterse a esta exigencia eran conocidos como «no conformistas».

Bunyan fue arrestado en noviembre de 1660 mientras predicaba a un grupo de creyentes reunidos en una granja cerca de Bedford. Algunos amigos se ofrecieron a pagar su fianza, pero cuando supieron que las condiciones de su liberación incluían que dejara de predicar, entendieron que su dinero corría el riesgo y retiraron su oferta.⁴ Así que Bunyan permaneció en prisión durante dos meses, hasta que fue formalmente acusado de promover reuniones ilegales y de no conformarse con el culto nacional de la Iglesia de Inglaterra.

En el juicio, el juez le presentó las opciones posibles en los términos más severos. Si Bunyan renunciaba a predicar y asistía al culto autorizado por la Iglesia de Inglaterra, quedaría en libertad después de cumplir una condena de tres meses por el delito del que se había declarado culpable. Pero si no abandonaba su predicación, el panorama era sombrío: «Debes

ser desterrado del reino; y después de eso, si eres hallado en este reino sin licencia especial del rey, pagarás con tu vida».⁵

Bunyan enfrentó una decisión difícil. Cuando fue arrestado tenía treinta y dos años, estaba casado y tenía cuatro hijos, la mayor de los cuales era ciega. No tenía ninguna obligación de seguir predicando y podría fácilmente haber optado por dedicarse a otro trabajo y honrar a Cristo con un testimonio menos público. Sin embargo, Bunyan estaba convencido de que Dios lo había llamado a predicar y al oír las condiciones para su liberación, le dijo al juez: «Estoy decidido ante usted: si hoy saliera de la prisión, mañana volvería a predicar el evangelio, con la ayuda de Dios».⁶ Esto le costó doce años de cárcel, y fue en ese tiempo cuando escribió *El progreso del peregrino*.

Bunyan escribió con profunda emoción sobre el costo personal que su encarcelamiento implicaría para su esposa y sus hijos, así como para él mismo: «Separarme de mi esposa y de mis pobres hijos ha sido para mí muchas veces como arrancar la carne de mis huesos, no solo por lo que ellos significan para mí, sino también porque he pensado mucho en las dificultades, miserias y necesidades que probablemente enfrentarían si yo fuera apartado de ellos». Las necesidades especiales de su hija ciega eran particularmente dolorosas para él. «Vi que era como un hombre que estaba derribando su propia casa sobre la cabeza de su esposa y de sus hijos; sin embargo, pensé: debo hacerlo. Debo hacerlo».⁷

Podrías pensar que un hombre con un valor así llamaría a otros a tomar siempre el camino más difícil, pero el consejo que Bunyan da a los creyentes que enfrentaban hostigamiento es sorprendentemente tierno y espiritualmente sabio. A la luz de las palabras de nuestro Señor, él les dice: «Pero cuando los persigan en esta ciudad, huyan a la otra» (Mateo 10:23). Bunyan dijo:

Puedes hacerlo conforme esté en tu corazón. Si está en tu corazón huir, huye. Si está en tu corazón permanecer, permanece. Cualquier cosa, excepto negar la verdad. El que huye tiene un fundamento válido para hacerlo; el que permanece tiene un fundamento válido para hacerlo. Sí, el mismo hombre puede tanto huir como permanecer, según el llamado y la obra de Dios en su corazón.⁸

Bunyan ofrece entonces ejemplos de personas de la Escritura que, en distintos momentos, tomaron la decisión de «permanecer» o de «huir»:

- Moisés huyó a Madián después de matar a un egipcio (Éxodo 2:15), pero permaneció con el pueblo de Dios cuando Faraón los maltrataba (Hebreos 11:24–26).
- David escapó cuando Saúl envió hombres para matarlo (1 Samuel 19:12), pero permaneció firme cuando Saúl entró en la cueva donde David se escondía (1 Samuel 24:8).
- Pablo escapó cuando su vida estuvo en peligro (2 Corintios 11:33), pero permaneció firme cuando fue a Jerusalén, sabiendo que allí le esperaban prisión y sufrimiento (Hechos 20:22–23).

Bunyan señala que este mismo patrón es evidente en la vida terrenal de Jesús. Cuando las multitudes lo acosaban, Cristo se retiraba (Lucas 9:10), pero cuando la multitud vino con espadas y palos para arrestarlo, Cristo permaneció y se entregó en manos de Sus enemigos (Marcos 14:43–50).

Tras haber establecido este patrón a partir de las Escrituras, Bunyan concluye: «Por lo tanto, hay pocas reglas en este caso. El hombre mismo es quien mejor puede *juzgar cuál es su fuerza presente y cuánto peso tiene este o aquel argumento sobre su corazón* para permanecer o huir».⁹

Observa con cuidado lo que Bunyan dice. Cuando tenemos que decidir cómo actuar frente a la oposición, entramos en una zona de libertad cristiana donde «hay [...] pocas reglas». La persona que enfrenta la oposición es quien está en la mejor posición para juzgar el curso de acción correcto, y debe hacerlo aplicando una prueba de la «fuerza» y una prueba del «corazón». Cuando enfrentas oposición y necesitas decidir si debes quedarte o irte, puedes discernir el mejor curso de acción prestando atención a tu fuerza presente y a la inclinación de tu corazón, mientras consideras los pros y los contras que conllevará esta decisión.

Aplicar la prueba de la fuerza y la prueba del corazón

Dos ejemplos, provenientes de contextos completamente distintos, nos ayudarán a ilustrar la aplicación del sabio consejo de Bunyan.

Uno de mis hijos pasó por un período en la secundaria en el que un profesor en particular se excedía al hacer comentarios sarcásticos sobre su fe. Recuerdo que nos preguntábamos qué debíamos hacer: ¿debíamos presentar una queja? ¿Debíamos cambiar el horario de clases de nuestro hijo? Después de reflexionar un poco, Karen y yo decidimos esperar y ver lo que Dios haría. En los meses que siguieron, vimos a nuestro hijo crecer como nunca antes. Nuestro hijo asumió el desafío y parecía sacar fuerzas de esa situación, pues su energía se concentró en mantenerse firme frente al profesor que había ridiculizado su fe.

En esta situación observamos, en palabras de Bunyan, la «fuerza presente» de nuestro hijo. Si hubiéramos visto que su espíritu estaba siendo quebrantado, quizá habríamos considerado un curso de acción distinto. Sin embargo, Dios le dio fuerzas para mantenerse firme, y eso fue para nosotros una señal de que la decisión correcta era «permanecer» en lugar de «huir».

En cuanto a la prueba del corazón, en ningún momento nuestro hijo pidió ni sugirió apartarse de aquello que le gustaba. Su corazón estaba en lo que hacía y eso nos confirmó que permanecer era el camino de la sabiduría.

Incluso en los años posteriores a esos días de secundaria, la prueba de la fuerza y la del corazón me han resultado útiles muchas veces.

Toma estos criterios y aplícalos a las decisiones difíciles que puedes enfrentar cuando encuentres oposición como creyente: ¿Cuál es tu fuerza presente? ¿Qué factores tienen mayor peso en tu corazón?

El segundo ejemplo —muy distinto— que nos ayuda a ilustrar la aplicación de estos principios es el de Diane (nombre ficticio), hija de padres misioneros. Creció en Pakistán y desde temprana edad sintió el llamado de Dios a servir al pueblo afgano. Después de estudiar en los Estados Unidos, regresó a Pakistán en 1987 y comenzó a enseñar inglés a refugiados afganos que escapaban de la guerra con Rusia.

Un día, una carta dirigida a Diane fue entregada al guardia de seguridad de la escuela donde ella enseñaba. «Tomé la carta y la llevé al

aula», me contó Diane, «y no puedo describir lo que sentí cuando la abrí y la leí. Un miedo estremecedor recorrió todo mi cuerpo».

Una parte de la carta decía: «Los maestros de su escuela están difundiendo blasfemia entre los estudiantes musulmanes, lo cual es un crimen imperdonable. Sabemos que ustedes no son simplemente maestros y que su aspiración no es solo enseñar inglés, sino que son misioneros y su verdadero objetivo es difundir blasfemia en Pakistán.

«Debemos hacerles saber que este es un país islámico, y ustedes no tienen derecho a difundir su material blasfemo entre estudiantes musulmanes ni a animarlos a venir a su religión. Esta es nuestra primera y última advertencia. Tan pronto como reciban esta carta, deben cerrar su escuela blasfema, evitar tener cualquier tipo de contacto con musulmanes y abandonar nuestro país. De lo contrario, ustedes serán responsables de nuestra próxima acción».

¿Qué harías si recibieras una carta como esta? Diane y sus colegas se enfrentaron a una decisión dolorosa y desgarradora. ¿Cerrar la escuela demostraría falta de confianza en la protección del Señor? ¿Mantenerla abierta significaría firmar una sentencia de muerte para el personal y los estudiantes?

«La escuela había sido mi vida», me dijo Diane, «pero comprendí que debía encontrar mi identidad no en la escuela, sino en Cristo. Tenía que reconocer que la escuela había disfrutado de veintisiete años de ministerio fructífero y aceptar que ese tiempo llegaba a su fin».

Diane regresó a Estados Unidos y después de un año difícil de transición, se sorprendió cuando le concedieron una visa para volver a Pakistán. Durante un tiempo trabajó nuevamente entre el pueblo afgano, pero recientemente fue llamada a la embajada afgana, donde le mostraron una segunda carta de los talibanes con amenazas no solo contra ella, sino también contra otras mujeres que eran sus amigas.

Al escuchar la historia de Diane, me quedó claro que la decisión que tomó de regresar nuevamente a los Estados Unidos era sabia y reflejaba la prueba de la fuerza y la del corazón que hemos aprendido de John Bunyan. En esta situación, Diane tuvo que considerar no solo su propia fuerza, sino también la situación de otras personas, cuyas vidas habrían sido puestas en peligro por su permanencia. Pese al profundo amor que

sentía por el pueblo afgano, tuvo que sopesar distintos argumentos en su corazón y, finalmente, confiar su decepción a la mano soberana de Dios.

En la bondad de Dios, Diane se ha establecido en el Medio Oeste, donde participa activamente en un ministerio entre una gran comunidad afgana en crecimiento. «Estoy muy agradecida con nuestro maravilloso Señor por su protección», dice ella, «pero aún más por su paz indescriptible, que me envolvió una y otra vez a lo largo del camino, en momentos decisivos de mi vida».

Si eres perseguido en un lugar, Cristo te da libertad para trasladarte a otro. «Un hombre», en palabras de Bunyan, «no está obligado por la ley del Señor a ponerse en la boca del enemigo».¹⁰ A veces es correcto quedarse y a veces es correcto irse; y la manera de discernir la diferencia es sopesando tu fuerza presente y los argumentos que prevalecen en tu corazón.

GRAN BENDICIÓN Y GRAN RECOMPENSA

El contexto: los lugares de mayor dificultad

Las grandes bendiciones y recompensas suelen encontrarse en los lugares más difíciles. Nuestro Señor declara «bienaventurados» a los que son perseguidos y ultrajados y dice que su recompensa será grande.

Esta promesa y experiencia de bendición frente a las burlas, el ridículo, la calumnia y la persecución física aparece a lo largo de toda la Biblia. Pedro dice: «Si ustedes son insultados por el nombre de Cristo, dichosos son, pues el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre ustedes» (1 Pedro 4:14). Pablo habla de entrar en «la participación en Sus padecimientos» (Filipenses 3:10), y cuando Sadrac, Mesac y Abednego fueron arrojados al fuego, el Hijo de Dios caminó con ellos (Daniel 3).

En una carta escrita desde la cárcel, John Bunyan declaró: «Nunca había tenido en toda mi vida la Palabra de Dios abierta ante mí con tanta claridad como ahora. Aquellas Escrituras en las que antes no veía nada particular han llegado a brillar sobre mí en este lugar. Además, Jesucristo nunca había sido tan real para mí como ahora; aquí lo he visto y lo he sentido verdaderamente. Nunca antes había comprendido lo que significa

que Dios esté a mi lado en todo momento. Tan pronto como surgían los temores, también aparecían el apoyo y el consuelo». ¹¹

Samuel Rutherford, un pastor piadoso que, al igual que Bunyan, fue encarcelado por causa de su fe, habla en términos similares: «En mis nueve años de predicación nunca conocí tanto del amor de Cristo como lo conocí durante seis meses de prisión en Aberdeen». ¹²

Ambos hombres afirman haber conocido más del amor de Dios y haber recibido mayor fortaleza durante los tiempos de prueba que en cualquier otro momento de sus vidas. Tú también comprobarás la promesa de Jesús en esta bienaventuranza cuando experimentes la participación en los padecimientos de Cristo y encuentres así la bendición en los lugares más difíciles de tu vida.

El resultado: gran recompensa en el cielo

Junto con una gran bendición, Cristo también promete una gran recompensa a los creyentes que son ultrajados, perseguidos, calumniados maliciosamente y acusados falsamente. «Regocíjense y alégrense», dice nuestro Señor, «porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande» (Mateo 5:12). «Recompensa» significa que algo será dado a quienes sufren estos males y que de otra manera no les habría sido dado. Este principio se refleja en otros pasajes de la escritura: Cristo dice: «cualquiera que como discípulo dé a beber, aunque solo sea un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, en verdad les digo que no perderá su recompensa» (Mateo 10:42). La recompensa aquí está vinculada específicamente al hecho de dar un vaso de agua fría en el nombre de Cristo. Por lo tanto, quien dio el vaso de agua fría recibe algo que de otro modo no habría recibido.

Nuestro Señor contó una parábola en la que a tres siervos se les confió la misma cantidad de dinero y fueron recompensados según su administración. Al siervo que duplicó el dinero de su señor se le dio autoridad sobre diez ciudades y al siervo que obtuvo una ganancia del cincuenta por ciento sobre lo que se le había confiado se le dio autoridad sobre cinco ciudades (Lucas 19:11–27). Esta parábola sugiere no solo que Dios recompensa generosamente a Su pueblo redimido, sino también que nos recompensa en diferentes grados y que estas recompensas están

directamente relacionadas con la forma en que administramos lo que Él nos ha confiado en este mundo.

Cuando Jesús dice: «Acumulen tesoros en el cielo» (Mateo 6:20), comunica claramente que podemos tener más allá y menos aquí, o más aquí y menos allá. En cualquier caso, lo que hacemos aquí influye en lo que tendremos allí.

Jonathan Edwards, el gran teólogo estadounidense, estaba convencido por las Escrituras de que hay diferentes grados de felicidad en el cielo y diferentes grados de castigo en el infierno. «La gloria de los santos en el cielo será proporcional a su eminencia en santidad y en buenas obras aquí. Cristo recompensará a todos según sus obras. Él mismo nos dice que quien dé un vaso de agua fría a un discípulo no perderá su recompensa. Pero esto no podría ser cierto si una persona recibiera la misma recompensa por hacer muchas buenas obras que por hacer pocas».¹³ Edwards cita entonces otros pasajes de las Escrituras que apuntan en la misma dirección: «El que siembra escasamente, escasamente también segará» y «una estrella es distinta de otra estrella en gloria. Así es también la resurrección de los muertos». (2 Corintios 9:6; 1 Corintios 15:41).

Pero ¿cómo puede ser esto? Si algunos reciben mayores recompensas que otros, ¿no llevaría esto a que algunos se sintieran decepcionados y vivieran en el cielo lamentando no haber hecho más? Edwards responde a esto con una imagen maravillosa. Imaginen que cada cristiano es como una vasija de barro y que cada vasija está llena de agua hasta el borde. Las vasijas son de distintos tamaños, pero cada una está llena hasta su capacidad.

De la misma manera, cada cristiano será una «vasija arrojada a un mar de felicidad». Cada uno de nosotros estará lleno de gozo hasta el borde. Cada uno tendrá tanto gozo como pueda contener. Más gozo no sería imaginable ni posible para nosotros, y esto será cierto para todo cristiano. Todas las vasijas estarán llenas, pero no todas tendrán el mismo tamaño. «Toda vasija que es arrojada a este océano de felicidad está llena, aunque algunas vasijas son mucho más grandes que otras».¹⁴

Edwards no está sugiriendo que obtengamos recompensas en el cielo como quien acumula millas de viajero frecuente con una tarjeta de crédito. Incluso las mejores obras de los cristianos que sufren están atravesadas

por nuestro propio pecado y tienen valor eterno únicamente porque son santificadas en Cristo. Pero las Escrituras nos dan este maravilloso aliento para los momentos más difíciles: «Bienaventurados serán cuando los insulten y persigan [...]. Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande» (Mateo 5:11–12).

Esta octava y última bienaventuranza es, sin duda, el llamado más difícil para los creyentes cristianos. No obstante, una gran recompensa espera a quienes sufren por causa del Salvador, y Cristo da fuerzas a los creyentes que sufren mientras esperamos con anticipación los gozos que pronto serán nuestros en su presencia.

CONCLUSIÓN

USA TU IMPULSO

Hace años, cuando era pastor en Inglaterra, escuché a John Piper hacer una afirmación extraordinaria que nunca he olvidado:

«Estados Unidos es uno de los lugares más difíciles del mundo para ser cristiano».

Recuerdo que en aquel momento pensé que eso no podía ser cierto, pero después de haber vivido aquí durante treinta años, ahora entiendo lo que quería decir: las bendiciones de la libertad nos llevan a esperar una vida cómoda, y la comodidad pronto produce letargo espiritual, lo que, con el tiempo, conduce al miedo y a la cobardía. El ídolo de la comodidad debe ser derribado, y eso ocurre a través del ayuno, la generosidad, el servicio y el riesgo, nada de lo cual resulta atractivo para los cristianos cuyo objetivo principal es la comodidad y la conveniencia.

Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Marcos 8:34). «Cualquiera» incluye a todos los cristianos. No hay excepciones a este llamado. Pero el costo de seguir a Cristo será único para cada individuo. Cada uno de nosotros debe tomar su propia cruz.

Cuando pienso en el peso de la cruz para los hermanos y hermanas

que sufren la persecución más dura, y comparo el sufrimiento que ellos soportan con las libertades y comodidades de las que yo disfruto, me conmueve la diferencia y me siento desafiado a pensar cómo aprovechar al máximo estos privilegios. Si Dios nos permite vivir en una prosperidad, paz y libertad inusuales, sin duda debemos usar estos dones para esforzarnos en una costosa obediencia hacia Él.

Si a nuestros hermanos y hermanas de otras partes del mundo les arrebatan por la fuerza sus bienes y medios de subsistencia, podemos optar por desprendernos de los nuestros mediante una ofrenda sacrificial. Si otros creyentes están en prisión y nosotros somos libres, podemos usar nuestra libertad para entregarnos con alegría y sin quejarnos a la obra del reino de Cristo. Si otros cristianos están agotados por los dolores de los golpes y la tortura, sin duda podemos superar el cansancio y el desánimo que a menudo sentimos y encontrar fuerzas renovadas en Cristo para seguir sirviéndole.

Comenzamos este libro con el objetivo de avanzar en la vida cristiana, y concluimos viendo cómo el final nos lleva de vuelta al principio. El desafío de superar el letargo que tan a menudo nos impide perseguir de todo corazón todo lo que Cristo nos llama a ser, nos lleva de nuevo al lugar donde comenzamos nuestro viaje. No tenemos lo que hace falta. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil, y nuestras mejores intenciones mueren entre mil excusas.

¡Bienvenido al primer aro! Al reconocer tu necesidad, te conviertes en «pobre de espíritu» y te ves impulsado a una nueva dependencia del Señor. Empiezas a ver y a lamentar las concesiones de tu vida pasada y a someterte con mansedumbre a la voluntad de Dios, incluso cuando es difícil y costoso.

Cuando estas raíces se arraiguen en tu vida, despertarán en ti un hambre y una sed de Dios y de su justicia. A partir de este deseo, Dios hará brotar el buen fruto de un corazón tierno, lleno de compasión, misericordia y perdón; un corazón puro que solo anhela una cosa y persigue la santidad; y un corazón pacífico que te permitirá ser un artífice de la paz en un mundo dividido y atribulado.

El primer aro está a tu alcance. ¡Agárralo con firmeza y salta!

BIBLIOGRAFÍA

Introducción: Ganando impulso

1. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 114.
2. *The Heidelberg Catechism*, Pregunta 114 (1563; repr., Grand Rapids: Faith Alive Christian Resources, 1990), 63.
3. C. H. Spurgeon, *Spurgeon's Sermons on the Sermon on the Mount* (1873; repr., Grand Rapids: Zondervan, 1956), 10–11.
4. D. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Grand Rapids: Eerdmans, 1971), 48.
5. Alexander Maclaren, *The Gospel of St. Matthew*, vol. 1 (London: Hodder and Stoughton, 1892), 66.
6. Alexander Maclaren, *The Beatitudes: And Other Sermons* (1896; repr., London: Forgotten Books, 2013), 11.
7. *Ibid.*, 32.

Capítulo 1: No traigo nada: El enigma de las manos vacías

1. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (1959; repr., Grand Rapids: Eerdmans, 1984), 35–36.
2. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 47.
3. C. H. Spurgeon, *Spurgeon's Sermons on the Sermon on the Mount* (1873; repr., Grand Rapids: Zondervan, 1956), 16.
4. Watson, *The Beatitudes*, 43.
5. *Ibid.*, 47.
6. A. W. Tozer, "Boasting or Belittling," in *Man, the Dwelling Place of God*, rev. ed., comp. Anita M. Bailey (1997; repr., Chicago: Moody, 2008), 76.
7. *Ibid.*
8. Spurgeon, *Spurgeon's Sermons on the Sermon on the Mount*, 15.
9. Alexander Maclaren, *The Beatitudes: And Other Sermons* (1896; repr., Londres: Forgotten Books, 2013), 4.
10. Andrew Murray, *Humility* (Fort Washington, PA: CLC, 1997), 9.
11. *Ibid.*
12. Watson, *The Beatitudes*, 44.

Capítulo 2: Asumo mi responsabilidad: El poder del llanto espiritual

1. C. H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit* (1861; repr., Grand Rapids: Zondervan, 1964), 401.
2. Robert Murray M'Cheyne, *Memoir and Remains* (1844; repr., Londres:

- Banner of Truth Trust, 1966), 293.
3. Andrew Bonar, *Diary and Life*, ed. Marjory Bonar (repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1960), 5.
 4. M'Cheyne, *Memoir*, 366, de un sermón sobre Proverbios 8:4.
 5. C. H. Spurgeon, "Mistaken Notions about Repentance" (sermón, Metropolitan Tabernacle, Newington, Abril 20, 1879), <http://www.spurgeongems.org/vols46-48/chs2743.pdf>.

Capítulo 3: Renuncio al control: La libertad de la sumisión total

1. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 115.
2. Alexander Maclaren, *The Beatitudes: And Other Sermons* (1896; repr., Londres: Forgotten Books, 2013), 15.
3. Matthew Henry, *The Quest for Meekness and Quietness of Spirit* (Grand Rapids: Eerdmans, 1955; repr., Eugene, OR: Wipf & Stock, 2007), 126.
4. *Ibid.*, 126–27.
5. C. H. Spurgeon, "The Third Beatitude" (sermón, Metropolitan Tabernacle, Newington, Diciembre 11, 1873), http://www.ccel.org/ccel/spurgeon/sermons_53.xlv.html.
6. *Ibid.*
7. Watson, *The Beatitudes*, 119.
8. *Ibid.*, 106.
9. Juan Calvino, *Sermons on the Beatitudes* (Edimburgo: Banner of Truth, 2006), 38.

Capítulo 4: Anhelos justos: La energía de los afectos renovados

1. A. W. Tozer, *The Pursuit of God* (Camp Hill, PA: Christian Publications, 1948; repr., Chicago: Moody, 2015), 22. Traducido al español como *La búsqueda de Dios*.
2. C. H. Spurgeon, del sermón 3157, "The Forth Beatitude", 1873.
3. Alexander Maclaren, "Thirst and Satisfaction", <http://www.biblestudytools.com/classics/alexander-maclaren-last-sheaves/thirst-and-satisfaction.html>.
4. Tozer, *The Pursuit of God*, 17, 23.
5. A. W. Tozer, *The size of the soul*, comp. Harry Verploegh (Camp Hill, PA: Christian Publications, repr. Chicago: Moody, 2015), 38–
6. A. W. Tozer, *The Size of the Soul* (Wheaton, IL: Creation House, 1984), 18.
7. Arthur Pink, *The Beatitudes* (repr., Memphis: Bottom of the Hill, 2011), 30.
8. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (repr., Grand Rapids: Eerdmans, 1976), 70.
9. "Jesús, alegría de los corazones amorosos", por Bernardo de Claraval, como es mencionado en *La Búsqueda de Dios*, de Tozer, 15.

10. Maclaren, "Thirst and Satisfaction".
11. Tozer, *The Pursuit of God*, 2.

Capítulo 5. Me preocupo por otros: El gozo del perdón total

1. Ver también Nehemías 9:7; Salmos 86:15; 103:8; 145:8; Joel 2:13; y Jonás 4:2.
2. Sinclair Ferguson, *The Sermon of the Mount* (Edimburgo: Banner of Truth, 1988), 31.
3. Warren Wiersbe (Nacido en mayo 16, 1929) pastoreó por veinte años, incluyendo diez años en la Iglesia Moody en Chicago. Es reconocido por su serie de comentarios "Ser" para creyentes comunes sobre libros individuales de la Biblia.
4. C. H. Spurgeon, "The Fifth Beatitude" (sermón, Metropolitan Tabernacle, Newington, Diciembre 21, 1873), <http://www.ccel.org/ccel/spurgeon/sermons 55.xxxiv.html>.
5. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 149–50.
6. Como se cita en *ibid.*, 144.
7. Lewis Smedes, *The Art of Forgiveness* (New York: Ballantine, 1997), 85.

Capítulo 6. Voy tras una sola cosa: Una mente enfocada

1. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 171.
2. John Bunyan, *El Progreso del Peregrino* (Wheaton, IL: Crossway, 2009), 142.
3. Citado en el libro de James Black, *The Christian Life: An Exposition of Bunyan's Pilgrim's Progress*, vol. 2 (Londres: James Nesbitt & Co., 1875), 182.
4. J. C. Ryle, *Holiness* (repr., Chicago: Moody, 2010), 71.
5. El joven rico quería justificarse al guardar los Diez Mandamientos y descubrió que no podía hacerlo (Lucas 18:18–30).
6. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 195.
7. John Owen, *The Works of John Owen*, vol. 3, ed. William H. Gould (repr., Londres: Banner of Truth Trust, 1965), 545

Capítulo 7. Renuncio a mis derechos: El regalo de hacer la paz

1. Jesús pronuncia ocho bienaventuranzas en Mateo 5:3-12. Pero la última de ellas (que aparece en el capítulo 8) describe el resultado de una vida piadosa: la persecución en este mundo. Los cristianos no estamos llamados a buscar la persecución, sino a buscar ser pobres de espíritu, a lamentar nuestros pecados, a ser mansos, a tener hambre y sed de justicia, a ser misericordiosos, puros y a buscar la paz. Pero debemos esperar que la persecución sea el resultado

inevitable de buscar tal vida.

2. Thomas Watson, *The Beatitudes* (1660; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1971), 209.
3. D. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Grand Rapids: Eerdmans, 1984), 108.
4. Obispo Handley Moule, *Thoughts on Christian Sanctity* (London: Seeley & Co., 1888, repr., Eugene, OR: Wipf & Stock, 2007).
5. *Ibid.*, 9.
6. *Ibid.*, 12–13.
7. *Ibid.*, 16.
8. Robert Murray M'Cheyne, *Memoir and Remains* (1844; repr., Londres: Banner of Truth Trust, 1966), 159.
9. Moule, *Pensamientos*, 16.
10. Kent Hughes, *The Sermon of the Mount* (Wheaton, IL: Crossway, 2001), 63.
11. Robert Kennedy, *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis* (Nueva York: Norton, 1999), 98.
12. *Ibid.*

Capítulo 8. Asumo el costo: El precio y la recompensa de una vida piadosa

1. Sitio Puertas Abiertas: <https://www.opendoorsusa.org/christian-persecution/> citado en el artículo web, “Persecución cristiana”, Agosto 3, 2014, por la Comisión de Ética y Libertad Religiosa de la Convención Bautista del Sur.
2. Ajith Fernando sobre el libro de William D. Taylor, *Sorrow and Blood: Christian Mission in Contexts of Suffering, Persecution and Martyrdom* (Pasadena, CA: Biblioteca William Carey, 2012), xxii.
3. Peter Marshall, a partir de una oración hecha en el Congreso en Marzo 12, 1948, *United States Congressional serial set, número 11305* (Washington, D.C.: Oficina de Prensa del Gobierno, 1949), 50.
4. John Bunyan, *Grace Abounding to the Chief of Sinners: The Spiritual Autobiography of John Bunyan* (Chicago: Moody, 1959), 109.
5. George Offor, “Memoir of John Bunyan,” in *The Complete Works of John Bunyan*, vol. 1 (Grand Rapids: Baker, 1997), lxii.
6. Bunyan, *Grace Abounding*, 112, 113.
7. John Bunyan, *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers* (1875), reimpresso como *Sea-sonable Counsel to Sufferers*, in *The Works of John Bunyan*, vol. 2 (Grand Rapids: Baker, 1977), 726.
8. *Ibid.*, 726; énfasis añadido.
9. *Ibid.*, 174.
10. Bunyan, *Grace Abounding*, 110–11.
11. Como se cita en el libro de Kent Hughes, *The Sermon of the Mount* (Wheaton, IL: Crossway, 2001), 70.

12. Jonathan Edwards, *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 2 (Edimburgo: Banner of Truth, 1974), 902. *Ibid.*

**¿Cómo obró Dios en tu vida
a través de este libro?**

Escríbenos: contacto@abrelabiblia.org

**Si este recurso ha sido de ayuda para ti,
puedes apoyar este ministerio con
una donación en abrelabiblia.org/donar.**

Sobre el autor

COLIN S. SMITH es el pastor emérito en The Orchard Evangelical Free Church, en los suburbios de Chicago, y es un miembro del concilio de The Gospel Coalition. Es autor de varios libros, entre ellos [*El cielo, cómo llegué aquí: La historia del ladrón en la cruz*](#) (que también es una película), el libro [*El Padre Nuestro en 30 días*](#) y el podcast [*Una caminata por la historia bíblica*](#).



Escucha el [podcast de Abre la Biblia](#) con el Pastor Colin Smith en la voz de Fausto González de Chávez.

Síguenos en [Facebook](#), [Instagram](#), [X](#), [WhatsApp](#) & [YouTube](#).

www.abrelabiblia.org

Si te gustó este libro, te encantará
El Padre Nuestro en 30 días.

Descarga el libro en abrelabiblia.org/libros.





Abre la Biblia

PELÍCULA GRATIS

EL CIELO, CÓMO LLEGUÉ AQUÍ:

La historia del ladrón en la cruz



Escanea el código QR
para ver el video o visita
abrelabiblia.org/cielo

En YouTube @abrelabiblia
y en abrelabiblia.org/cielo